
HARLEQUIN
Bianca
Susan Stephens
Amante de ensueño



Susan Stephens

Amante de ensueño



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amante de ensueño, n.º 2357 —diciembre 2014
Título original: Ruthless Boss, Dream Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4866-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Magenta gritó cuando el motorista frenó a su lado.

—¿Qué haces? —exclamó furiosa.

El hombre se quitó el casco y liberó sus negros cabellos. Era la clase de hombre con el que una mujer no querría encontrarse en un día infernal tras el que pareciera haber sido arrastrada por un zarzal. Era guapísimo, elegante y autoritario. Y llevaba la palabra «peligro», tatuada sobre él.

—¿Y bien? —continuó Magenta en tono airado—. ¿Siempre conduces como un loco?

—Siempre —asintió el hombre.

—Debería denunciarte.

Y desde luego que iba a denunciarlo, decidió Magenta. Lo haría en cuanto hubiera solucionado lo del pinchazo del neumático y un millón de cosas más.

Como el asunto de su padre, que había decidido jubilarse y vender sus acciones a un desconocido sin decirle una palabra. Como salvar los puestos de trabajo de sus colegas. Como querer regresar junto a su equipo y la campaña de publicidad ambientada en los años sesenta.

—¿Te importa? —le espetó ella mientras intentaba rodear la moto —. Algunos trabajamos.

—¿Por eso te marchas tan pronto de la oficina?

—¿Y desde cuándo es mi horario de trabajo asunto tuyo?

El motorista se encogió de hombros.

Magenta echó un vistazo al aparcamiento. ¿Dónde estaban los de seguridad? Había estado cargando el coche con trabajo para el fin de semana, aunque no iba a explicárselo a ese tipo con aspecto de pasar los fines de semana en la cama. Y no precisamente solo.

—¿Me abandonas? —inquirió el hombre cuando ella se dispuso a continuar su camino.

—Intento apartarme de ti —Magenta se preguntó qué haría en el aparcamiento de Steele Design. ¿Sería un mensajero?—. ¿Traes un paquete?

La sonrisa del hombre hizo que a la joven se le incendiaran las mejillas. Parecía tener la misma edad que ella, quizás uno o dos años mayor, pero en sus ojos se reflejaba una experiencia infinitamente superior.

—Si no has venido a entregar nada, te informo que esta es una propiedad privada.

El hombre enarcó una ceja.

Genial. Era evidente que le había impresionado su dominio de la situación.

La marcada confianza en sí mismo del motorista empezaba a irritarla.

Magenta se alejó, pero a su espalda oyó la cálida y sexy voz.

—¿Qué hay tan urgente para que no te puedas quedar a charlar conmigo unos minutos?

—No es que sea asunto tuyo —ella se detuvo y se dio la vuelta—, pero regreso ahí dentro para ponerme la ropa del gimnasio antes de cambiar la rueda pinchada de mi coche.

—¿Te ayudo?

—No.

Quizás, al menos, debería haberle agradecido su ofrecimiento.

El hombre se puso de nuevo el casco y arrancó el motor.

—¿Te vas? —balbuceó ella, deseando que se quedara.

¿Por qué estaba ahuyentando a ese hombre cuando era de lejos lo más interesante que le había sucedido en mucho tiempo? Porque su sentido común le aconsejaba no prolongar el encuentro. Magenta reanudó su camino haciendo crujir la nieve bajo los pies. Sin embargo, en lugar de marcharse, el hombre la acompañó empujando la moto a su lado.

—¿Todavía no te has ido?

—Estoy esperando para verte vestida con la ropa del gimnasio —él sonrió.

Magenta soltó un bufido mientras intentaba analizar a ese tipo. Iba vestido de manera excesivamente informal para ser un ejecutivo y su voz era suave y gutural, con un ligero acento que no conseguía descifrar.

—Si quieres, puedo llevarte.

«Apuesto a que puedes». Un rostro y un cuerpo como ese podrían llevarse a cualquier mujer.

—Eres una dama muy estresada ¿no? ¿Nunca te relajas?

¿Estaba de broma? Era incapaz de pensar siquiera en relajarse con él delante.

—Mi coche está en punto muerto. ¿Qué motivos podría tener para relajarme?

—Ya te he dicho que me encantaría llevarte.

—Nunca me dejo llevar por un desconocido —aunque su aspecto le resultara más que atractivo.

—Sabia decisión —contestó él con calma sin dejar de seguirla.

—¿Nunca te rindes?

—Nunca.

Magenta se dirigió hacia la entrada lateral y las taquillas de los empleados donde guardaba la ropa del gimnasio. Se moría de ganas de cerrarle la puerta en esas arrogantes narices. Pero justo en ese instante, el hombre aceleró el motor y se marchó.

Mientras contemplaba el negro relámpago que se alejaba, sintió cierta melancolía.

Acababa de fastidiarla y no tenía sentido lamentarse sobre esa oportunidad perdida.

¿Había percibido algo especial en ese hombre, cierta conexión entre ambos? O quizás no fueran más que los desvaríos de una mente agotada. Decididamente, lo segundo.

Además, de haber querido, el motorista podría haber insistido en cambiarle el neumático.

¿Qué había pasado con la caballerosidad? Las mujeres como ella, eso había pasado. Mujeres que consideraban la igualdad un derecho y que protestaban si un hombre les cedía el paso.

Tras ponerse la ropa del gimnasio, junto con una chaqueta y una bufanda, regresó al coche.

¡No había neumático de repuesto!

Incrédula, contempló el hueco vacío y recordó vagamente a su padre decir algo sobre un pinchazo unos meses atrás. Ambos tenían coches idénticos, algo que a Magenta le había parecido muy tierno en su momento. Su padre seguramente le había dicho al mecánico que dispusiera de la rueda de su hija y luego se había olvidado de pedirle que la restituyeran.

Pero la culpa era suya por no comprobarlo.

La empresa se desmoronaba a su alrededor y quizás no encontraría otro trabajo hasta después de Navidad, y ahí estaba, llorando por un neumático pinchado. Apoyando la espalda contra el coche, cerró los ojos y esperó a que las lágrimas cesaran. Al fin, tras convencerse de que no servía de nada preocuparse por algo que no tenía remedio, decidió regresar a la oficina para calentarse un poco y llamar a un taxi. También podría ir en suburbano.

En el despacho encontró a su padre, dispuesto a marcharse para firmar la venta de las acciones.

—Creía que te habías ido —Clifford Steele parecía contrariado—. No quiero a nadie de la familia por aquí hasta que ese hombre se haya instalado y tenga su dinero en mi cuenta. Son las reglas.

—Y las estaba obedeciendo. Pero descubrí que mi coche tenía una rueda pinchada y ¿adivina qué? —añadió Magenta secamente—. No hay rueda de repuesto.

—Llama a un taxi —le aconsejó su padre sin el menor atisbo de remordimiento—. Yo no puedo quedarme —añadió—. Me marcho

para firmar los últimos papeles. Vete cuanto antes, por si a Quinn le diera por venir a echar una ojeada a su última adquisición.

Magenta percibió una nota de resentimiento en las palabras de su padre y lo besó en la mejilla. No debía de haberle resultado fácil vender la empresa a un joven más triunfador que él. Clifford Steele sería un déspota, y sus extravagancias habían hundido la empresa, pero era su padre y lo quería. Ella tendría que solucionar ese lío para intentar salvar el puesto de trabajo de sus compañeros, suponiendo que el nuevo dueño se lo permitiera.

A lo mejor Gray Quinn no deseaba mantenerla en su puesto, comprendió angustiada. Gracias a la anticuada idea de su padre de que los hombres dirigían las empresas y el ladrillo daba seguridad a las mujeres, ella era la dueña del edificio, pero no poseía ni una sola acción.

—Ya que sigues aquí, haz algo útil —le espetó su padre—. Estoy seguro de que a los hombres les apetecerá una taza de café antes de que te marches. De acuerdo, eres una ejecutiva —añadió al ver el gesto de impaciencia de su hija—, pero nadie prepara una taza de café como…

—Una mujer bien educada —sugirió ella con descaro.

—Iba a decir como tú. Trabajas demasiado, Magenta. El estrés no es bueno para una mujer de tu edad —observó su padre con su habitual tacto—. Si no te cuidas, te saldrán arrugas.

—Sí, papá —su padre parecía recién salido de la campaña ambientada en los sesenta—. Así son las cosas. Así eres tú —añadió con cariño.

—Te daré un consejo, Magenta —su padre aún no había terminado —, aunque dudo que me hagas caso. Deberías hacerte invisible hasta que el nuevo dueño se haya instalado. Quinn perderá pronto el interés y dejará la empresa a cargo de la vieja guardia.

—Adiós, papá.

¿Perder el interés? Eso no parecía propio de Gray Quinn por lo que había leído de él. La prensa financiera solía describirlo como dinámico y frío bajo presión, además de despiadado y duro. Y él sí era casi invisible. En caso de que existiera una sola foto de ese hombre, Gray Quinn había conseguido mantenerla fuera de la vista del público. Magenta temía por sus compañeros. Si lo que pretendía era hacer tabla rasa, podría despedirlos a todos. Y si aplastaba la chispa creativa de los empleados, la empresa se hundiría de todos modos.

Si tenía que hipotecar su casa para crear otra empresa y así conseguir que todos conservaran su puesto de trabajo, lo haría. Mirando por la ventana se descubrió pensando en el motorista.

Magenta soltó un bufido. Los negocios se le daban bien, pero en lo que a los hombres respectaba era un auténtico fracaso. Sus temas de

conversación no eran los adecuados, ni tampoco su aspecto, y el tipo de la moto sin duda debía de haber notado que hacía siglos que no había salido con un hombre. Parecía todo un experto en mujeres. Sonriendo, se acercó al escritorio para llamar a un taxi.

No habría taxis disponibles al menos en una hora. La nieve y las compras navideñas eran las culpables de la escasez de vehículos.

Solo le quedaba el suburbano.

Tras llamar al taller mecánico para que alguien fuera a buscar su coche, preparó un café para su equipo. Faltaba muy poco para las vacaciones y quería que todos se sintieran tranquilos sobre el lanzamiento de la campaña publicitaria de Año Nuevo, antes de que ella se marchara.

Tenía que ser positiva por el bien del equipo y no podía dejarles ver lo preocupada que estaba. Aún no había llegado el fin de Steele Design, no era más que un nuevo comienzo.

—Por ahora, voy a trabajar desde mi casa.

—No puedes marcharte la semana antes de Navidad —protestó Tess, el brazo derecho de Magenta.

—Estaré todo el tiempo en contacto con vosotros.

—No será lo mismo —insistió la otra mujer—. ¿Qué pasa con la fiesta de Navidad?

—Hay cosas más importantes, como conservar nuestros puestos de trabajo —sugirió Magenta—. Además, ¿por qué no la organizas tú?

—Porque tú tienes la magia —Tess continuó con sus protestas.

—Estaremos en contacto a diario, solo faltaré de mi despacho, donde quizás represente una amenaza para Quinn —añadió ella con cierta malicia—. Soy consciente del miedo que doy.

Todos se rieron y ella decidió dirigir la conversación hacia el terreno de los negocios.

—Sois un equipo fantástico y es esencial que Quinn vea lo mejor de vosotros, de modo que quiero que os olvidéis de mí y os concentréis en producir una buena impresión.

—¿Olvidarnos? —bufó Tess—. ¿Cómo vamos a hacerlo si no nos has dado una idea para la fiesta?

—Me alegra saber que puedo ser de utilidad —contestó Magenta secamente—. Que sea algo sencillo. ¿Qué tal algo relacionado con los años sesenta?

—Brillante —asintió Tess—. Estarás estupenda con un vestido de papel.

—Eh… yo no asistiré a la fiesta este año.

—Qué tontería. ¿Qué es una fiesta sin ti?

—Un evento bastante más divertido, supongo —Magenta recordó su estallido del año anterior, cuando le había parecido que los hombres estaban empezando a desmadrarse.

—Te doy veinticuatro horas para que vuelvas —vaticinó Tess—. Están pasando demasiadas cosas para que te mantengas alejada. Además —murmuró mientras se llevaba a su jefa a un rincón—, hay algo más. Esta mañana he notado algo diferente en ti.

—No sé a qué te refieres.

—¡Ya! —exclamó la otra mujer—. Te has puesto a la defensiva. ¿Has conocido a alguien?

—¡No seas ridícula! Solo estoy preocupada por el futuro de la empresa.

—No —Tess sacudió la cabeza—. Hay algo más. Algo que no me estás contando.

Quizás las mejillas encendidas la habían delatado, pensó Magenta.

—No tienes que avergonzarte si has conocido a alguien que te gusta —insistió Tess.

—Pero es que no he conocido a nadie —protestó ella, quizás con excesivo ardor.

Capítulo 2

Sé lo preocupada que estás por la empresa y por lo que sucederá con el nuevo dueño —se apresuró a decir Tess—, pero tienes derecho a tener una vida, Magenta. Necesitas vivir tu vida.

—De acuerdo —Magenta hizo una pausa—. Te va a sonar ridículo…

—Prueba.

¿Cómo explicar la excitación que sentía, incluso la sospecha de haber conocido a su alma gemela? El motorista había aparecido en el peor momento posible y aun así había conseguido hacer que el sol brillara en su día y en ese gélido aparcamiento. ¡Era su gran oportunidad!

—Esta mañana había un tipo en el aparcamiento —una gran oportunidad que había fastidiado.

—Lo sabía.

—¡Calla! —Magenta miró a su alrededor, pero nadie parecía estar escuchando—. No pasó nada. Era muy atractivo, pero en absoluto mi tipo, y él no pareció ni remotamente interesado.

—Pero estás emocionada con él.

—Desde luego sí me produjo un efecto.

—Hizo que sintieras cosquillas en la piel. Te hizo sentir viva.

—Qué romántica eres, Tess. En realidad me puso furiosa.

—¡No me digas que le gritaste! —Tess frunció el ceño.

—Le dejé un par de cosas claras, sí.

—¿Y cómo reaccionó?

—Se burló de mí.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Tess—. Menudo comienzo.

—No ha habido ningún comienzo, solo un episodio aislado.

—Un episodio que tendrá sus secuelas.

—Este no, Tess.

—A lo mejor vuelve. Después de haberte visto, ¿cómo podrá resistirse? Cuando un hombre comparte risas con una chica, es el comienzo de la intimidad.

—¿En serio?

—¿Dónde has estado metida todos estos años?

—Pasada la fiebre de los cazafortunas, los pretendientes perdieron interés —admitió Magenta.

—Pero solo porque los espantaste.

—Ninguno merecía la pena.

—¿Y este tipo sí?
—Puede, pero a mí nunca me elegiría.
—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en ti?
—No merece la pena pensar en ello siquiera —contestó Magenta con amargura—. No fue más que un encuentro fortuito en el que hice el más sonado ridículo por mi cansancio, vulnerabilidad y…
—Falta de confianza en cuanto a las relaciones de pareja se refiere —la interrumpió Tess—. Prométeme una cosa, Magenta, si vuelves a encontrarte con él, no le grites. Intenta sonreír.
—Vamos —Magenta volvió junto al resto del equipo—. Tengo que dar por finalizada esta reunión antes de que Poderoso Quinn aparezca y mi padre deje de dirigirme la palabra de por vida. ¿Todo claro? —se dirigió a los demás—. ¿A todo el mundo le gusta el tema para la fiesta?
—¿Podemos utilizar la ropa de la campaña como disfraces?
—Por supuesto.
Magenta se alegró de la buena aceptación de su idea. El equipo estaba muy preocupado ante los posibles cambios que introduciría el nuevo dueño, y el tema de la fiesta les permitía pensar en otra cosa durante un rato.
—Aún no me puedo creer que no estarás aquí cuando llegue el nuevo jefe —observó Tess.
—Te dejo a ti ese placer. Adelante —continuó Magenta al ver el gesto de Tess—, tienes algún cotilleo sobre ese tipo. Suéltalo.
—¡Chicas! —gritó la joven al resto del equipo—. ¿Alguien quiere iluminar a esta pobre ingenua sobre nuestro nuevo jefe o lo hago yo?
Nadie se atrevió a privar a Tess de ese placer.
—Le llaman Poderoso Quinn porque, según la prensa amarilla, Gray Quinn no solo está bien dotado para los negocios. No sé si me he explicado.
—Pero nadie lo conoce —Magenta fingió sentirse espantada—. Nadie lo ha visto. ¿Cómo lo saben?
—¡Venga ya! —protestó su amiga—. No me digas que no te gustaría un poco de misterio en tu vida. Y si está bien hecho…
—Tess, esto es un lugar de trabajo —Magenta no pudo contener la risa—. Bueno, pues quizás habrá que buscarle un disfraz de pantalón ajustado.
—Ya sabía yo que no nos ibas a abandonar —declaró triunfante Tess—. No podrás resistirte a verlo.
Magenta sintió un escalofrío. No era una chica experimentada como Tess y si Quinn era una especie de seductor, lo mejor sería que no se quedara allí para verlo.
—Mira esto —su amiga le acercó una revista—. Y ahora dime que no estarás en la oficina cuando Quinn tome posesión.

—No se ve gran cosa —protestó Magenta, aunque su cuerpo reaccionó de una manera extraña ante esa instantánea de la espalda de un hombre. ¿Qué había de excitante en una espalda?

Era evidente que Quinn parecía tener prisa. Al estudiar la foto más de cerca, ella sintió una sacudida de algo totalmente inapropiado para una mujer con tan escasa experiencia sexual. La estatura de ese hombre, la envergadura, su pose, todo le resultaba atractivo. Quinn era diferente de la mayoría de los hombres. Poderoso, exudando seguridad, como si estuviera preparado para cualquier cosa. Parecía la clase de hombre capaz de inspirar confianza en los demás.

Pero ese hombre ni siquiera se dignaría a mirarla. Había muchas chicas guapas, y unas cuantas trabajaban en Steele Design. ¿Por qué iba a fijarse en una vieja solterona como ella?

¡Solo le faltaba añadir a un hombre como ese en su complicada vida!

—¿Qué sabes de Quinn, Magenta? —preguntó una de las chicas—. Hiciste muchas averiguaciones sobre él cuando empezaste a preparar el proyecto para interesarle por Steele Design.

—Es cierto —asintió Magenta—, pero no conseguí encontrar una sola foto decente. Me sorprende que Tess encontrara esta —contempló de nuevo la revista—. No le gusta la fama, y no me extraña a juzgar por los cotilleos que habéis oído de él. Un hombre como ese debe de valorar mucho su intimidad. Lo único que sé es que se quedó huérfano de niño y que se ha hecho a sí mismo, pero poco más. Ah, y que no le gustan los tontos.

—No le gustan lo más mínimo —advirtió Tess al resto del equipo.

—Por eso tenéis que dar lo máximo, esté yo aquí o no —insistió Magenta mientras se recogía los largos cabellos en un informal moño que sujetó con una pinza—. Si Quinn no me despide, volveré al comienzo del año que viene cuando hagamos nuestra presentación final como equipo.

—¿Despedirte? —Tess hizo una mueca—. No recuerdo haber leído que esté loco.

—Pero quizás no quiera tener a un miembro de la vieja guardia, como nos llama mi padre, trabajando para él. Aquí os dejo algunos documentos. Asegúrate de dárselos, ¿lo harás, Tess?

—Por supuesto… —su amiga sacudió la cabeza preocupada—. ¿De verdad tienes que irte?

—No quiero poner en peligro el acuerdo de mi padre.

—Bueno, pues de los documentos no tendrás que preocuparte. Yo me encargo de entregárselos.

—Gracias —Magenta se volvió con intención de marcharse.

—Y si cambias de idea sobre la fiesta…

—Ojalá pudiera.

La fiesta de Navidad era muy importante, pero ni de lejos tanto como que su equipo conservara el trabajo. Lo último que deseaba era ofender a Quinn, o hacerle creer que intentaba dividir a su gente. Esperaba haber hecho un buen trabajo de persuasión en el informe que le había pasado a Tess. Y, para añadir un poco de peso a esa esperanza, había esbozado la nueva campaña, centrada en unos productos que sabía que Quinn estaba interesado en promocionar.

—No puedes dejarnos —insistió Tess—. Eres el alma del equipo.

—Lo haréis muy bien sin mí y, de todos modos, aún no me he marchado. Veamos qué tal va la cosa. Quinn no es estúpido. Seguid trabajando como hasta ahora y no podrá quejarse.

La promesa hecha a su padre tenía un gran peso para ella, pero se sentía fatal al dejar a sus compañeros. Quizás Tess tuviera razón y no iba a ser capaz de mantenerse alejada de allí.

Regresó al aparcamiento y lo encontró ocupado por una grúa con sus centelleantes luces encendidas.

¿Por qué no podía salirle nada bien?, se preguntó mientras los mecánicos le explicaban que, al ser un coche antiguo, habría que encargar un neumático nuevo. Iban a llevarse el coche al taller, donde se quedaría hasta después de Navidad.

Subiéndose el cuello del abrigo para protegerse del gélido viento, Magenta observó cómo el coche era cargado en la grúa. A punto de marcharse, un familiar rugido de motor, seguido de un frenazo, le hizo fruncir el ceño.

—No me digas más —Magenta se volvió hacia el motorista—. No conseguiste atropellarme la primera vez y has vuelto para ver si a la segunda consigues que muera de un infarto.

—Tu corazón está a salvo de mí.

¡Oh…!

¿Por qué sentía esa desazón? El motorista alzó una ceja y lanzó una oleada de calor por el cuerpo de Magenta. Después se quitó un guante y le ofreció la mano.

—Supongo que no esperarás que te estreche la mano después de haberme dado un susto de muerte, y no una vez, sino dos.

—Estoy seguro de que no eres tan frágil —el hombre sonrió—. Pero me disculpo si te he asustado.

La burla implícita en sus palabras puso furiosa a Magenta. ¿Qué encontraba tan divertido?

—Algo me dice que vamos a vernos muy a menudo —concluyó el motorista cubriendo los helados dedos de Magenta con su caliente mano.

«Sí, claro. En tus sueños», pensó ella.

Capítulo 3

Magenta sintió las mejillas al rojo vivo cuando el motorista desmontó. Era mucho más alto de lo que le había parecido y los pantalones de cuero ajustados atentaban a la sensibilidad femenina.

—¿Te has quedado sin habla? —preguntó él con una sensual voz gutural.

El cuero no disimulaba, se amoldaba amorosamente a las formas…

—¿Y bien? —insistió él.

Lo cierto era que Magenta se sentía como si le hubiera alcanzado un rayo, y no era el primero de ese día. Miró al hombre a los ojos y recibió una traviesa sonrisa a modo de respuesta.

—Me alegra que te parezca divertido —protestó ella—. Lo que has hecho ha sido muy peligroso —parecía una vieja gobernanta y se sentía lo bastante mayor para serlo.

—Tengo la sensación de que necesitas desesperadamente que alguien te lleve.

Magenta deseó tener el valor suficiente para devolverle esa sonrisa. Pero no, ella era torpe con los hombres y eso le hacía comportarse de manera gruñona y a la defensiva.

—Decidí volver y comprobar si aún necesitabas que alguien te llevara.

—No lo necesitaba, y sigo sin necesitarlo.

—Los hombres estamos programados para ser caballeros andantes. Lo llevamos en los genes.

—Soy capaz de cuidar de mí misma, gracias —lo que sí llevaba ese hombre eran unos pantalones peligrosamente ajustados.

—¿Y por eso te quedas aquí fuera mientras se te congela el trasero?

—No he estado todo el tiempo aquí fuera —la mera mención de su trasero le hizo entrar en calor—. De todos modos, ya me iba a mi casa.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—En transporte público, o tomando un taxi.

—Pues que tengas suerte.

—¿Por qué lo dices?

—Retrasos en el suburbano, autobuses repletos. Y no hay ni un solo taxi libre.

Magenta intentó no fijarse en los hermosos ojos del motorista, de color aguamarina con un halo plateado alrededor del iris, y unas pestañas que eran un auténtico desperdicio en un hombre.

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella—. ¿Eres una especie de guía turístico de Londres?

—Solo un buen observador. ¿Ya te has armado del valor suficiente para montar conmigo?

Desgraciadamente, ese hombre tenía razón. Podía quedarse allí y congelarse o arriesgarse con el transporte público. ¿Debería considerar hacer una locura y aceptar la propuesta del motorista?

Desde luego que no.

Escudriñó el asfalto. Ese tipo era el hombre más irritante y arrogante que hubiera conocido jamás, pero la idea de verlo aplastado en una cuneta hizo que se le acelerara el corazón.

—Ten cuidado, el asfalto está resbaladizo —murmuró antes de dirigirse hacia la salida.

El hombre atravesó la moto, cortándole el paso.

—¿Qué haces?

—Nunca acepto una negativa por respuesta —sus ojos brillaban divertidos.

—Ya lo veo. ¿Siempre te resulta todo tan divertido? —preguntó ella mientras rodeaba la moto.

—Solo intentaba decirte que si puedo ayudarte en algo… Súbete a la moto.

¡No! ¡Sí! ¿Qué debía hacer? Se había sentido cautivada por las luchas por la libertad de las mujeres de los años sesenta, pero ¿alguna vez se arriesgaba o siempre jugaba sobre seguro?

—¿Tienes casco? —siempre sobre seguro.

El motorista le entregó uno de repuesto y dio una palmada al asiento tras él.

—Eres un hombre muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —observó Magenta.

—Seguro sobre ti. Eres incapaz de resistirte a un desafío.

—¿Y cómo sabes tú eso?

El hombre se encogió de hombros.

—El casco parece de mi talla.

—Pues súbete.

La seductora voz invitaba a procurarse también un cinturón de castidad.

—Antes de que cambie de idea… —el motorista arrancó la moto.

—¿Siempre te muestras tan contundente?

—Sí.

El maestro de las respuestas monosilábicas aumentó las revoluciones del motor y Magenta empezó a dudar de ser capaz siquiera de montarse sobre ese monstruo.

—¿Eres miedica? —su sonrisa era masculina y burlona.

—No lo soy —ella intentó ganar tiempo—. ¿Es una Royal Enfield?

—¿Sabes de motos?

—Conozco la marca, por mi investigación sobre los años sesenta.

Un hombre como ese no conduciría una máquina moderna. La Enfield era una moto seria para motoristas muy serios. Grande y negra, vibraba con fuerza entre los muslos cubiertos de cuero.

Y pronto vibraría entre los suyos.

«Llama a un taxi», le aconsejó el lado más sensato de su cerebro. En alguna parte de Londres tenía que haber uno libre.

—Eres una miedica —insistió el hombre.

Magenta soltó una carcajada desdeñosa buscando el modo de salir de aquello.

—¿Y bien?

—Fruta prohibida —una fruta madura y peligrosamente deliciosa que casi podía saborear—. ¿Cómo sé que estaré a salvo contigo?

—No lo sabes.

—¿No deberías conocer mi dirección antes de arrancar? —a Magenta se le aceleró el pulso.

—Pues dímela.

Mientras le indicaba la dirección, ella no pudo evitar preguntarse cómo sería sentir esos blancos dientes mordisqueándole la piel.

—Súbete ya —la instó él—. No quiero quedarme sin gasolina mientras espero a que te decidas.

—Supongo que debería darte las gracias —añadió ella.

—Estoy de acuerdo —asintió el motorista.

—¿Seguro que no te obligará a desviarte de tu camino?

—Seguro.

Ese hombre tenía el aspecto de estar igualmente seguro sobre cualquier decisión que tomaba.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó él divertido al verla intentar saltar sobre el asiento.

—No, gracias —no tenía más que lanzar una pierna sobre el asiento. ¿Tan difícil era?

Tras un último empujón en una postura muy poco femenina, Magenta al fin se acomodó. Intentó echarse un poco atrás, pero en cuanto él levantó el pie del freno y aceleró, se vio de nuevo apretada contra su espalda y le abrazó por la cintura con todas sus fuerzas.

Una cintura sin un átomo de grasa, si bien había una gran cantidad de músculo.

Para cuando se hubieron encontrado inmersos en el intenso tráfico de Londres, ya se había familiarizado notablemente con la espalda del motorista y los espesos cabellos que escapaban del casco. Un intenso temblor sobrecogió a Magenta, que lo achacó al frío.

Desde luego sabía conducir una moto, serpenteando por las calles de Londres de manera experta mientras ella era cada vez más

consciente de las vibraciones que sentía bajo su cuerpo. Casi se sintió defraudada cuando se detuvieron frente a su casa. Bajándose temblorosa de la moto, se quitó el casco y sacudió la larga melena negra.

—Menuda transformación, señora —comentó el motorista quitándose el casco para observarla bien.

—¿En serio? —Magenta se rio. No recordaba haberse sentido tan alegre en mucho tiempo—. Gracias.

—Ha sido un placer —en el rostro del motorista afloró la ya familiar sonrisa.

¿Era su imaginación o las cortinas de las casas vecinas se movían? Por primera vez no le importó lo que pensaran los demás. Había llegado a su casa montada en la moto de un tipo duro. No se había lanzado sobre él, desnuda y en medio de la calle. No había cometido ningún crimen.

—¿Te apetece un café? —le preguntó aún bajo los efectos del entusiasmo. Era una simple cortesía. Además, ¿cuándo se le iba a presentar otra oportunidad como esa?

Por la impresionante e intensa mirada que le dirigió, ella estuvo segura de que iba a aceptar.

—Debería marcharme —fue, sin embargo, la respuesta del hombre.

—Por supuesto —¿en qué había estado pensando?

Desde luego le faltaba práctica en hacer proposiciones a los hombres. Además, aquello no era ni de lejos una proposición, tan solo una amable invitación a tomarse algo caliente.

—Tengo el auténtico café Blue Mountain.

—Haces que me resulte muy difícil rechazarlo —admitió él.

«Eso espero». Habiendo probado el peligro, Magenta deseaba más.

—¿Y bien? —insistió mientras sacaba del bolso las llaves de la casa.

—Tengo que volver.

—Pues otra vez será —contestó ella con fingida despreocupación—. Ya has hecho mucho por mí.

—No tanto.

Ni siquiera sabía su nombre. Pero no podía retenerlo allí mientras le sometía al tercer grado.

—Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo —él sonrió.

Para cuando ella consiguió agitar la mano para despedirlo, el motorista había desaparecido.

Capítulo 4

Por qué su casa parecía tan silenciosa y vacía cuando nunca la había sentido así?

Por culpa del motorista, decidió Magenta. Con su arrolladora personalidad, ni siquiera necesitaba hablar para dominar la situación. Le bastaba con estar allí.

Tras cambiarse de ropa, recogió el correo y se dirigió a la cocina, pero el teléfono la detuvo.

—¿Magenta Steele? —la voz sonaba fuerte, grave y muy masculina —. Soy Gray Quinn.

—Gray… —a Magenta le dio un vuelco el corazón.

—La mayoría de la gente me llama Quinn —en la voz se percibía una pequeña sonrisa—. Estoy en la oficina intentando atar unos cuantos cabos sueltos y me gustaría hablar contigo sobre tu continuidad en la empresa. Mañana a primera hora de la mañana.

—Pero mi padre dijo…

—Tu padre ya no dirige Steele Design. Ahora soy yo el jefe. ¿Te va bien a las nueve?

—Por supuesto —un escalofrío le recorrió la columna vertebral a Magenta. Acababa de recibir una muestra del Quinn guerrero.

—Hasta mañana, Magenta. A las nueve en punto.

No era una invitación, sino una orden.

Necesitaba un café. La tentación de regresar a la oficina para comprobar el efecto que estaba ejerciendo Quinn sobre el resto de la plantilla era casi irresistible. Le preocupaban sus colegas.

Además, tenía trabajo que sería mejor hacer en la oficina. Contaba con que Tess la llamara en cuanto tuviera la oportunidad.

Tomada la decisión, la excitación se adueñó de ella. Con Quinn era mejor no andarse con sutilezas. Si le daba un tiempo, tal y como había sugerido su padre, quizás fuera demasiado tarde para salvar los puestos de trabajo de sus compañeros.

Aunque Tess llamara en cuanto Quinn abandonara la oficina, seguía existiendo la posibilidad de que regresara y la sorprendiera. La idea de conocerlo la excitaba, pero también hacía aflorar su falta de confianza en lo que a los hombres respectaba. Iba a necesitar mucho más que refrescarse antes de enfrentarse a Quinn, pensó mientras subía a ducharse.

Aconsejada por los horriblemente sinceros espejos del cuarto de

baño, pronto resultó evidente que había emprendido una carrera contra reloj. Disponía de poco tiempo para realizar un buen número de reparaciones.

Reunió los productos de los años sesenta que había adquirido para espolear su imaginación para la campaña y empezó a rebuscar entre ellos. ¿Qué era eso? *Una miríada de destellos de brumosa fragancia te abrazará en un halo de deseo*.

¿Sería una poción mágica? Bueno, no le iría mal tener una.

En la ducha también había una buena colección de productos retro. Desde luego estaba infectada por el virus de los sesenta. Magenta sonrió mientras se enjabonaba pensando en Quinn. ¿Qué aspecto tendría?

Era lo que le faltaba a su imaginación para volverse loca. Lo único que podría mejorar esa ducha sería compartirla con Quinn, aunque jamás haría tal cosa, no en el mundo real.

Miró hacia el dormitorio y suspiró, consciente de lo cansada que estaba. Lo que más le apetecía era meterse en la cama y soñar con Quinn, poner un rostro a esa instantánea de la revista.

Levantando el rostro hacia el chorro de agua, Magenta supo que el camino a seguir debía ser el del buen trabajo.

Envuelta en un par de toallas regresó al dormitorio, donde se vio asaltada por una repentina inspiración. ¿Por qué no vestirse según la moda de los años sesenta? Varias de sus compañeras habían adoptado ese estilo.

Mientras se secaba distraídamente, rebuscó en el armario. Como todos los demás del equipo creativo, había recorrido las tiendas vintage en busca de ropa de los años sesenta y había encontrado un delicioso y ajustado vestido de lana en color crema.

Cuando Magenta había informado de la importante campaña publicitaria que estaban preparando, los comerciantes se habían apresurado a enviarles muestras de sus productos, de modo que se había juntado con un montón de accesorios de estilo retro. Por suerte, en los años sesenta había algo más que minifaldas y pantalones ajustados. Estaba la ropa de estilo hippy, cómoda y suelta, y también otras prendas más elegantes. Y ahí era donde más cómoda se sentía ella, aunque la ropa interior que correspondía al estilo siempre le arrancaba una carcajada. En la etiqueta de un conjunto de braguita y sujetador se indicaba que estaba destinado a la niña que se sentía una chica grande.

Pues bien, ella no era ninguna niña ya, pero sí se sentía una chica grande, decidió al imaginarse a Quinn mientras arrancaba la etiqueta.

Le resultaba casi imposible no pensar en el nuevo dueño de la empresa. Quitándose la toalla que le envolvía la figura, observó con espíritu crítico su cuerpo de veintiocho años. Sentada en la cama

frente al espejo de la coqueta, se irguió de inmediato. ¿Al nuevo jefe le gustaban las mujeres con barriguita o las prefería más jóvenes y delgadas? De todos modos, con el poco tiempo del que disponía no iba a poder hacer gran cosa. Además, ¿para qué preocuparse si su cuerpo desnudo no tenía ninguna posibilidad de mostrarse ante él?

Tomó otro conjunto de ropa interior destinada, según la etiqueta, a la acción. Sin embargo, ella no preveía tener ninguna acción. Su mirada se posó en otra prenda, algo llamado faja concentradora.

¿Concentradora de qué? ¿Serviría para aplastar su barriga?

Lo dudaba mucho.

Desde luego, lo que no necesitaba era el sujetador *Fibber* que prometía darte un aspecto más mayor. No dejaba de ser curiosa la poca importancia que daba la, supuestamente, mujer liberada del siglo XXI a los pechos. Los pechos nunca eran objeto de alarde en la oficina, como si el hecho de poseer glándulas mamarias automáticamente te hiciera compartir el mismo coeficiente de inteligencia que una vaca. Quizás por eso nunca llevaba ropa ajustada al trabajo. Sin embargo, dudaba que un empresario como Quinn se fijara siquiera en esas cosas.

Buscó unos pantys, pero al fin se decidió por unas medias con liguero. Según una amiga actriz, el liguero era lo más importante junto con los zapatos.

Pero por muy de los sesenta que fuera su vestimenta, por dentro iba a permanecer una mujer moderna. Gray Quinn ya le había dado una muestra de su estilo, el del perfecto macho alfa, y no iba a hacerle creer que iba a someterse al dominio masculino. Aunque sí iba a concederse el capricho de uno de esos sujetadores con forma cónica, sin olvidar la faja concentradora.

Además, las medias con liguero eran muy divertidas.

Tras vestirse, se subió a los zapatos de tacón y, de inmediato, se sintió otra. También caminaba de manera diferente. Intentó dar unos cuantos pasos por el dormitorio y se descubrió bamboleándose como una actriz de los sesenta.

El maquillaje resultó ser aún más divertido. La base muy pálida y los ojos ahumados y delineados para que parecieran aún más grandes, y por último, un carmín de color rosa.

¿Qué pensaría Quinn al verla?

No contaba con descubrirlo. Aquello no era más que una fantasía sobre la ropa. Apretando los labios, se aplicó una segunda capa de carmín.

Nada mal.

Estaba preparada.

Preparada para casi cualquier cosa, decidió mientras echaba un último vistazo al espejo.

Esperó la llamada de Tess y, en cuanto la recibió, se dirigió en taxi a la oficina. Tal y como le había prometido su amiga, todas las luces estaban apagadas y no había señal de Quinn. Sintió una punzada de desilusión. Tanto arreglarse para nada.

Al menos así iba a poder concentrarse en el trabajo, se dijo con firmeza. Era una gran oportunidad para dar los últimos toques a la campaña. Tras esparcir los documentos sobre la mesa de su despacho, echó el cerrojo a la puerta.

Estaba intentando escribir una frase para unas extensiones de cabello cuando tuvo que parar. Apenas conseguía mantener los ojos abiertos.

Algunos de los objetos de la campaña eran curiosos, pero esa kilométrica cola de caballo de cabello sintético era francamente fea. Ninguna mujer que se respetara a sí misma llevaría algo así en la cabeza. Pesaba una tonelada y necesitaba una caja entera de horquillas para sujetarse.

Y sin embargo se trataba de un producto típico de los sesenta, se recordó Magenta mientras contemplaba la extensión en busca de inspiración. Hasta ese momento se había sentido muy entusiasta, viendo únicamente lo bueno y divertido de aquella época, pero, siendo sincera, había muchas cosas de aquellos años que la irritaban.

—¡Magenta, Magenta! ¡Despierta!

—¿Qué pasa? —Magenta miró sobresaltada a una chica que la sacudía del brazo. Una chica que le era totalmente desconocida. Magenta tenía la sensación de estar sufriendo la peor de las resacas, y sin haber bebido ni una gota—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Magenta, tienes que salir de aquí.

—¿Por qué? ¿Ha habido un incendio?

—Peor… Quinn —le explicó la chica con la voz llena de pánico—. No debe encontrarte aquí.

—¿Por qué no? —Magenta miró perpleja a su alrededor. El despacho parecía haber sido vaciado mientras ella dormía. Pero no faltaban únicamente las flores, la máquina de café, las botellas de agua o las fotos familiares—. ¡Oye! ¿Dónde está mi portátil? ¿Han entrado a robar?

—Magenta, no sé de qué estás hablando, pero sí sé que tenemos que salir de aquí.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó ella mientras la chica la tomaba del brazo y la arrastraba hacia la puerta—. Estoy segura de haber echado el cerrojo anoche.

—Abrí con mi llave —la chica agitó una llave ante sus ojos.

—¿Por qué tanta prisa? Necesito mi móvil y ¿dónde están mi bolso

y mi maletín?

—Basta ya de preguntas —siseó su nueva amiga—. Quinn llegará en cualquier momento.

En la abotargada mente de Magenta se arremolinaban pensamientos e impresiones. Esa chica era nueva, seguramente alguien que Quinn había llevado con él. Resultaba amable y parecía conocer a Magenta mientras que ella estaba segura de no haberla visto nunca.

—¿Recibió Quinn mi lista?

—¿Qué lista? No me diste ninguna lista.

—No, es verdad. Se la di a Tess.

—¿Tess? —esa chica no conocía a Tess.

—¿Y tú eres…?

—Nancy —le informó la chica con gesto de preocupación—. Magenta, ¿seguro que estás bien?

—Sí, estoy bien —todo aquello era muy raro. De no haberse sentido tan mareada, su cerebro habría reaccionado con más agilidad—. Dejé una lista de las tareas más urgentes.

—Si me hubieras entregado una lista como esa —Nancy bufó—, la habría extraviado a propósito.

—¿Te ha estado molestando Quinn? —rápidamente, Magenta olvidó su confusión. El acoso era algo que no estaba dispuesta a tolerar. Su preocupación fue en aumento cuando la chica se negó a contestar—. Pues nadie va a molestarte mientras yo esté aquí, sobre todo Quinn.

—No estoy de broma, Magenta —Nancy volvió a tirar del brazo de Magenta—. Tenemos que irnos.

—Pero ¿adónde quieres que vaya? —aquel era su despacho desde siempre.

—Trabajas en el servicio de mecanografía, ¿recuerdas? —le informó Nancy.

—¿El servicio de mecanografía? —Magenta se rio—. ¿Se trata de alguna broma de Quinn para que todos nos impregnemos del ambiente de los sesenta para la campaña?

Nancy la miró perpleja.

—Para ser más precisa, antes trabajabas en el servicio de mecanografía —le aclaró mientras empujaba a Magenta fuera del despacho—. El tipo que dirigía esto antes de que llegara Quinn de los Estados Unidos se llevó a su director de oficina, de modo que Quinn te ha ascendido.

—¿Por qué no me envió Quinn un mensaje? ¿Y qué es eso? —preguntó Magenta mientras Nancy la empujaba hacia una horrible mesita situada junto a la puerta del despacho, una puerta de la que colgaba un cartel con el nombre de Gray Quinn.

—Ahora esta es tu mesa, Magenta —continuó Nancy—. Es un gran paso desde el servicio de mecanografía ¿no crees?

—¿Quieres saber lo que creo? No, no me parece un gran paso —Magenta sacudió la cabeza—. No sé qué me está pasando, pero esta no es mi mesa, y Quinn no puede quitarme mi despacho.

—Pero, Magenta, tú trabajabas en el servicio de mecanografía, nunca has tenido un despacho —insistió Nancy con gesto de preocupación—. ¿No te acuerdas de nada?

Magenta se frotó los ojos con una mano, como si con ese gesto pudiera lograr que todo volviera a ser como antes. Pero, para empeorarlo todo aún más, frente a ella había un montón de personas desconocidas mirándola como si estuviera loca.

¿Qué estaba pasando? Miró a su alrededor cada vez más furiosa. Quinn debía de ser un machista descomunal, pues todos los despachos privados estaban ocupados por hombres mientras que las mujeres habían sido relegadas a los anticuados puestos de mecanógrafas, ya fuera en el servicio de mecanografía donde todas estaban sentadas en filas, o en mesas como la que le habían asignado a ella. Todas pendientes de los deseos de su amo. Recordó lo que le había contado su padre sobre las condiciones laborales de las mujeres en los años sesenta.

—¿Por qué están todas las chicas escribiendo a máquina? —susurró agitadamente.

—¡Porque ese es su trabajo! —Nancy frunció el ceño.

—Pero ¿por qué no están trabajando en la campaña?

—¿Qué campaña? —inquirió la otra mujer apartándose ante el paso de un adolescente.

—¡Vaya, Magenta, estás estupenda!

—¿En serio? —Magenta se volvió mientras el joven, al que no conocía, la miraba de los pies a la cabeza—. Gracias, eh…

—Jackson —le informó Nancy, habiendo comprendido que Magenta necesitaba ayuda.

—Jackson —Magenta enarcó una ceja—. Deja de mirarme y búscate novia.

—Eres la bomba, nena —Jackson soltó una carcajada.

¿Había cambiado Quinn a todo el personal? Desde luego estaba en su derecho, pues era el jefe. Pero ¿qué les había pasado a sus amigos? ¿Y qué había pasado con la oficina?

Su mente estaba abarrotada de preguntas, pero ni una sola respuesta tenía sentido.

Capítulo 5

Escucha, Magenta, no quiero agobiarte —por el tono de voz de Nancy, lo que parecía era que quería precisamente eso, agobiarla—, pero Quinn volverá enseguida.

—¿Y qué? —contestó ella con impaciencia—. Menudo valor tiene —comprendía que Quinn le hubiera querido dar un toque años sesenta a la oficina, pero había ido demasiado lejos—. Nancy, ¿qué está pasando aquí?

—Lo de siempre —la otra mujer la miró perpleja.

—Lo de siempre —repitió ella—. ¿Y es lo de siempre hacer desaparecer los ordenadores?

—¿Los qué?

—Entiendo, por lo que veo, Quinn os ha metido en este jueguecito. Entiendo que no quieras perder tu trabajo, pero va a costar una fortuna devolver todo esto a su estado normal.

Hubiera bastado con que Quinn hubiera hecho cambiar el decorado, pero había más. Se respiraba un ambiente diferente, y desde luego no era el más estimulante para trabajar. Aparte de inhóspito, resultaba muy aburrido. ¡Y las ventanas eran sencillas! ¿Quinn se había vuelto loco? Aparte del gasto de cambiarlas todas, ¿qué pasaba con la condensación y el frío? Si la gente no estaba cómoda, la productividad descendía. ¿No lo sabía Quinn?

Incluso el olor había cambiado… ¿Olía a tabaco?

—¿Estás bien, Magenta? —Nancy intentó hacerla sentar en una silla.

—Estoy bien —aunque lo cierto era que estaba de todo menos bien.

¿Qué había pasado? ¿Había ordenado Quinn transformar todo en un decorado de los años sesenta? Pero no era solo el aspecto. Los cambios eran más profundos, demasiado perfectos, demasiado convincentes.

A Magenta se le secó la boca. Todo aquello era real. Real para Nancy y para todas las personas que estaban allí. La única fuera de lugar era ella. Era como si hubiera caído en la madriguera del conejo, como Alicia, y despertado en los años sesenta. La impresión de saberse atrapada en un sueño solo era superada por el terror que le producía la idea de conocer a Quinn. Por lo poco que había comprendido de él, encajaba perfectamente en el machismo de los sesenta.

El corazón le latía descontrolado, pero iba a tener que hacer frente a la situación.

Para su tranquilidad, comprobó que su vestimenta y aspecto encajaban perfectamente con los sesenta. El vestido de lana resaltaba su figura hasta el punto de que los pechos despuntaban descaradamente. Debería haberse vestido de manera más recatada, pero en su mundo real le había hecho sentirse sexy. Y, tras el encuentro con el motorista, había sentido la necesidad de demostrarse a sí misma que era capaz de sentirse así. Pero en una oficina de los años sesenta, atraer la atención de ese modo le iba a suponer más de un problema.

Lo único positivo era que llevaba tanto tiempo investigando sobre esa época que, incluso atrapada en ese sueño surrealista, conseguía sentirse casi integrada.

Iba a tener que refrescar todos sus conocimientos y anticiparse para evitar más de un problema. Y su primera acción sería abrir todas las ventanas y despejar de humo la oficina.

Como era de esperar, todo el mundo se quejó del frío.

—Pues aquí dentro no se puede fumar —insistió Magenta—. Va en contra de la ley.

—¿Desde cuándo? —preguntó uno de los empleados más jóvenes mientras le rodeaba la cintura con un brazo, obligándola a respirar el humo de su cigarrillo.

—Y esto tampoco se permite —le informó mientras le apartaba la mano del trasero.

—¡Oh! —el chico se volvió hacia sus compañeros con gesto burlón—. ¿Qué te ha pasado esta mañana, señorita Steele?

—¿No tienes a nadie que te caliente la cama? —preguntó otro entre carcajadas generalizadas.

—Todos sabemos lo que te pasa, damisela de hielo.

—¡Basta ya! —exclamó Magenta furiosa—. No estoy de humor.

—Por lo que se ve, nunca lo estás —susurró otro empleado.

Y como si se tratara del pie para que entrara el actor principal, las puertas de la oficina se abrieron y todas las cabezas se giraron. Algunas de las mujeres incluso se levantaron de sus sillas, como si su mismísima Majestad estuviera a punto de hacer su entrada.

—Pero ¿qué…? —decir que Magenta estaba estupefacta era decir muy poco.

—Quinn —anunció Nancy con tensión antes de desaparecer.

Magenta se volvió para decir algo, pero todo el mundo había regresado a sus puestos ante la llegada del jefe. Pero Quinn no se limitó a llegar. Atravesó la oficina como un conquistador bajo las bobaliconas miradas de las mujeres cuando, en su opinión, lo que ese hombre necesitaba era alguien que le hiciera frente. Fuera cual fuera el extraño sueño en que habían quedado atrapados, aquello se estaba yendo de las manos.

Pero ¿ese hombre era realmente Quinn? Magenta estaba hecha un lío. Pues el Quinn de los años sesenta no era otro que el guapísimo motorista vestido con sombrero y abrigo oscuro que, en lugar de darle un aspecto ridículo, le hacía parecer el amo del universo sexual.

—Magenta —saludó secamente mientras se quitaba el abrigo y se lo entregaba junto al sombrero.

¿La conocía?

—Así estás mejor —Quinn la miró de arriba abajo—. Me gusta ver a una mujer con ropa que le dé alguna forma.

«¿Cómo?».

—Sigue así —continuó en tono aprobatorio—. Y no olvides que espero que mis empleados mantengan siempre el mismo nivel.

—Sí, señor —contestó ella siguiéndole el juego. Otra cosa no podía hacer. Aparte de machista, Quinn era el hombre más atractivo que hubiera visto jamás.

—Te necesitaré más tarde para la reunión —le indicó como si llevaran toda la vida trabajando juntos. Con gran preocupación, Magenta comprendió que no había ni un átomo de igualdad entre ellos—. De modo que nada de chismorreos con las otras chicas en la cocina cuando se supone que deberías estar preparándome un café —le advirtió Quinn.

«¿Bastará con una dosis extra de laxante en el café?», se preguntó Magenta.

—Y ni hablar de hacer una pausa para comer ninguna de vosotras. Tenéis mucho trabajo que hacer y debe estar listo para cuando termine mi próxima reunión. ¿Entendido?

«Pues en realidad, no. Estoy bastante confundida». Magenta creía haber acudido a una reunión con Quinn para hablar de su continuidad en la empresa, aunque quizás ese tipo de cosas aún no se hacía en los años sesenta. Decidió intentar averiguar algo más.

—¿Vas a celebrar otra reunión antes?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Quinn con impaciencia.

—Otra reunión antes de nuestra reunión.

—Delante de los demás no, Magenta —Quinn la sujetó firmemente por los hombros y la empujó hacia un rincón apartado de la vista de los demás—. A lo mejor más tarde… si tengo tiempo.

Una pregunta se formó en los labios de la joven, pero estaba tan perpleja ante el descarado comportamiento sexual de su jefe que su voz se negó a surgir y, cuando por fin habló, fue para preguntarle qué debía hacer con el sombrero y el abrigo.

—Pues colgarlos, por supuesto —contestó él—. Y después tráeme mucho café, fuerte y caliente. Ah, y cuando vengas para la reunión no olvides tu cuaderno de taquigrafía.

—¿Mi…?

—Ahora eres la directora de oficina, Magenta, es un buen ascenso. Tendrás que aplicarte si quieres consolidar el puesto.

Lo que a ella le gustaría consolidar era el lanzamiento de un ladrillo desde gran altura sobre la cabeza de ese hombre.

Pero recordó que el edificio era propiedad de otra persona. Steele Design se llamaba Style Design cuando su padre lo había comprado. No tenía ni una sola participación en la empresa.

Quinn entró en el que había sido el despacho de Magenta, pero al instante volvió a salir.

—¿Magenta? A mi despacho. Ahora mismo.

Se podría haber oído el zumbido de una mosca. Magenta supuso que todos los empleados daban por hecho que iba a ser despedida y contraatacó con su mejor sonrisa.

—Por supuesto —contestó en tono respetuoso, un tono imprescindible al menos hasta que supiera qué terreno pisaba. Entró en el despacho y cerró la puerta tras ella.

—Dejemos una cosa clara —comenzó su jefe mientras le devolvía la pinza del pelo, que se había dejado sobre el escritorio—. En mi ausencia, no utilizarás mi despacho para acicalarte. Ni siquiera entrarás aquí sin mi expresa autorización. Y, si vengo a trabajar temprano, tú también.

—¿Y cómo…?

—¿Cómo lo sabrás —la interrumpió él con los ojos entornados—. A eso iba. ¿Tienes tu cuaderno? ¿No? Pues llévalo siempre contigo. Debes hacer una lista de obligaciones. Cuando te avise de que voy a estar aquí a las seis de la mañana, espero que lo anotes. Por cierto, ¿por qué has llegado tarde?

Magenta abrió la boca sin saber cuál de las miles de respuestas posibles que tenía en la punta de la lengua sería la más conveniente.

—Te pido disculpas —sería lo mejor por el momento—. Pensé que te gustaría disfrutar de un par de días para aclimatarte primero.

—¿Aclimatarme? Vengo de los Estados Unidos de América, no de la luna. Te necesito aquí puntual, Magenta —continuó Quinn—. Eres mi secretaria, además de directora de oficina. Si es demasiado para ti, házmelo saber.

—No lo es, quiero decir, sí, señor —Magenta estuvo a punto de hacer un saludo militar.

Todo eso resultaba de lo más confuso e irritante. Pero, increíblemente, también impresionante. Quinn era impresionante con sus cabellos negros y esos ojos de expresión feroz, por no mencionar el cuerpo envuelto en un traje hecho a medida. ¿Había encontrado al fin un buen partido? No le importaría añadir el nombre de su jefe a esa lista de obligaciones.

—Por favor, acepta mis disculpas —insistió ella. Deseaba conservar

el empleo—. Me olvidé que tenías intención de madrugar y no volveré a olvidar mi lista de obligaciones.

—Más vale que sea así. No olvides que, aunque sea tu primer día en este puesto, no vas a disfrutar de ningún privilegio. Espero que al final de la jornada te hayas puesto al día. Y olvídate de tener tiempo libre antes de las vacaciones de Navidad.

A Magenta no le quedó más remedio que tragarse el orgullo. Últimamente lo hacía muy a menudo, pero solo sería hasta que se situara en esa complicada madriguera de conejo o, mejor aún, hasta que se despertara.

—Voy a buscarte el café.

—Sí, hazlo —asintió Quinn—. Y llévate contigo a esa rata muerta.

—Por supuesto —fue todo un alivio deshacerse de la horrible extensión de cabello.

Los hombres se sentaron alrededor de la mesa de reuniones mientras Magenta le servía un café a Quinn. Su equipo, casi enteramente femenino, podría darle mil vueltas a esos tipos. ¿Qué hacían las mujeres ahí fuera escribiendo a máquina? Sin duda más de una poseía un gran talento.

—Debería haber pedido café para todos —se disculpó Quinn ante los demás hombres—. ¿Magenta? —añadió bruscamente mirándola con impaciencia.

Magenta decidió no contestarle delante de todos. Quizás Quinn hubiera perdido todo el sentido del protocolo al dirigirse a ella de esa manera tan grosera, pero ella no.

—No hay problema —con una dulce sonrisa, salió de la sala de reuniones, sorprendida por las miradas de admiración que atraía.

Sin embargo, preferiría cambiar esas miradas por la casual aceptación de su sexo, a lo que estaba acostumbrada. Las miradas de los hombres, que le quemaban la espalda, le hacían sentirse realmente incómoda, aunque se sorprendió agradablemente cuando uno de los rezagados le sujetó la puerta. ¿Estaban cambiando también sus sensibilidades?

No. De la sala de reuniones surgieron risas y luego una brusca orden de Quinn seguida del más profundo silencio. Magenta tuvo la impresión de que las risas habían sido dirigidas a ella.

Preparó café y se lo llevó a los hombres, aunque no hizo intención de servirles. Si querían café, que se lo sirvieran ellos mismos. Abandonó la sala y regresó poco después con su cuaderno, tal y como le habían ordenado. No tenía ninguna noción de taquigrafía, pero escribía rápido.

Y tuvo que hacerlo. A Quinn le sobraban las ideas, la mayoría de las

cuales fueron del agrado de Magenta, pero no hubiera estado de más si hubiera consultado con su equipo en lugar de limitarse a darles instrucciones. A ella la ignoró por completo. Podría haber sido invisible.

—¿Puedo preguntar algo? —interrumpió Magenta de repente.

—Si necesitas abandonar la sala, hazlo —contestó él mientras el resto de los hombres se reía disimuladamente.

—No necesito marcharme —replicó ella con las mejillas encendidas.

—Entonces guarda silencio, por favor —ordenó Quinn con impaciencia—. ¿No ves que estamos celebrando una importante reunión?

Una reunión en la que, claramente, ella no iba a participar.

¿Qué podía hacer? Podría discutir, pero sería de lo más contraproducente. Quería que Quinn la escuchara y la tomara en serio. Tendría que actuar con sutileza por el bien del equipo que ya había decidido formar, al menos hasta hacerse con el funcionamiento de ese extraño mundo.

Sin embargo, a medida que la reunión progresaba, la ira de Magenta se acrecentaba. Tal y como había supuesto, muchos de los hombres no valían gran cosa mientras que, estaba segura, las mujeres estaban perdiendo el tiempo escribiendo a máquina. Todo estaba al revés. Frustrada, suspiró. Por el momento se sentía impotente.

—¿Magenta?

Magenta dio un respingo.

—Si tanto te cuesta mantener la atención, puedo encontrar a alguien que te reemplace…

Quinn no bromeaba. Estaba a punto de perder su empleo. Quizás aquel fuera un mundo de locos, pero, por el momento, era lo único que tenía.

Capítulo 6

Finalizada la reunión, Quinn le pidió a Magenta que se quedara. Aunque fuera un sueño, tenía que defender su postura. ¿Se conformaba Quinn con un equipo débil? ¿No podría al menos evaluar las capacidades de sus trabajadoras y concederles una oportunidad? Cuanto más pensaba en ello, más se enfurecía.

—Menudo experimento estás llevando a cabo —comentó a la ligera.

—No se trata de ningún experimento, Magenta. Es mi empresa y, o acatas mis normas o sales por esa puerta y no regresas más.

—No puedes despedirme así sin más.

—Ponme a prueba.

¿Qué sabía ella de las leyes laborales de los años sesenta?

—Para alguien que acaba de ser ascendida, tu actitud es bastante decepcionante.

—Simplemente me sorprende la calidad de tu equipo.

—No es tu cometido comentar mis decisiones. Estoy evaluando el rendimiento de todo el mundo, y debo decirte que, hasta ahora, tú eres mi principal decepción. En lugar de mostrarte encantada con el ascenso, pareces descontenta.

—Eso no es verdad —tenía que conservar su trabajo. ¿Cómo si no iba a poder luchar por el reconocimiento, tanto suyo como el de sus compañeras?—. Es que me siento abrumada por mi nuevo cometido y la confianza que has depositado en mí —se contuvo de pestañear seductoramente—. Voy a ponerme a trabajar en serio, y te prometo que no volveré a defraudarte. Espero haber tomado las notas acertadamente —Magenta le enseñó el cuaderno.

—Te lo haré saber cuando estén pasadas a máquina —Quinn la ignoró—. Una cosa más.

—¿Sí?

—Tus deberes incluyen dirigir la oficina y supervisar a las limpiadoras, a las chicas del servicio de mecanografía y a las de la centralita, pero no intervenir en mis reuniones. ¿Queda claro?

—¿Ni siquiera si tengo una idea que me gustaría exponer?

La expresión de Quinn habría espantado a más de un hombre, pero Magenta continuó.

—Hay un par de cosas que me gustaría sugerir por el bien de la empresa, y te lo menciono como tu directora de oficina y secretaria para ahorrarte el innecesario agravio en el futuro.

—Suéltalo.

—El tema del tabaco —la presencia de Quinn era imponente, pero ella se obligó a continuar—. Nancy mencionó que aquí trabajan personas asmáticas o con enfermedades coronarias.

—¿Y piensas que debería deshacerme de ellas?

—¡No! —exclamó Magenta—. Lo que quiero es que prohíbas fumar en la oficina.

—Te diré una cosa —Quinn soltó una carcajada—. Dejaré que te ocupes tú de ello.

—Lo haré. O eso o abro las ventanas, y no creo que quieras que la productividad de las chicas disminuya si tienen los dedos agarrotados por el frío. Dijiste que iban a tener mucho trabajo.

—Bien hecho, Magenta —su jefe sonrió—, aunque debo admitir que prefiero que mis secretarias sean más decorativas que combativas.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de la joven.

—¿Hemos terminado? —añadió él bruscamente.

—Sí, por supuesto. Hemos terminado.

—¿Seguro que me has expuesto todas tus quejas?

—Me pondré con esas notas —genial, su jefe la veía como una plañidera.

—Hazlo —él ni siquiera se molestó en levantar la vista del documento que estaba leyendo.

—¿Te parece bien así? —preguntó Magenta a Quinn poco después mientras le mostraba las notas mecanografiadas. Hacía mucho que no escribía nada sin la ayuda de un corrector ortográfico.

—Quiero siempre esta calidad en tu trabajo —su jefe le devolvió el documento.

Magenta no estaba segura de poder sobrevivir a tanta alabanza. Había dedicado la mayor parte de la hora de la comida a acostumbrarse a la vieja máquina de escribir. Todo el material de oficina necesitaba un buen repaso. Quizás estuvieran en los años sesenta, pero no por ello hacía falta utilizar unos equipos obsoletos. Le comunicó sus inquietudes a Quinn.

—Acabas de adjudicarte el cargo de reparaciones y renovaciones. Espero que puedas manejarlo junto con el resto de tus nuevas obligaciones.

Iba a tener que hacerlo. Estaba tan ansiosa por encajar allí que cada vez asumía más trabajo cuando lo que deseaba en realidad era formar un equipo, convencer a esas chicas del servicio de mecanografía de que eran capaces de mucho más que mecanografiar listas y cartas.

—¿Qué tal una cena?

—¿Quieres que te reserve mesa para cenar? —ella lo miró

fijamente.

—Estoy dispuesto a hacer algunas concesiones hasta que te pongas al día, Magenta, pero, si no prestas atención cuando te hablo, mi paciencia tardará muy poco en agotarse.

¿La paciencia de Quinn? ¿Se había perdido algo?

—Creo que acabo de preguntarte si te apetece cenar conmigo esta noche.

A Magenta se le desbocó el corazón. Su mente se negaba a aceptar, pero ¿cómo rechazar a ese hombre sin ofenderle?

¿Y cómo aceptar la invitación sin comprometer su posición? Ese hombre no había mostrado ninguna amabilidad hacia ella, aunque sí había percibido un destello de interés en su mirada. Si conseguía decir algo mínimamente inteligente, debía encontrar el modo de rechazarlo.

—Me encantaría cenar contigo, pero tengo muchísimo trabajo…

—Tendrás que comer algo.

—Tomaré un sándwich aquí mismo —contestó ella—. Tengo muy presente la fecha límite para poder lanzar la campaña a comienzos de año y, además, estoy madurando algunas ideas.

—¿Qué dices que estás haciendo?

—Sopesar un nuevo enfoque —la voz de Magenta empezaba a surgir temblorosa.

La expresión de Quinn no era precisamente alentadora. Ese hombre era incapaz de imaginarse a una mujer con una idea original y su misión sería la de demostrar que se equivocaba.

—Asumo que esas ideas no tienen nada que ver con el trabajo que haces para mí.

—Cierto —en realidad, tenían que ver con el trabajo que le gustaría hacer para él—, pero…

—Si tu trabajo se resiente…

—No lo hará.

—Más te vale —tras ponerse de pie, Quinn se sentó, imponente y deseable, en el pico de la mesa.

«Medio hombre, medio bestia, todo masculinidad». Magenta recordó la etiqueta de una colonia para hombres de los años sesenta.

—Preséntame esas ideas cuando las tengas preparadas.

¿Por qué se sentía tan agradecida por la reticente concesión?

—Y no te agotes trabajando en proyectos personales hasta el punto de no rendir para mí.

—Estoy encantada con quedarme a trabajar hasta tarde.

—Deberías haber pedido ayuda a las chicas.

—Estoy bien, en serio —las chicas ya tenían bastante con su jornada laboral—. Márchate.

—¿Me das tu permiso? —preguntó Quinn con ironía—. Qué amable por tu parte.

—Lo siento, no pretendía…

—Buenas noches, señorita Steele. No olvides cerrar la puerta con llave cuando te marches.

Mientras observaba a su jefe dirigirse hacia la salida, Magenta deseó ser una *femme fatale* a la que ningún hombre pudiera resistirse.

«Sigue soñando», se dijo a sí misma con amargura antes de regresar al trabajo.

Después de varias horas invertidas en dar los últimos retoques a la campaña, el sonido del ascensor le hizo ponerse en tensión y dio un respingo cuando se detuvo en su planta.

Casi sintió alivio al ver aparecer a Quinn, pero ¿qué hacía allí?

—¿Has olvidado algo? —el corazón de Magenta galopaba de anticipación. Por mucho que la irritara ese hombre, no había duda alguna de la vida y vitalidad que inyectaba en la vacía y silenciosa oficina.

—Señorita Steele —los ojos de Quinn emitían unos destellos entre cálidos y divertidos.

—¿Te traigo algo? —preguntó ella, confusa y agitada.

—¿Qué tal un café?

—Por supuesto —Magenta apreció el olor a noche y aire fresco que desprendía su jefe.

En el cuello del abrigo quedaban restos de nieve y cristales de hielo resplandecían en los negros cabellos. La imagen la retrotrajo hasta el recuerdo de un joven motorista quitándose el casco.

—No esperabas verme regresar esta noche —supuso Quinn acertadamente mientras la seguía hasta la cocina—. Vi las luces desde la calle y me apiadé de ti.

—Qué amable —murmuró ella—. ¿Fuerte y caliente?

—Lo que tú digas —Quinn soltó una carcajada muy sensual.

—Hablaba del café —¿estaban coqueteando?

—Yo también —le aseguró él—. Échale un poco de esto —le mostró una botella de excelente whisky—. Antes me pareciste agotada y pensé en traerte algo que te hiciera circular la sangre.

—Da la casualidad de que mi bebida favorita es el whisky. Qué bien me conoces.

—No te conozco en absoluto, señorita Steele, pero ese es un error que pienso enmendar.

Magenta sintió la necesidad de alimentar el fugaz instante de complicidad surgido entre ellos.

—Me disculpo de antemano por contravenir una de tus leyes feministas —Quinn se adelantó.

Al sentir los masculinos labios sobre los suyos, Magenta dio un

respingo. A continuación él la empujó contra la encimera de la cocina y, separándole las piernas, la atrajo hacia sí.

—Olvida el café —murmuró, besándole el cuello y los labios hasta volverla loca de deseo—. Necesitas esto mucho más.

Desde luego que sí, comprendió Magenta mientras le rodeaba el cuello con los brazos. La opinión de su conciencia cuando se despertara a la mañana siguiente sería otra cuestión. De todos modos, estaba soñando y, según las leyes de los sueños, cualquier cosa era posible, incluso el olvido de las inhibiciones sexuales. Además, Quinn besaba como los dioses.

Tenía unos cabellos densos y brillantes, y un cuerpo fornido y atlético que la excitó de inmediato. La lengua sabía a menta y su piel olía a almizcle y especias. La incipiente barba le arañó la mejilla. Ese hombre era un experto en el arte de la seducción y sabía exactamente cómo excitar, acariciar y mordisquear hasta que la tuvo apretándose contra él, retorciéndose, chupando y casi suplicándole que le invadiera la boca con la lengua mientras se entregaba sin contemplaciones al amor libre. Al menos en su sueño.

Sin embargo, una alarma saltó en su interior, una alarma decidida a estropearlo todo que le advertía de que quizás estuviera tomando un atajo hacia el placer, perdiendo el sentido del bien y del mal, pero Quinn era quien controlaba la situación. Ella era fuerte en todo, salvo en eso. Aunque hubiera aceptado el amor libre, tendría que ser con sus condiciones. Acababa de ponerle un precio, uno que quizás podría comprarle una oportunidad al equipo que pretendía formar.

—Te prepararé ese café —haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se apartó de él—. ¿Crees que podrías echar un vistazo a mis ideas?

—¿Me preguntas si me gustaría ver lo que has estado haciendo mientras te pagaba para que trabajaras para mí? Creo que sería buena idea —apoyando la cadera contra la encimera, Quinn esperó a que ella terminara de preparar el café—. Esto es muy bueno. ¿De dónde sacaste la idea?

—He investigado —ese hombre ni se imaginaba las ventajas de vivir en el futuro—. Me gustaría llevar la campaña a otro nivel —jamás había hecho trampas, nunca lo había necesitado.

—Tu idea desde luego es innovadora —admitió Quinn secamente—. ¿Debo asumir que no te impresionó gran cosa el equipo que viste en la sala de reuniones?

—Podría decirse —admitió Magenta bajo la atenta mirada de su jefe.

—Puede que necesiten un poco de tiempo para acoplarse.

—No hay tiempo si quieres lanzar la campaña a comienzos de año.

—De modo que sugieres que acepte una campaña diseñada por una

mujer.

—¿Te parece una locura?

—Olvidas el orden natural de las cosas, Magenta. Los hombres mandan en el trabajo para que las mujeres disfruten de un determinado estilo de vida.

—Pero, si les das una mínima oportunidad, las mujeres pueden hacerlo por ellas mismas.

—Y yo no se lo permito, ¿es eso lo que insinúas?

—Quizás los hombres os sentís amenazados…

—Este hombre no —la interrumpió Quinn.

—Pues demuéstralo permitiendo que las mujeres intervengan activamente en tu campaña.

—¿Y cómo sé que, aparte de ti, hay otras mujeres con tu talento trabajando para mí?

—Nunca lo sabrás si no les das a todos la misma oportunidad de demostrártelo.

—Si tanto talento hay aquí, ¿por qué ninguna se ha manifestado hasta ahora?

—Porque ellas quieren conservar sus trabajos y mantienen la boca cerrada. Creo que al diseñar una campaña, deberíamos tener en cuenta al público femenino.

—¿Y qué quieren las mujeres? —Quinn ni siquiera fingió pensar en ello—. ¿A quién le importa si son los hombres los que pagan las facturas? Esto es un negocio, Magenta. Los hombres ganan el dinero que gastan las mujeres, no lo olvides. Nuestro público es el masculino.

Magenta se odió a sí misma por estremecerse mientras escuchaba las herejías que pronunciaba ese hombre. Sin embargo, no debía olvidar que no era más que el producto de su tiempo.

—Pero reconocerás que son las mujeres las que van a la compra, las que controlan las finanzas.

—Tonterías. ¿Quién le dice a una mujer lo que debe comprar, Magenta? Su hombre.

—A esta mujer no.

—Solo te pido que sintonices con tu público, pero a veces creo que tienes la cabeza en otra parte, incluso en otro siglo.

«Caliente, caliente».

—Si continúas pensando que solo debemos dirigirnos a un sector de la comunidad, esta empresa se hundirá como una piedra en un estanque, llevándose tu inversión con ella.

—¿Por qué no me ilustras sobre cómo llegar al sector de público adecuado? —tras un tenso silencio, el rostro de Quinn se relajó y su acerada mirada se convirtió en fuego.

Capítulo 7

Te lo explicaré encantada —contestó Magenta mirando a Quinn a los ojos—. Hay muchas mujeres en esta oficina intentando mantener a sus familias.

—Eso ya lo sé.

—Las mujeres siempre han sido unas luchadoras, Quinn —Magenta intentó no distraerse con los hoyuelos que se le formaron en las mejillas a su jefe—, no les ha quedado otro remedio. Y, si quieres saber lo que quieren, debes tener en cuenta todo el mercado, sus hombres y sus hijos.

—¿Y si quiero saber cómo atraer a las mujeres debo preguntarte a ti?

—Podrías pedir la opinión de cualquiera de las mujeres que trabajan aquí —como si ese hombre no supiera atraer a cualquier mujer—. Pregúntales qué les gustaría comprar, utilizar, experimentar.

—¿Sugieres que haga una encuesta?

—¿Por qué no?

—¿Implicar a las mujeres en nuestras tormentas de ideas?

—Por supuesto.

—Convénceme.

Había llegado su oportunidad y no la podía fastidiar.

—De acuerdo. Las mujeres quieren comprar tus productos porque son indispensables, excitantes y fiables, pero las mujeres también quieren parecer inteligentes, tomar el control.

—¿Y todo eso quieren hacerlo mientras están sentadas frente a una máquina de escribir destrozando su carísima manicura?

—Por eso la publicidad debe convencerlas de que tienen el mando —continuó Magenta decidida.

—Ese camino es muy peligroso.

—¿Insinúas que los hombres son tan frágiles que no sobrevivirán al desafío de una mujer fuerte? —ella le sostuvo la mirada a su jefe. Se sentía fuerte, pero a la vez temblaba de deseo.

—Tú eres una mujer fuerte, Magenta.

—Sí, lo soy —sabía que Quinn la estaba poniendo a prueba, buscando alguna grieta en sus defensas. Era evidente que se había dado cuenta de que desearía que la tomara en sus brazos y la devorara a besos—. Pero yo no soy más que un ejemplo de mujer fuerte —asintió ella con frialdad—. Estoy convencida de que en esta oficina

hay muchas más.

—Algunos hombres no encuentran atractiva a una mujer fuerte.

«¿Y tú, Quinn?», quiso preguntar ella, aunque ya conocía la respuesta. Por supuesto que le gustaban las mujeres fuertes. Le encantaba el reto de someterlas.

—Yo nunca desprecio las necesidades de una mujer.

—Si lo hicieras, sería peor para ti —Magenta creía que hablaba de negocios, pero al ver la sonrisa en los labios de Quinn comprendió que aquello trataba de cualquier cosa salvo de negocios.

Había llegado la hora de despertar ese cerebro falto de sueño y pasar al siguiente nivel.

—¿Por qué no traes dos vasos y nos tomamos una copa? —sugirió Quinn con una sensual sonrisa—. Podrías relajarte de vez en cuando.

Desde luego podría hacerlo, podría beber hasta nublarse la mente, bajar las defensas y dar luz verde a la ofensiva sexual de ese hombre, pero quería algo más en su vida.

—Prefiero terminar el trabajo para que lo veas por la mañana —esa era la opción correcta.

Pero su cuerpo empezó a derretirse cuando Quinn la agarró por los brazos. Aquello no tenía nada que ver con los negocios y estaba cansada de luchar. Y Quinn… era Quinn.

—¿Mejor? —murmuró él tras besarla en los labios.

Magenta respiró entrecortadamente y un murmullo escapó de su garganta cuando él intensificó el beso. Aquello tenía que ser un sueño.

Estuvo a punto de tambalearse cuando Quinn la soltó y la miró con gesto burlón.

—¿Por qué? —inquirió ella, confundida y herida. Era la primera vez que perdía el control.

—Porque estás muy tensa.

Había recibido su merecido. Magenta se cubrió los hinchados labios con una mano, como si con ese gesto pudiera ocultar su excitación. A ambos les gustaba tener el control, pero a Quinn se le daba mucho mejor. Sus habilidades con los hombres no mejoraban ni siquiera en sueños.

Quinn posó sus cálidas manos en el punto de la nuca donde se concentraba toda la tensión.

—Te dije que era tensión —le explicó mientras le demostraba su habilidad para el masaje.

Magenta no discutió. Dudaba que nadie fuera capaz de resistirse a esas manos. El aliento de Quinn le quemaba la nuca y su fornido cuerpo estaba prácticamente pegado al suyo. Soltó un tembloroso suspiro. Ese hombre le estaba dificultando mucho la tarea de pensar. ¿Acaso era consciente del efecto que le producía, de cómo lo deseaba? Nunca antes había pensado en sus curvas y lo bien que encajaban en

las manos de Quinn… si quisiera tocarla.

—¿Por qué no me cuentas tus planes de trabajo para toda la semana, Magenta?

—He redactado un plan de trabajo que te he dejado en el despacho. ¿Lo traigo?

—No hará falta.

A Quinn le gustaba ese juego. Le gustaba jugar con ella y, por lo que había visto hasta ese momento, siempre jugaba para ganar.

—Pero me gustaría que lo vieras —ella se apartó—. Quiero que sepas que no te defraudaré.

—No tendrás ninguna oportunidad de hacerlo. No obtendrás ningún privilegio especial por ser nueva en este puesto. Espero de ti la misma productividad que de las otras chicas. En realidad más, porque he tomado la decisión de ponerte al mando.

Y por eso se había preparado a conciencia. Magenta se dirigió al despacho de Quinn y regresó con la lista. Su jefe la ojeó brevemente antes de devolvérsela.

—¿Te vas? —preguntó ella al verle ponerse el abrigo.

—¿Esperabas que me quedara?

Magenta se sintió enfurecer. Ese hombre sabía cómo manejarla. Iba a tener que ser más ágil si quería evitar convertirse en su marioneta, en la mujer que se limitaba a preparar un buen café o una hoja de cálculo cuando se lo pidiera. Lo que ese hombre necesitaba era una mujer fuerte que lo llevara de la mano. Ella era fuerte, pero ¿sería lo suficientemente fuerte?

—Mañana tenemos mucho trabajo, Magenta —Quinn la miró con ojos burlones—. Espero verte aquí a primera hora de la mañana, y no tendré en consideración que te hayas quedado a trabajar hasta tarde en tu propio proyecto.

—Por supuesto —ella sonrió, «bárbaro incorregible».

—Que duermas bien.

—Lo haré —«no me acostaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la Tierra», pensó sin borrar la sonrisa. «A no ser que me lo pidas amablemente».

—Casi se me había olvidado.

—¿El qué? —Magenta contempló la bolsa de papel marrón que le ofrecía Quinn.

—Un sándwich. Por si te entra el hambre mientras trabajas —con una última mirada, Quinn desapareció en el ascensor.

Era evidente que se había dado cuenta de que ella lo deseaba. Y sin duda también se había dado cuenta de que era una completa novata en lo que a los hombres respectaba. Aquello se estaba convirtiendo en toda una lucha. Y, fuera cual fuera el mundo que habitara, ella nunca había podido resistirse a un desafío.

Por suerte, en los años sesenta no había problemas para parar un taxi. Las calles estaban más tranquilas y el tráfico era menos caótico. Incluso el pavimento estaba en mejor estado. Y para una entusiasta de los años sesenta como Magenta, ver el anuncio de la última película estrenada de Elvis Presley era una fuente de fascinación. Sin embargo, había cosas a las que no lograba acostumbrarse, como la falta de calefacción central en su casa, la escarcha que se formaba en la ventana del cuarto de baño por dentro, o la cantidad de ropa de cama que le hacía sentirse como el relleno de un sándwich.

Arropándose lo mejor que pudo, comprendió que su pasión por los sesenta le había hecho pasar por alto las privaciones que, sin duda, había en esa época. Solo había tomado en cuenta lo mejor y se había formado un ideal romántico. Sin embargo, la realidad era diferente y solo disponía de un par de horas para descansar en una gélida habitación antes de levantarse.

El teléfono sonó irritantemente. Sin abrir los ojos, se arriesgó a sacar un brazo de debajo de las mantas para contestar. La voz del otro lado de la línea era profundamente masculina. Y familiar.

—Magenta, ¿estás despierta?

—¿Qué…? —¿cuánto tiempo había dormido? ¿Cinco minutos? ¿Menos?—. ¿Sí?

—¿Aún no te has levantado de la cama? —no había nada de sensualidad en esa voz.

—Por supuesto que sí —mintió ella mientras intentaba desenredar el cable del teléfono.

—Me alegro, porque estoy en la oficina y tú también deberías estar aquí.

Magenta tropezó con el cable.

—¿Qué está pasando ahí?

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—Oigo mucho ruido.

—Sería la puerta al cerrarse —mintió ella de nuevo—. Estoy metiendo la leche.

—Olvídate del desayuno y ven aquí ahora mismo. Un periódico de tirada nacional ha anunciado el lanzamiento de su primer suplemento a color para el Año Nuevo y…

—¡Y vamos a salir en él! —exclamó ella.

—Ese es el plan.

—¡Eso es fantástico! —y lo era.

Y lo sería aún más si consiguiera que Quinn confiara en ella en lugar de esperar simplemente que pasara a máquina las notas de su última reunión. Pero lo primero era lo primero.

—Voy a dejar el teléfono un segundo —explicó, consciente de que el cable no daba para más.

Corriendo al cuarto de baño, Magenta buscó la ducha en vano. Iba a tener que darse un baño rápido, un baño frío. Debía haber encendido el calentador unas horas antes.

—¿Fantástico? —rugió Quinn cuando ella se puso de nuevo al teléfono—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Me parece que aún estás dormida, Magenta. Esto es una primicia nacional y quiero una imagen espectacular de Style Design en ese primer suplemento. ¿Magenta? ¿Estás ahí?

Espectacular había sido la impresión al meterse en el agua fría. Dentro y fuera. No habría más.

Con el teléfono encajado entre el hombro y la barbilla, empezó a saltar para entrar en calor mientras abría el armario y descubría un vestido desechable de papel, el último grito en los años sesenta. La publicidad aseguraba que se trataba del futuro en cuanto a la moda.

Al final se decidió por un vestido de lana. Reservaría el de papel para la fiesta de Navidad. El vestido de lana, en un atractivo tono coral, llevaba un ancho cinturón que ajustó con firmeza.

Mientras subía al despacho en el ascensor, sentía el cosquilleo de la anticipación. Iba a volver a ver a Quinn. Entró en la oficina olisqueando el aire, buscándolo como un ciervo en celo. Quinn era un chico malo, pero ¿quién querría cambiar al amante de sus sueños por una aburrida seta?

Capítulo 8

La oficina de los años sesenta se parecía más a un gigantesco escenario que al espacio de trabajo rebosante de tecnología al que estaba acostumbrada, con la intimidad que proporcionaban los ordenadores y el personal intencionadamente andrógino. En los años sesenta, todo el mundo se vestía para impresionar, para resaltar los atributos. Por suerte, se había adaptado rápidamente a su papel de directora de oficina, desplegando sus dotes naturales para la autoridad, y hasta los hombres cumplían sus órdenes. Aunque Quinn no, por supuesto

—Siempre me han gustado las mujeres autoritarias —declaró uno de los empleados cuando ella le quitó el cigarrillo de la mano y lo aplastó.

—Se acabó el tabaco —ordenó Magenta con firmeza.

Quinn había optado por ignorar el hecho de que habían pasado la mayor parte de la noche coqueteando. Le había dejado un montón de trabajo aquella mañana que, estaba segura, había añadido al habitual como castigo por quedarse dormida. Pero estaba demasiado ocupada recordando el beso como para que le importara.

El día pasó volando, pero, por desgracia, no vio a Quinn. Se preguntó qué pasaría si volvía a dormirse en la oficina. ¿Qué podría pasar en un mundo al revés? Miró a un grupo de hombres rezagados que esperaban despedirse de Quinn, y seguramente lamerle un poco el trasero. Era un milagro que las mujeres hubieran encontrado el modo de demostrar su valía. Y además se esperaba que se ocuparan de sus casas.

En el fondo ¿qué había cambiado? La situación se parecía mucho a la del siglo XXI.

—¿Todavía trabajando, Magenta? —Quinn apareció y se dirigió directamente a ella, ignorando a los hombres—. Esto está muy bien —observó tras repasar su última idea.

—Te lo enseñaré cuando esté terminado.

—Deberías compartir tus ideas —le indicó Quinn.

—Y lo haré —contestó ella. Lo haría en cuanto hubiera montado un equipo que estaba decidida a reclutar en la centralita y el servicio de mecanografía.

—¿Cuándo podré verlo? —insistió su jefe.

—En cuanto estemos preparadas.

—¿Estemos? —preguntó él con desconfianza.

—Esta clase de trabajo suele llevarse a cabo en equipo —Magenta comprendió que había ido demasiado lejos—. Con tu aprobación, claro. Me gustaría sondear el corral de mecanografía.

—¿El corral de mecanografía?

—Me refería a las mecanógrafas —¿por qué le estaba mirando los labios?—. Están aisladas del resto de la oficina, como si estuvieran en un corral.

—¿Y? —preguntó Quinn.

—Sus observaciones acerca de algunos de los productos que promocionas podrían ser de utilidad —a pesar del tono suave, Magenta se sentía como una leona defendiendo a sus cachorros.

—Quizás… —Quinn se frotó la barbilla.

—Y tengo otra idea más para ti.

—¿Por qué no me sorprende?

—Soy la única directora de oficina —¿intentaba Quinn agobiarla con esa impresionante mirada?—. Pero he pensado que, si me permites formar un equipo, en mi tiempo libre, por supuesto, quizás podríamos probar nuestras ideas. Un equipo contra el otro.

—¿Hombres contra mujeres? —preguntó Quinn con gesto altivo, como si el resultado fuera totalmente predecible—. ¿Estás segura de lo que dices?

—Nunca he estado más segura de nada —Magenta le sostuvo la mirada a su jefe y su cuerpo reaccionó de inmediato como si una llamarada hubiera estallado en su interior—. He oído que hay tanta demanda para insertar publicidad en ese suplemento a color que un equipo elegirá los mejores.

—Yo también lo he oído, por eso tenemos que ser los mejores.

—Y por eso he pensado que, si se involucra a todos los empleados, tendrás muchas más ideas.

—¿Nunca te das por vencida?

Magenta se abstuvo de contestar.

—Espero que no me hagas arrepentirme de esto.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Magenta, si esto resulta ser una tomadura de pelo…

—Te prometo que no lo es. Muchas de las chicas quieren implicarse, y algunos de los hombres son buenos.

—Te gustan los desafíos —observó él.

—¿Acaso no le gustan a todo el mundo?

—No. La mayoría de las personas prefiere apostar sobre seguro. A ti parece gustarte vivir peligrosamente, lo cual está muy bien —añadió Quinn—. Porque tengo planes para ti.

A Magenta le dio un vuelco el corazón. Había muchas opciones posibles y cualquiera le servía.

—Voy a darte la oportunidad que me pediste. No tengo nada que

perder —sentenció él encogiéndose de hombros—. Voy a encargarte la fiesta de Navidad también. ¿Podrás con ello?

—Podré.

—Y no me vengas con ideas viejas. Que sea original.

Precisamente lo que le había dado fama a ella y su equipo del siglo XXI.

—No te quedes ahí, ponte a trabajar en tus ideas. Mañana por la mañana hablaremos.

—Sí, señor.

Magenta estaba encantada de saber que Quinn iba a darles una oportunidad a las chicas. Iba a tener que formar rápidamente un buen equipo para presentarse ante el único juez.

—Ese sondeo que mencionaste —Quinn habló mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Sí?

—Diles a las chicas que les voy a pedir su opinión sobre una serie de productos nuevos.

—Lo haré —no era una victoria, ni siquiera se le acercaba, pero sí un gran avance.

A la mañana siguiente, Magenta expuso su plan ante las chicas. Casi había esperado que la miraran como si estuviera loca y le sorprendió que aceptaran sus ideas tan rápidamente.

—Pero la última palabra la tiene Quinn —observó Nancy—. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Si algo sé de Quinn —Magenta se bajó de la encimera del tocador de señoras, el único lugar en el que estaban a salvo de oídos masculinos— es que, por encima de todo, es un empresario.

—Un guerrero con ojos de amante —observó una de las chicas entre un murmullo de aprobación.

—Lo que es seguro es que luchará por la empresa —¿por qué se sentía de repente tan celosa?—. Quiere ese contrato. No tienes de qué preocuparte, Nancy. Quinn será duro, pero es justo.

—¿Va a ser una lucha justa o solo un truco de Quinn para mantenernos calladas? —insistió Nancy.

—Esto va en serio, como el concurso para publicar el anuncio en la revista. De lo contrario no os haría perder el tiempo. Quinn no puede resistirse a un desafío, ni yo tampoco, ni vosotras.

—Pero ¿será capaz de elegir nuestras ideas por encima de las de los hombres?

—¿Por qué no, si son mejores? Aquí se trata de mejorar nuestros empleos.

—¡Y de paso aplastar a los hombres! —el rostro de Nancy

resplandecía.

—No olvides la satisfacción que nos va a proporcionar —le recordó Magenta.

—¿Cuándo enterramos a las abejas obreras? —preguntó una chica con gafas—. Estamos contigo.

—Solo una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Nancy con desconfianza.

—Antes tenemos que hacer una cosa por Quinn, para demostrar lo cooperativas que podemos ser.

—Ya me lo temía —exclamó la otra mujer entre el murmullo generalizado.

—Puede que os guste —intentó animarlas Magenta.

—Si incluye escribir a máquina, limpiar o preparar café, yo no juego —le aseguró Nancy.

—¿Los hombres también tendrán que pasar una precalificación? —preguntó otra chica.

—Creo que todas conocemos ya la respuesta —admitió Magenta.

—¿Y qué hay que hacer? —Nancy puso los brazos en jarras.

—Probar algunos productos nuevos.

—Déjame adivinar —insistió la otra mujer—. ¿Escobas, estropajos y limpiadores?

—Maquillaje, productos de belleza y ropa. Y nos podremos quedar con las muestras.

—Quinn nos está comprando —observó Nancy con escepticismo.

—No, creo que Quinn quiere nuestra opinión sincera —protestó Magenta—. Así de sencillo.

—Nada es nunca así de sencillo —Nancy se mantuvo firme.

—Tienes razón —asintió Magenta—, pero ¿vamos a permitir que unas cuantas barras de carmín se interpongan en nuestro camino?

—¡No! —gritaron las chicas al unísono.

—Esto es más importante que un carmín de labios. Esto es una lucha por la libertad —añadió otra.

—¡A las barricadas! —exclamó Nancy entre risas—. Pero no olvidéis maquillaros primero.

—Entonces, ¿estás con nosotras, Nancy? —preguntó Magenta con gesto serio.

—Claro que sí. Después de todo lo que he aguantado hoy de los hombres, tengo ganas de pelea.

Debería habérselo imaginado, pensó Magenta al entrar en la sala donde estaban los productos para probar. Unas monísimas mesitas para Barbie de tamaño natural habían sido dispuestas para cada una de las chicas. Sobre cada mesa había una selección de productos de

belleza de alta gama que le aceleraría el corazón a cualquier mujer. Por suerte, tanto ella como el recién creado equipo sabían mantener la calma ante el equipo de Quinn, preparado para tomar notas.

—Qué bonito —murmuró Magenta, como si probar lacas de uñas y carmines fuera el sueño de su corazón de algodón de azúcar. Hizo un gesto al resto de las chicas para que tomaran asiento.

Todas lo hicieron con una sonrisa en los labios, pues estaban al tanto de la sorpresa que había preparado su jefa para los hombres.

—¿Tú no te sientas, Magenta?

—Si hubiera suficientes sillas…

—Toma la mía, no la necesitaré —le ofreció Quinn de inmediato.

Había llegado el momento de que Magenta demostrara si era capaz de la audacia que había prometido a las chicas. Tomando un carmín de labios, lo sostuvo en alto.

—Destellos de oro —murmuró—. ¿Qué te parece?

—¿Me lo preguntas a mí? —Quinn frunció el ceño.

—Sí. ¿Qué te parece? —insistió ella poniéndose de pie. Tenía la atención de toda la sala—. Según los hombres, las mujeres se arreglan para ellos y, sin duda, vuestra opinión será más valiosa que la nuestra —miró a Quinn fijamente sin dejar de sonreír con dulzura—. ¿Te apetece probarlo? —todo el mundo contuvo el aliento—. No hace falta que te lo pongas. Puedes lamerlo si quieres.

Quinn la agarró del brazo y la arrastró hasta un rincón.

—Esta prueba es algo muy serio. ¿A qué demonios estás jugando?

—Esta prueba es seria —susurró Magenta—. Pues te diré que este carmín parece tan bueno como el que yo uso, pero sabe a medicina mezclada con agua sucia. ¿Te apetecería besar a una chica que lleve algo así?

El brillo de los ojos aguamarina le indicó que, una vez más, se había pasado de la raya.

—Por esta vez te concederé el beneficio de la duda —asintió él al fin—, pero a partir de ahora basta de bromas y de dobles sentidos. Basta de trucos. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Gracias a todas por vuestra colaboración —se despidió Quinn cuando todas hubieron terminado de probar los productos—. Por favor, llevaos lo que queráis.

—Disculpa…

—¿Sí?

—Las chicas no queremos limitarnos a ser observadoras pasivas en esta prueba y, aunque hemos disfrutado enormemente de la experiencia, hay algunos productos que insistimos en que probéis también los hombres —Magenta casi tuvo que gritar para ser oída por encima de las protestas—. Para cubrir todo el mercado, necesitamos

también valorar algunos productos masculinos —se apresuró a continuar ante la furiosa mirada de su jefe.

Quinn le había dado otra oportunidad y estaba poniendo su paciencia al límite mientras que los demás hombres querían saltarle a la yugular. ¿Qué podía saber una mujer de los hombres?

—Debo agradecerte, Quinn —Magenta tenía que arriesgarlo todo—, por señalar el hecho de que nuestros esfuerzos publicitarios van dirigidos básicamente a los hombres. Las chicas y yo opinamos que lo lógico sería conocer la opinión masculina sobre determinados productos.

—Sí, sí, sí —la interrumpió Quinn con impaciencia mientras los demás hombres reanudaban sus protestas—. Magenta tiene razón —añadió para estupefacción de la joven—. Le prometí un trato justo, y eso significa que tenemos que conocer el punto de vista desde ambos lados del espectro.

«Con los hombres en el primer plano y las mujeres en ninguna parte», pensó Magenta.

—¿Nos concedéis un minuto para prepararlo todo? —le pidió Magenta a Quinn.

—¿Qué es eso? —preguntó Quinn cuando Magenta y las chicas regresaron al cabo de un rato.

—Un sillón de barbería que nos han prestado.

—¿Dónde quieres que lo ponga? —Quinn sacudió la cabeza, pero insistió en llevar él el sillón.

—En medio de la sala, por favor —ella se dio cuenta de que los hombres ya no sonreían satisfechos—. Ahora necesitamos un voluntario. ¿Cómo? ¿Nadie? ¿Nadie quiere ayudarnos?

—Yo lo haré.

Todos los ojos se posaron en Quinn, que ya se estaba deshaciendo el nudo de la corbata.

Capítulo 9

Gracias, Quinn —Magenta solo tuvo que sostenerle la mirada a su jefe para leer toda clase de mensajes que le hicieron estremecerse por dentro.

Todo el mundo contuvo el aliento mientras ayudaba a Quinn a quitarse la chaqueta. A través de la camisa de algodón, sentía el calor del atlético cuerpo. Y a pesar de no ser bajita, tuvo que ponerse de puntillas para deslizar la chaqueta por los anchos hombros.

—¿Quieres que me quite la camisa también? —sugirió Quinn.

—No será necesario, gracias —ese hombre sabía hacer galopar su corazón—. ¿Te sientas?

Quinn se acomodó en el asiento de cuero y Magenta se inclinó sobre él para alcanzar el lavabo. Sus miradas se fundieron, la de Quinn divertida. Tener a ese hombre a su merced era el mejor desafío con el que podría haber soñado jamás.

—¿Estarías más cómodo si te descalzaras?

—Prefiero dejarme los zapatos puestos, gracias. Quizás necesite salir corriendo de aquí.

El comentario de Quinn aligeró el ambiente y hasta Magenta se unió a la carcajada general.

—Adelante —la instó él en tono de advertencia—. Y recuerda que quiero todos los informes sobre mi mesa para la hora de la comida —antes de proseguir, se volvió hacia los demás—. Podéis marcharos. No hay motivo para que os quedéis aquí mientras hacemos esta prueba.

Aquello sí que iba a inspirar unos cuantos chismorreos.

—¿Hubieras preferido tener público? —preguntó Quinn mientras todos se marchaban.

—Da igual —Magenta iba a seguir adelante, aunque unas cuantas carabinas habrían estado bien.

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos? —preguntó Quinn.

—Empezaremos con una toalla caliente antes de afeitarte.

—Espero que utilices cuchilla.

—¿Preferirías una navaja?

Tocarlo, darle un masaje con sus manos, era una montaña que tendría que escalar sin cuerda.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Supongo que no…

—¿No, qué? —preguntó Quinn.
—Que no intentarás besarme —balbuceó ella.
—¿No te gustaría que lo hiciera?
—No quiero sorpresas, y no quiero que me tiemble la mano. Podría cortarte.
—Realmente sabes seducir a un hombre.
No, desde luego eso era algo sobre lo que no tenía ni idea.
—No tenía pensado sorprenderte, Magenta.
—Bien.
—Tampoco tenía pensado besarte.
«Mal».
—¿Preparada? —preguntó él—. No tengo todo el día.
La toalla húmeda estaba caliente y Magenta se deleitó cubriendo el rostro de su jefe con ella.
—Me ayudaría mucho poder respirar —Quinn se recolocó la toalla.
—Lo siento.
De repente se le planteó un dilema. ¿Qué línea de productos debería elegir? ¿Líder? ¿Cuero Inglés? Aunque quizás lo mejor sería no aplicarle nada.
Pensó en utilizar algo llamado «Inferno». Según la publicidad escrita en el envase *Si ella no te lo da, tómalo tú mismo*, bastante para hacerle desistir.
—¿Aún no has elegido ningún producto para probarlo en mí? —preguntó Quinn con impaciencia.
—Sí, esta cosa llamada «Fruta prohibida».
—Suena razonable.
—«El Jugo de la Rendición».
Quinn frunció los labios y ella apenas pudo contener una carcajada. Desde luego, la publicidad de los años sesenta era muy mala. Si no se le ocurría nada mejor, tendría que dedicarse a otra cosa, aunque era consciente de contar con la ventaja de su conocimiento del futuro.
¿Podría considerarse trampa? No, simplemente un buen sentido del negocio.
—¿Preparado?
—Tanto como podré estarlo jamás —contestó él secamente.
Enjabonar a Quinn fue divertido. Afeitarle no tanto, por su temor a cortarle. Además, tenía que inclinarse mucho sobre el fornido cuerpo y la inquietante mirada de Quinn nunca la abandonaba. Tenía un rostro hermoso. Y esos labios…
Nunca había estado en una situación tan íntima con un hombre y sintió que su cuerpo reaccionaba al tocar su rostro, y al rozar sus brazos con los pechos.
—No está mal —admitió él cuando el afeitado hubo terminado—. Puede que te contrate.

—No tendrás esa suerte —Magenta al fin se permitió una relajante carcajada.

—No olvides el masaje. Es mi parte favorita —insistió Quinn—. Además, no puedo opinar sobre los productos hasta haberlos probado.

—Por supuesto.

—Calienta primero la crema entre tus manos.

Magenta siguió el consejo de su jefe mientras el aire de la habitación se volvía denso.

—No seas tímida —insistió él secamente.

—No lo soy —tras una tentativa mirada, ella se armó de valor.

Quiso grabar en su mente cada detalle de las cejas, orejas, garganta y labios.

—Siempre me has parecido un enigma —fue Quinn el que dio por finalizada la sesión.

—¿He hecho algo mal?

—Al revés, ha sido el masaje más sensual que he recibido jamás.

—¿Y qué dices del producto?

—¿Qué producto?

—Se suponía que lo estabas probando.

—Acabo de darte mi opinión. Anótalo. Espero tu informe sobre mi mesa este mediodía, Magenta.

—¿Y tendrás en cuenta las ideas de mi equipo? —ella contuvo el aliento.

—Te di mi palabra.

Magenta quiso besarlo, pero por suerte tenía más sentido común.

—¿Hay alguna que destaque según tú? —preguntó él, camino de la puerta.

—Nancy, Maria, Josie —había tantas chicas con talento que apenas sabía por dónde empezar—. Si les dieras una oportunidad…

—¿Y? —Quinn sospechaba que había algo más.

—El mismo salario que a los hombres.

—¡No pides nada! —él hizo una mueca.

Había que intentarlo aprovechando que estaba de buen humor.

—Esas cosas hay que ganárselas —observó Quinn—, independientemente del sexo.

—¿De modo que vas a considerar la posibilidad de realizar algún cambio?

—Cuando lo haga, serás la primera en saberlo.

—Gracias.

—No me des las gracias. Tendrás que mecanografiar los informes. Si no puedes con ello, retírate ahora que estás a tiempo, Magenta.

—Sí puedo con ello —era un giro increíble para uno de los hombres más intransigentes del mundo.

—Bien, porque tendrás que añadir la nueva carga de trabajo a tus

tareas diarias.

¿Acabaría por derrumbarse bajo la presión? Llegado el caso, a Quinn no le iba a importar, de modo que más le valía que no sucediera. Tenía que hacerlo por las chicas.

Las chicas estaban emocionadas ante la idea de ser tomadas en serio. El machismo reinante en la oficina no conocía límites y Magenta apenas podía creer que unas personas tan inteligentes y vitales hubieran sido relegadas solo por su condición femenina. ¿Cómo era posible que esas mujeres hubieran sido sometidas y subyugadas por los hombres? ¿Cómo podía un jefe permitirse el lujo de desperdiciar unos recursos tan valiosos?

Tras asegurar a sus nuevas compañeras que sus ideas iban a ser realmente escuchadas, se dispuso a redactar el informe y se lo entregó a Quinn antes de la hora de la comida. Para su sorpresa, él le entregó una hoja mecanografiada.

—Mi informe —anunció.

—Gracias… —quizás sí estuvieran llegando a alguna parte. Con la hoja en la mano, abandonó el despacho de su jefe con una cálida sensación en su interior. Incluso se sentía triunfante. Si todas las batallas que tenía por delante fueran tan fáciles de ganar…

—Deja la puerta abierta —le pidió Quinn.

—Por supuesto.

Magenta empezaba a pensar que Quinn no era tan mal tipo. Solo necesitaba que lo recondujeran. Con el resultado de las pruebas y el informe de Quinn, podía empezar.

Pero al leer la hoja que su jefe le había entregado, abrió los ojos desmesuradamente.

Cena esta noche. Te recogeré en tu casa a las ocho. Sin excusas.

Más que una invitación parecía una orden.

Besarse era una cosa, pero eso… Acababa de disfrutar de una prolongada experiencia sensorial con Quinn, pero en esos momentos sentía que la estaba poniendo en evidencia.

—¿Quieres hablar de negocios esta noche? —preguntó desde su mesa.

—¿Y qué vas a ser si no? —Quinn agitó impaciente una mano en el aire.

Una reunión de negocios. Eso estaba bien, y le daría la oportunidad de aprender más cosas sobre Quinn. Podría manejar la situación, a fin de cuentas era una chica grande y siempre podría decir que no. Pero ¿cómo rechazar a Quinn sin ofenderle? Pondría en peligro el futuro de

las chicas.

Intentando no parecer demasiado ansiosa por la velada, sonrió a su jefe tímidamente.

Según las revistas de moda que barajaban las chicas en la oficina, las faldas se llevaban más cortas. Se paró frente a una pequeña tienda de modas situada en un edificio que Magenta sabía iba a convertirse en un bloque de oficinas. Llevaba consigo el dinero de su sueldo, pero la idea de ponerse alguno de los atrevidos modelitos que se exhibían en el escaparate, no le resultó muy atractiva. De hecho, preferiría llevar un saco.

Decidida a hacer un esfuerzo por ir a la moda, entró en el primer salón de belleza que vio.

Un chico de cabellos sueltos y pantalones ajustados le hizo unos arreglos en la melena, recogiéndola por los lados y dejándole un largo flequillo que le llegaba a las pestañas.

Decidió comprar un poco de maquillaje y eligió una sombra de ojos ahumada, pero desistió de la base pálida combinada con el carmín de labios blanco. La chica del mostrador la miró extrañada ante sus evidentes dificultades con la moneda de la época.

Todavía le quedaba comprarse algo de vestir. Se divirtió de lo lindo en las tiendas de ropa vintage, hasta que comprendió que era ropa nueva. En los años sesenta no había nada sutil en la forma de vestir. Aunque no deseaba que Quinn la considerara una mojigata, su límite para las faldas estaba un poco por encima de la rodilla. Rechazó un vestido de ganchillo y se decidió al fin por uno de seda de color turquesa que le favorecía sin mostrar demasiado.

—Podría ir sin sujetador —observó la dependienta—. Su figura se lo permite.

—Prefiero llevar sujetador —¿qué pasaría con sus pezones? No iba a proporcionarle a Quinn tantas pistas, ni animarlo.

—¿Y qué le parece este no-sujetador? —insistió la dependienta—. Es muy vaporoso, pero protege algo —estudió a Magenta—, suponiendo que sea eso lo que desea.

—Es bonito —observó ella. Desde luego quería toda la protección que pudiera conseguir.

—También podría probarse estas braguitas que le abrazan las caderas. O quizás estas del mismo color que el sujetador.

—Es una tela muy fina.

—Esa es la idea.

—Me las llevo —lo único que quería era salir de la tienda. La dependienta la ponía nerviosa.

—¿Cuál de ellas? —la chica sujetaba unas braguitas en cada mano.

—Las dos.

—¿Seguro que no es demasiado transparente? Tengo algo más tupido ahí dentro.

¿Tan obvio resultaba que el criterio de Magenta a la hora de elegir ropa interior en el siglo XXI se basaba en lo que más durara y más limpio quedara con el ciclo corto de la lavadora?

Capítulo 10

Magenta se atrevió con un baño y después se vistió. El timbre de la puerta sonó y el corazón se le disparó. Si eso era un sueño, desde luego se estaba tomando su tiempo para despertarse.

Pero al abrir la puerta decidió que no quería despertarse. De pie ante ella, con un abrigo sobre el traje y una larga bufanda de seda, Quinn parecía un héroe de novela.

—¿Preparada?

—Preparada —asintió ella intentando no fijarse en el Aston Martin DB5 de color gris que se hallaba aparcado en la calle. Casi había esperado encontrarse con una moto—. Está en muy buen estado —observó.

—¿Te refieres al coche? —Quinn la miró con extrañeza—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Lógico, en los años sesenta era un modelo totalmente nuevo.

—Me encanta —Magenta casi se había traicionado—. Eres un hombre con suerte.

—Y cuanto más trabajo, más suerte tengo —contestó él secamente —. ¿No se te ha olvidado algo?

Magenta se llevó las manos a las orejas. En los años sesenta, ninguna mujer que se respetara salía a la calle sin pendientes.

—Enseguida vuelvo. Entra si quieres, y cierra la puerta —le pidió mientras corría escaleras arriba.

Enseguida regresó llevando dos bonitas lágrimas de perla.

—Perfecto —asintió Quinn mirándola de arriba abajo.

La afirmación era excesivamente íntima para una reunión de negocios, pero Magenta lo dejó pasar. Quinn la guio hasta el coche y le sujetó la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella con interés.

—Aún no lo he decidido. ¿Qué clase de comida te gusta?

—De todo —Magenta sentía curiosidad por saber si Antonio’s estaba abierto.

Antonio’s era famoso por imbuir la cocina de mercado londinense con un poco de sol italiano y bastante alegría de vivir francesa. Pertenecía a la misma familia desde los años cincuenta.

—Por aquí no se va a Antonio’s —protestó cuando Quinn giró por una calle.

—¿Antonio’s?

—Lo siento, estaba pensando en un restaurante italiano que se encuentra cerca de aquí —balbuceó—. ¿Ya has decidido adónde vas a llevarme?

—Estaba pensando enseñarte mi colección de sellos —contestó él—. Te llevo a mi casa.

—¿A tu casa? —a Magenta se le secó la boca—. ¿Debería preocuparme?

—¿Te gusta preocuparte? —Quinn la miró de reojo.

—Claro que no.

—Mejor así, pero no te adelantes en tus conclusiones. Aún no has probado mi cocina.

—¿Vas a cocinar para mí?

—¿Te supone algún problema?

—No —pero sí era una sorpresa. La idea de ver a ese hombre con delantal era inesperada.

¿En qué lío se estaba metiendo? Quinn detuvo el coche frente a una lujosa casa con pórtico. ¿Era su costumbre llevar a sus asociados allí para hablar de negocios?

Intentó no comportarse como una provinciana mientras él le enseñaba la casa. El padre de Magenta era amante de los lujos, pero nada que ver con todo eso. La sala de música de la primera planta estaba repleta de instrumentos antiguos y parecía más propia de un palacio. Quinn era un avispado hombre de negocios, y también un erudito. La idea de cómo podrían combinarse ambas cosas en la cama hizo que Magenta se estremeciera.

—¿Tienes frío? —preguntó Quinn al ayudarla a quitarse el abrigo.

Quinn la miró con expresión burlona, pues ambos sabían que lo que le sucedía era todo lo contrario. ¿Por qué se sentía tan avergonzada e insegura? La atracción sexual entre un hombre y una mujer no era nada nuevo, aunque quizás sí lo fuera para alguien tan necesitada de sexo.

Quinn se llevó los abrigos y regresó con un par de copas llenas de un líquido de color ámbar.

—¿Qué es? —preguntó Magenta.

—Malta.

—Te has acordado —ella se rio—. ¿Conoces a muchas mujeres a las que les guste el whisky, Quinn?

—¿Acaso importa?

—En absoluto. Solo me preguntaba si te gustan las inconformistas.

—Tú no eres una inconformista, Magenta.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque todas las inconformistas tienen el mismo aspecto.

—¿Hippy?

—Eso es.

En esa ocasión fueron ambos los que estallaron al unísono en carcajadas. Magenta empezaba a relajarse. Le gustaba mucho la compañía de ese hombre, quizás demasiado. Pero no podía permitirse el lujo de bajar la guardia y esperar sobrevivir a la experiencia sin ningún rasguño.

—¿Hablamos de negocios? —propuso mientras dejaba la copa en la mesa.

—Por mí, de acuerdo —Quinn sonrió divertido y dejó su copa al lado de la de ella.

—No debería… —murmuró cuando Quinn la tomó en sus brazos y la besó dulcemente.

—Deberías.

Los ojos aguamarina brillaron divertidos antes de que Quinn intensificara el beso. La oportunidad de experimentar todo lo que había soñado con ese hombre se había convertido en una realidad. Siempre había sido muy torpe para los hombres, preocupada por hacerlo mal, pero el modo en que Quinn la besaba dejaba muy poco margen a la suerte.

Y lo mejor de todo era que en un sueño nada podía ir mal. No había consecuencias. Quedaba liberada de inhibiciones y vergüenzas. Su mundo del siglo XXI nunca le había parecido tan lejano. Aquella era una experiencia años sesenta que no podía perderse.

La lengua de Quinn le separó los labios y se hundió dentro de su boca.

—¿Te he asustado? —preguntó él cuando Magenta dio un respingo.

—¿Tú, asustarme? —ella soltó una carcajada. Tenía más miedo de ella misma que de él.

—Te haces la dura —murmuró Quinn—, pero no estoy seguro.

—¿No dijiste algo de cenar? —Magenta se estaba hundiendo.

Quinn era muy atractivo y ejercía un efecto imán sobre ella, pero también le hacía sentirse vulnerable y expuesta. Ese hombre encerraba la promesa del placer sin ningún precio a pagar.

—¿Te va bien una tortilla francesa? —Quinn se había cambiado de ropa y se había puestos unos vaqueros y una camiseta que le hacía parecer peligrosamente amistoso.

—Sí, perfecto, gracias.

A Magenta le resultaba extraño hablar de comida cuando aún vibraba por los besos recibidos.

—¿Con queso, sencilla o con hierbas? —Quinn no parecía afectado —. Esa es la selección que tengo.

—Con queso estará bien —sus miradas se fundieron y ella respiró entrecortadamente.

Ese hombre era un animal de sangre caliente y ella era la que estaba fuera de lugar. En los años sesenta la norma era el amor libre y sin compromiso. Y eso no era lo suyo.

—¿Te gusta la tortilla bien hecha o un poco blanda por dentro?

—Jugosa y no muy pasada, gracias —ella tragó nerviosamente.

Ese hombre estaba profundamente experimentado en el sexo, mientras que ella era muy consciente de lo que se podía esperar de ella y de hasta qué punto podía resultar decepcionante.

—¿Tienes miedo de todos los hombres o solo de mí, Magenta?

—No tengo miedo de nadie —protestó ella—. Si tuviera miedo de ti, no estaría aquí.

—Sin embargo, no tienes muy buen concepto de los hombres, ¿verdad? —observó él.

—Eso depende del hombre del que se trate.

—Te diré lo que vamos a hacer —Quinn se volvió hacia ella—. Voy a preparar la cena y, mientras tanto, hablaremos de tus planes para la fiesta de Navidad y cualquier otro tema relacionado con el trabajo. Después te voy a hacer el amor. ¿Te parece bien?

—Eres un arrogante hijo de perra.

—Culpable de todos los cargos —asintió él con calma.

—Cenaremos, hablaremos de trabajo y después me voy a mi casa.

—Lo que tú digas.

¿No podía fingir al menos un poco de decepción?

—¿Qué pasa? —preguntó a la defensiva cuando Quinn soltó una carcajada.

—Eres igual de mala que yo, Magenta Steele.

—Explícate —nadie podía ser tan malo.

—Tú no haces nada por casualidad —Quinn sacó una sartén del armario—. Lo planificas todo cuidadosamente y haces bien tus deberes. En poco tiempo has demostrado ser una líder de equipo. Sabes encontrar el filón en un negocio. Has desperdiciado tu vida tras esa mesa.

—De modo que te has dado cuenta —observó ella secamente.

—Yo me doy cuenta de todo —le aseguró él mientras cascaba los huevos—. Te he traído a mi casa porque sé lo buena que puedes ser en los negocios y quería hablar de ello contigo.

Magenta debería sentirse halagada, pero la vanidad femenina, por frágil que fuera, y la suya era muy frágil, exigía más. Sin embargo, sabía que Quinn no le daría más. Sexo y negocios eran la combinación perfecta para él, con una tortilla entremedias.

—Tu equipo participará en la siguiente reunión de la junta. Si hay un buen activo dentro de la oficina, lo utilizaré.

—¿Vas a cambiar la distribución? —ante la mirada de advertencia de su jefe, ella añadió—: Tú mismo dijiste que compartir ideas es

fundamental en una agencia de publicidad.

—¿Algo más?

Magenta le señaló todos los puntos que contribuirían a que las chicas pudieran trabajar en igualdad de condiciones, incluyendo prohibir los comentarios sexistas.

—Te estás revelando como todo un carácter —observó él con gesto imperturbable. ¿Iba a destrozarla por ello o les daría una oportunidad a ella y su equipo de chicas?

Quinn le acercó un cuenco con ensalada y le pidió que la aliñara.

—No te van los cambios paulatinos, ¿verdad? —él seguía sin apartar la mirada de su rostro.

—Paulatino no es suficiente.

—Lo quieres todo rápidamente. Enseguida.

Estaban tan cerca que Magenta veía claramente los reflejos de las llamas en los ojos aguamarina. Asustada por el peligro, se echó hacia atrás, pero Quinn le agarró la muñeca.

—No te retires ahora, Magenta —susurró—. Sabes que no puedes resistirte a un desafío.

Justo cuando había empezado a pensar que estaba a salvo, Quinn le había recordado una nueva fuente de tensión entre ellos, una que no tenía nada que ver con el trabajo. Una parte de ella deseaba seguir adelante. Por suerte, esa parte estaba perfectamente bajo control.

—Te estás ruborizando —observó Quinn.

El aliento escapó de los pulmones de Magenta cuando su jefe le acarició una mejilla, muy lentamente, hasta tocarle los labios.

—¿Por qué te estás ruborizando, Magenta?

—No hay ningún motivo en concreto —ella se echó hacia atrás—. Será por el calor de la cocina. Me impresiona comprobar que sabes cocinar —añadió.

—¿Los hombres que conoces nunca tienen hambre?

—No conozco a muchos hombres.

—Aprendí a cocinar por mí mismo.

—Eso está bien.

—Es más bien una cuestión de necesidad.

—No pretendía ofenderte —ella se relajó ligeramente—. Es que no pareces de ese tipo de hombre.

—¿De los que cocinan? ¿A qué tipo de hombre no le gusta comer?

—La mayoría de los hombres tiene a alguien que le cocina —«incluso en el siglo XXI».

—Pues yo prefiero confiar en mis propias habilidades.

¿Más que en las de algunas mujeres? ¿Hasta dónde iba a permitirle llegar, a ella o a cualquier otra mujer, en el trabajo?

—Estoy segura de que tienes todas las habilidades necesarias para ello.

¿Cómo iba a concentrarse en el trabajo cuando los ojos de Quinn se habían oscurecido de repente?

Capítulo 11

Estaba dividida, comprendió Magenta mientras observaba a Quinn preparar hábilmente la segunda tortilla. Por mucho que su lado más sensato lo desaprobara, se sentía salvajemente excitada. Y además era la mejor oportunidad que tendría para hablar con Quinn de trabajo.

—Siéntate y come —le ordenó él mientras colocaba ante ella una tortilla dorada y perfecta.

—Está deliciosa —apreció Magenta.

—Háblame de tus ideas —Quinn les sirvió a ambos una ración de ensalada.

Animada por su genuino interés, Magenta le habló largo y tendido de la fiesta de Navidad.

—Me encanta saber que confías en mí hasta el punto de encargarme su organización.

—Si no puedo confiar en ti, en lo que sea, será mejor que me lo cuentes ahora.

El encantador anfitrión se había transformado en un abrir y cerrar de ojos en el exigente jefe.

—Solo te impondré alguna condición para la fiesta —continuó él—. Nada de clichés, de ostentación o de tradiciones obsoletas. Y, por supuesto, nada de gastos superfluos. Ah, y me encantan las sorpresas —añadió tras arruinar el plan de Magenta—. Come —insistió.

—Estaba deliciosa —repitió Magenta mientras le ayudaba a recoger la mesa.

—Vamos con tus ideas —Quinn asintió.

—Trabajo en equipo.

—Pero lo que a mí me interesa es tu cerebro. No importa a quién se le ocurrieran las ideas, fue tu iniciativa la que llamó mi atención sobre ellas.

—No me corresponde a mí todo el mérito.

—¿Por qué no?

—Porque así no hacemos las cosas.

—¿No hacéis las cosas dónde?

Esa era una pregunta más difícil de contestar.

—Si quieres seguir adelante tendrás que espabilar, Magenta —Quinn sacudió la cabeza—. A no ser que quieras seguir toda la vida sentada junto a la puerta de mi despacho.

—Lo deseo tanto como las chicas desean seguir en el servicio de

mecanografía.
—No me presiones, Magenta.
—Hablas como si yo fuera la mujer más exasperante que hubieras conocido jamás.
—Con mucho —ambos sonrieron.
—No estoy muy segura de que sea buena idea que esté aquí contigo tan tarde.
—¿Crees que estás en peligro?
—Creo que eres capaz de seducir a cualquiera.
—¡Magenta Steele! Te estás ruborizando de nuevo —murmuró él.
—Es que hace mucho calor en esta cocina —insistió ella.
—De eso nada —Quinn sacudió la cabeza—. No estoy de acuerdo.
—¿Un café? —sugirió ella con voz débil mientras se echaba hacia atrás y buscaba las tazas.
—Yo lo prepararé, te vas a quemar —él cubrió las temblorosas manos de Magenta con las suyas.
—¿Intentas persuadirme para que me quede?
—No necesito llegar tan lejos.
—Estás muy seguro de ti mismo.
—Sí, lo estoy.
Magenta contuvo el aliento mientras Quinn se le acercaba.
—Debería irme —estaba tan excitada que no podía controlar el temblor.
—No, señora, deberías venir.
Un gemido escapó de labios de la joven. ¿Qué sentido tenía fingir que no deseaba todo aquello? Las caricias de Quinn eran firmes y seguras, y le proporcionó los besos que tanto deseaba haciendo que en su interior se acumulara un deseo tal que empezó a moverse para propiciar un contacto más íntimo, más presión, más sensación. El deseo siguió creciendo hasta dominar todos sus pensamientos y llenar el seno que deseaba que Quinn le colmara.
—Te deseo —susurró ella hundiendo los dedos en el cabello de Quinn.
—Aquí no —protestó él con voz ronca mientras la levantaba en brazos.
—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, aunque casi sabía la respuesta.
Quinn se inclinó y volvió a besarla, tomando su boca con desesperante calma.
—¿Recuerdas lo que te prometí? —murmuró.
¿Se refería a la promesa de hacerle el amor? ¿Cómo iba a olvidar algo así? Allí, en los años sesenta, su cuerpo anhelaba a Quinn cada vez más.
—Lo que quiero es que me prometas una cosa.

—Prometo darte placer hasta que te duermas agotada en mis brazos.

—Me refiero a otra cosa —el corazón de Magenta dio una sacudida de ansiedad.

—Qué glotona —Quinn le acarició los cabellos antes de deslizar la mano desde la mejilla hasta el cuello y de ahí al pecho, donde jugueteó con el erecto pezón.

—Suceda lo que suceda entre nosotros —susurró ella—, no permitiré que interfiera con el trabajo ni con la oportunidad que les has concedido a las chicas.

—Significan mucho para ti, ¿verdad? —murmuró él.

—Para mí la lealtad lo es todo.

—¿No te preocupa tu situación en la empresa?

—Por supuesto, y, si meto la pata, espero que me invites a irme. Pero no por esto, por nosotros.

—¿Nosotros?

Los labios de Quinn se curvaron. A saber en qué estaría pensando. Lo único de lo que estaba segura era de sus sentimientos hacia ese hombre.

—¿De verdad crees que voy a darte una puntuación del uno al diez y llevarme el tanteo de la cama al trabajo? —él soltó una carcajada—. Tu empleo está a salvo, Magenta. La empresa te necesita y, pase lo que pase entre nosotros, sería un estúpido si no tuviera en cuenta el potencial de tus colegas. ¿Tranquila? —preguntó Quinn—. Deberías relajarte más y preocuparte menos.

—No soy buena en esto.

—Vas a ser muy buena —le aseguró Quinn—. Yo me encargaré de ello.

Los labios de Quinn eran firmes y tentadores y la expresión de sus ojos resultaba tranquilizadora. Magenta deseaba todo lo que pudiera ofrecerle, para empezar, ternura. No, para empezar, diversión, se corrigió. No, eso tampoco. Lo que quería era sentirse segura, sentir la fuerza de un hombre mientras la llevaba en brazos.

Al demonio con todo. Lo que quería era sexo con un hombre que supiera lo que hacía.

El dormitorio de Quinn era enorme, cálido y confortable, además de ordenado y muy limpio. El aroma a madera de sándalo impregnaba el aire y la decoración era elegante, en tonos crema, miel y chocolate. El escenario perfecto para que él la besara apasionadamente antes de tumbarla sobre unas sábanas de lino.

—¿Dónde aprendiste a besar así? —preguntó ella maravillada ante la mezcla de fuerza y delicadeza.

—Hoy en día se publican unos excelentes manuales de autoayuda.

Desde luego eso sí que era un sueño, pensó Magenta mientras se unía a Quinn en una carcajada. Iba a disfrutar cada instante. Alargando los brazos, empezó a desabrochar los botones de la camisa para deslizarla por los anchos hombros. Se detuvo un instante para admirar el atlético torso mientras se preguntaba qué había hecho para merecerse algo así. Ese hombre era magnífico, perfecto. Si pudiera embotellar el sueño y venderlo, montaría una fábrica.

—Eres hermoso —y lo deseaba.

Tiró de la cinturilla del pantalón para deleitarse en los abdominales. Todos los hombres deberían ser así, y, si las mujeres gobernaran el mundo, lo serían.

Quinn se deshizo de los zapatos y se unió a ella en la cama.

¿Podía haber mejor sensación en el mundo? Sin embargo, cuando Quinn se inclinó para besarla, ella lo empujó.

—Todavía no. Quiero mirarte. Quiero tocarte, explorarte —estaba exhibiendo una osadía que ignoraba que tuviera y, por suerte, él estuvo dispuesto a complacerla.

Magenta sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. ¿Inhibiciones? Quinn no tenía ninguna. Y, si ella iba a deshacerse alguna vez de sus bloqueos, sería con él. Sería en ese momento.

Arrodillándose al lado de él, le acarició el torso con la melena.

—No te muevas —le ordenó con dulzura cuando él hizo ademán de moverse.

Deslizó los dedos por el atlético torso hasta la cintura. La respiración entrecortada de Quinn la excitó todavía más.

—Ahora me toca a mí.

Magenta dio un respingo cuando él se colocó encima.

—Confía en mí —la tranquilizó ante la evidente aprensión que mostraba.

Entre ellos se estaba formando un fuerte lazo y, en efecto, confiaba en él. Quinn le arrancó un gemido con sus caricias. Era un hombre muy intuitivo y sus manos parecían conocer todo sobre su cuerpo que ya palpitaba entre los muslos.

—¿Es tu primera vez?

—No —ella apartó el rostro.

—¿Qué sucede?

—Estoy preocupada.

—¿Sobre qué? —él le tomó la barbilla con una mano y la obligó a mirarlo.

—Puede que se me haya cerrado…

Ambos soltaron una carcajada.

—¿Tienes miedo de que te haga daño?

«Lo que más miedo me da es cómo me haces sentir».

—No es eso, pero tengo miedo de perder el control. Tengo miedo de las sensaciones que surgen de mi interior cada vez que me tocas. Tengo miedo de cruzar la raya y no regresar jamás. Tengo miedo de experimentar algo que no sea capaz de controlar.

—¿Podrías ser un poco más concreta?

—Te va a parecer una estupidez.

—Inténtalo —la animó Quinn.

—Yo nunca he… —Magenta tragó nerviosamente y lo intentó de nuevo—. Yo nunca he…

—¿Experimentado un orgasmo?

Magenta tenía las mejillas encendidas y no podía hablar.

—¿Y quieres que yo te enseñe?

—No estoy segura —admitió Magenta.

—Eso es porque no sabes cómo es. Cuando lo sepas, no querrás que pare.

El cuerpo de Magenta respondió con gran entusiasmo a la sugerencia de Quinn.

Él se tomó su tiempo para desnudarla, acariciando su cuerpo. Magenta vio reflejado su deseo en la mirada aguamarina. Lo deseaba todo de él, aunque sospechaba que ese hombre iba a hacerle esperar. Le daría tiempo para reflexionar sobre la magnitud del placer que estaba por llegar.

Y él le dio la razón. Cuanto más intentaba ella meterle prisa, con más calma establecía el ritmo.

—¿Por qué? —preguntó ella con la voz entrecortada—. ¿Por qué me haces esperar así?

—Porque va a merecer la pena.

—Ya he esperado suficiente tiempo.

Las palabras de Quinn, la expresión seria y la nota de autoridad de su voz llevaron a Magenta al pináculo del deseo. Ese hombre entendía sus necesidades. Sabía cómo hacerla jadear por él y no dudaba en utilizar su poder. Tomando un pecho con la mano ahuecada, le acarició un pezón a través de la tela del sujetador mientras se concentraba en el otro con la boca. La ropa interior que llevaba no ocultaba nada y se veía que los pezones ya no eran de color rosado, sino oscuros y erectos. Y la braguita ocultaba aún menos la inflamación de un cuerpo que necesitaba experimentar el contacto con el cuerpo de Quinn.

Quinn había colocado una almohada bajo el trasero de Magenta y ella al fin comprendió el motivo. Quería que ella viera el placer que le estaba procurando. Quería que tuviera una clara visión de todas sus zonas erógenas reaccionando al placer que él le procuraba.

—Creo que te va a gustar —observó él.

—No me gusta que me atormentes así —protestó Magenta

retorciéndose—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes aguantar? —se acercó a él, pero Quinn fue más rápido, apartándose de ella—. ¡No aguanto más!

—Pues yo sí, y tú vas a aprender las bondades de la paciencia.

Magenta intentó alcanzar el cinturón del pantalón.

—No me daré prisa.

—Tienes que hacerlo. Tienes que ayudarme —insistió ella.

—Cuando estés inflamada y preparada hasta el punto de que no aguantes más, entonces te ayudaré —Quinn le quitó el sujetador y le impidió taparse los pechos con las manos—. Ahora me toca a mí mirar.

A Magenta le encantaba el tono autoritario de la voz de Quinn y se recostó sobre la almohada, estirando los brazos por encima de la cabeza. Tras deleitarse en la observación de sus pechos, él hundió el rostro en ellos.

—Estás hecha para ser amada, Magenta Steele.

«Pero solo por ti».

—¿Nunca te han dicho que eres muy bueno en esto?

—¿Cómo se supone que debo contestar a eso? —Quinn la miró divertido.

—¿Con la verdad?

Pero Quinn soltó una carcajada y se deslizó hacia abajo.

Magenta soltó un pequeño grito al sentir el abrasador aliento sobre los muslos.

—¡Por favor! —suplicó cuando Quinn la empezó a atormentar con pequeños mordiscos sobre la ardiente piel.

Arqueando el cuerpo, le facilitó la labor de quitarle las braguitas, lo único que se interponía entre ambos cuerpos, y gimió al sentirlo piel contra piel. Debería haberse sentido avergonzada, pero en vez de ello el instinto la empujó a levantar las caderas. Estaba más que dispuesta para el placer que él le había prometido.

Y entonces la tocó.

Capítulo 12

Magenta se quedó muy quieta. No quería moverse o respirar por miedo a distraer a Quinn y que el placer que le estaba proporcionando se interrumpiera. El tiempo se detuvo mientras él la tocaba con mucha lentitud, permitiéndole a ella deleitarse en el momento.

—No te muevas —le ordenó—. Déjame hacerlo todo a mí. ¿Entendido?

Magenta respondió entre jadeos algo ininteligible. No quería dejar de concentrarse en Quinn y el placer que le estaba proporcionando.

—¡Oh, no, no, no! —exclamó cuando él se detuvo—. No te pares. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—¿Cruel? —inquirió Quinn—. Yo no soy cruel. No tienes ni idea de lo considerado que puedo ser, sobre todo si sigues mis instrucciones al pie de la letra.

—Eres muy malo —susurró ella—. Pero lo haré, lo haré.

Lo último que vio fue la sonrisa de Quinn antes de deslizarse de nuevo hacia abajo.

—No aguanto más —se quejó ella al sentirse invadida por una oleada de sensaciones.

La primera convulsión de placer le hizo arquearse y se oyó a sí misma gritando su nombre.

—Ha sido… impresionante.

—¿Quieres más?

—Tendré que desnudarte.

—¿En serio? —él sonrió.

—Desde luego. Ahora sé lo que me he estado perdiendo. Como bien dijiste, tengo planes.

Sentada en la cama contempló la erección de Quinn que se marcaba claramente bajo la tela de los vaqueros, tentándola.

—Levanta las caderas —le ordenó ella con voz ronca, perdida toda inhibición.

Los vaqueros aterrizaron en el suelo seguidos de los calzoncillos, y solo entonces titubeó Magenta. Verlo desnudo por primera vez le sobresaltó. ¿De verdad iba a caber dentro de ella? Era mucho más grande de lo que se había imaginado. Era el hombre en esencia. Atlético y bronceado, y formidablemente excitado.

—¿Sucede algo? —preguntó él.

—Te deseo —ella le sostuvo la mirada y, por su expresión, Quinn

supo que debía tomar el mando.

Magenta se sintió algo violenta, incluso sorprendida, cuando vio el preservativo en su mano.

—¿Puedo? —preguntó tímidamente. Tenía todo por aprender y había llegado su oportunidad.

Siempre había pensado que manejar la mecánica del amor iba a resultarle incómodo, pero con ese hombre nada lo era. Estaba abierto a todo y ella se contagió rápidamente. Tenía la oportunidad de explorar, sentirlo bajo sus manos, cálido y duro, suave, grueso y palpitante.

Cerrando los ojos se concentró en el momento, pero en cuanto Quinn la tumbó sobre la cama, se distrajo por completo. Los besos se hicieron más apasionados y sus cuerpos se entrelazaron como si nunca pudieran saciarse el uno del otro.

Y justo en ese momento, cuando más receptiva debería haber estado ella, las dudas regresaron a su mente. Sintiendo el cambio en su actitud, Quinn se detuvo al instante.

—¿Te sigue dando miedo que pueda hacerte daño? —él le besó la frente, los ojos y los labios.

—Lo que más miedo me da es decepcionarte.

—Tú nunca podrías decepcionarme —él sonrió—. Pero si has cambiado de idea…

—En absoluto.

—Yo también lo deseo, de modo que parece que vamos por el mismo camino.

Quinn volvió a besarla, deslizándose hacia el estómago y el interior de los muslos terminando por los tobillos hasta que ella pensó que iba a desmayarse de placer. Después continuó por las pantorrillas, besando y lamiendo las corvas, un lugar que ella jamás habría sospechado que encerrara tal potencial para el placer.

—Ni se te ocurra parar —le advirtió ella—. ¿Te gusto?

—¿A ti qué te parece? —murmuró Quinn.

Magenta suspiró y apretó el cuerpo contra él. Deseaba experimentar todo lo que Quinn quisiera ofrecerle. Tras excitarla de nuevo, él se estiró y se frotó contra ella, en un aperitivo del placer que aún estaba por llegar. Magenta gimió una protesta, pero él solo ralentizó aún más el ritmo hasta que la sintió suficientemente relajada para introducir solo la punta de su miembro.

La sensación fue tan extrema, tan buena, que la siguiente vez que Quinn inició la retirada, ella pegó las caderas a su cuerpo, reclamándolo.

Ni siquiera estaba segura de poder tomarlo entero y Quinn, sintiendo su miedo, hizo maravillas con los dedos y los besos para distraerla hasta introducirse del todo en su interior.

Ambos se movieron al unísono y ella se maravilló ante la ausencia de dolor, de miedo, a pesar del descomunal tamaño de la erección. Quinn la llenó de la manera más placentera, masajeándola con eficacia, y no pasó mucho tiempo antes de que llegaran frenéticamente a la inevitable conclusión. Instantes después, el espasmo la sobrecogió y, gritando el nombre de Quinn, se abandonó al placer, convulsionándose descontroladamente.

Le llevó una eternidad recuperarse, y otra para que las deliciosas postrimerías se calmaran. Quinn permaneció en su interior hasta que sintió que ella se había recuperado, y entonces empezó a moverse. Moviendo las caderas lentamente de lado a lado, le volvió a despertar el deseo y, antes de que se diera cuenta, el siguiente clímax la alcanzó. Gritando su nombre, ella sacudió frenéticamente las caderas mientras Quinn la sujetaba para que disfrutara cada instante.

—Me estás mimando demasiado —consiguió protestar cuando él inició otra embestida.

—No hemos hecho más que empezar —le aseguró Quinn—, y, cuando haya terminado, tal y como te prometí, voy a hacerte el amor.

—¿No es eso lo que hemos estado haciendo?

—Venga ya, Magenta —Quinn se rio—. Los dos sabemos que no nos bastan los aperitivos.

De nuevo se movía con rapidez dentro de ella y Magenta decidió no discutir más.

—Más fuerte —le suplicó, firmemente sujeta en sus brazos—. Más deprisa, Quinn. ¡Sujétame! —gritó en los últimos instantes.

Agarrándole el trasero con fuerza, Quinn la mantuvo quieta mientras ella le golpeaba el torso con los puños. La mente de Magenta se había separado del cuerpo. Y supo que, cuando todo se hubiera terminado, allí estaría él para calmarla y asegurarle que estaba a salvo.

Desde luego, aquel era el camino a seguir, decidió Magenta, totalmente saciada mientras se despertaba lentamente a la mañana siguiente, afortunadamente aún en los años sesenta y en la enorme cama de su jefe. Habían hecho el amor durante toda la noche hasta el amanecer. Al primer atisbo de luz, Quinn había saltado de la cama, abandonándola.

El corazón se le expandió cuando lo vio regresar de la ducha. Con la toalla enrollada alrededor de la cintura, era una visión impresionante. Lo tenía todo, el cuerpo de un gladiador y la mente de un sabueso. Era divertido y tierno, y su apetito sexual no conocía límites. Era el amante ideal.

—Hora de levantarse —Quinn se acercó a la cama.

—¿Ya? —se quejó ella.

—Trabajo —le recordó él.

—¿Trabajo? —repitió ella sin demasiado entusiasmo—. ¿No podemos quedarnos aquí un poquito más? —por primera vez en su vida, tenía algo más importante que el trabajo.

—Trabajo —insistió él antes de darse la vuelta—. Dúchate. Hay mucha agua caliente.

Magenta frunció el ceño deseando que Quinn no sonara tan distante. Después de la noche que habían compartido, había esperado que las cosas fueran muy diferentes entre ellos.

Se levantó de la cama, recogió su ropa del suelo y se tapó con ella, de repente sintiéndose muy expuesta. Quinn le hacía sentir que había abusado de su compañía, sensación que se acrecentó cuando él le preguntó, sin siquiera mirarla, si quería que la llevara a la oficina.

—No quiero llegar tarde —le explicó mientras elegía una corbata—. Tengo mucho que hacer.

—¿Has convocado una reunión del equipo? —se aventuró ella.

—Sí —le confirmó su jefe.

—Estupendo —si aquella era una oportunidad para sacar a las chicas del servicio de mecanografía, estaba dispuesta a perdonarle todo lo demás—. Intentaré darme toda la prisa posible.

Bajo el chorro de agua caliente, Magenta se dijo que debía mantener un enfoque positivo sobre todo aquello. Olvidando sus sentimientos, era evidente que la reunión convocada ya era una pequeña victoria. Era el momento de acomodarse a la época en la que se encontraba viviendo.

Sin embargo, mientras se dirigían a la oficina, lo que más deseaba era regresar a la realidad, dar por terminado el confuso sueño, o lo que fuera aquello. Había esperado sentir curiosidad por todo a su alrededor, disfrutar de unas normas totalmente nuevas para ella. Pero lo que no se había esperado era que esas normas la llevaran a sentir algo tan profundo por Quinn, ni descubrir que su libertad sexual tenía un alto precio.

Quinn permaneció altivo y silencioso durante todo el trayecto, y Magenta intentó convencerse de que estaba pensando en la reunión. Estaba decidida a mostrar un rostro alegre en la oficina. Ya había bastante ambiente de incertidumbre sin que ella le añadiera más leña al fuego.

La sensación positiva se acentuó aún más cuando entró en la oficina y descubrió que habían desaparecido los paneles de separación en la sala de mecanografía. Quinn había cumplido su palabra. Aunque las chicas seguían sentadas en filas, al menos podían ver lo que sucedía a su alrededor. Y, sobre todo, los rostros sonrientes indicaban que el cambio les había gustado.

Y aún se sintió mejor cuando su jefe las invitó a ella y a las chicas a que se unieran a su equipo en la sala de reuniones.

—Debemos ser profesionales, aunque ellos no lo sean —había advertido a las chicas—. Si queremos que Quinn cuente con nosotras para su campaña, es esencial que no mostremos ninguna emoción. Ahí dentro solo tenemos que dejar claro que nuestras ideas son mejores que las suyas.

—Desde luego que lo son —asintió Nancy—. Estamos todas contigo, Magenta.

—Magenta —saludó Quinn cuando ellas entraron en la sala de reuniones. Nada en su actitud revelaba que hubieran pasado la noche juntos—. Tomad asiento, por favor.

—Gracias —ella le saludó del mismo modo.

Todo un caballero, su jefe permaneció de pie hasta que todas estuvieron cómodamente sentadas alrededor de la mesa.

—¿Te gustaría empezar? —sugirió él con aire profesional.

—¿Nancy? —ella se dirigió a su compañera—. ¿Te gustaría explicar nuestras ideas?

A Magenta nunca le había gustado acaparar la atención y disfrutó de la exclamación de sorpresa por parte de los hombres al oír la primera idea de labios de Nancy. La explicación imaginativa y el texto bien redactado formaban una combinación imbatible. La idea para la campaña sugería en tono irónico que había que engatusar a los hombres para que las mujeres fueran libres para hacer su propia voluntad.

—¿Sugieres que hay que convencernos para que trabajemos más y así nos mantengamos fuera de vuestro camino? —preguntó uno de los hombres, mirando de soslayo a Quinn.

—Con cada vez más mujeres en las oficinas, estoy segura de que el mensaje calará hondo —Magenta defendió la idea.

—Creo que el grupo de Magenta ha desarrollado unas cuantas buenas ideas —observó Quinn—. No todas prosperarán —añadió—, pero estoy seguro de que podremos hacer que encajen en nuestros propósitos. Enriquecerán el proyecto, y no debemos cerrar los ojos ante un nuevo enfoque.

¿A qué se refería Quinn? Las chicas estaban emocionadas por haber sido al fin tomadas en serio, pero que sus ideas fueran encajadas en las de los hombres no se parecía al resultado final con el que Magenta había soñado.

Capítulo 13

Enseguida se confirmaron los peores temores de Magenta.

—Jackson, llévate los gráficos para trabajar sobre ellos —instruyó Quinn—. Y Michael, tú ocúpate del aspecto de la moda. Estás más en contacto con tu lado femenino que el resto de nosotros.

La tensión entre los hombres se relajó y todos soltaron una carcajada. Pero era una carcajada dirigida a las mujeres, como si ser mujer fuera en contra de las normas de los negocios.

O al menos de los negocios dirigidos por Quinn, pensó Magenta, sintiéndose traicionada. Con impotente horror vio cómo, una a una, las ideas de las chicas eran entregadas a los hombres. Su única preocupación debía ser el bien de la empresa, pero ¿cómo explicárselo a las chicas que habían depositado su confianza en ella? La decepción reinante entre ellas se notaba claramente.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —le preguntó a Quinn una vez acabada la reunión.

—¿De trabajo?

—¿Y de qué si no? —con una simple mirada, le dejó claro lo que pensaba de su pregunta.

—Siéntate, por favor —le indicó él cuando todos hubieron abandonado la sala.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

—Como gustes.

—Creía que teníamos un acuerdo.

—Hasta donde yo lo veo —su jefe la miró a los ojos—, he cumplido con mi obligación.

—No comprendo lo que estás haciendo —reconoció ella.

—Pues para mí está muy claro.

—Para mí no. Mis ideas y las de mi equipo… pensé que estabas dispuesto a considerarlas, a incorporarlas. Ni por un momento pensé que fueras a robarlas.

—¿Robarlas? —inquirió él—. ¿Qué insinúas? —la mirada se volvió furiosa.

Su trabajo, su futuro, todo estaba en el aire, comprendió Magenta, pero tenía que pelear.

—Tomaste las ideas de las mujeres y se las entregaste a los hombres, cuando todo el trabajo ya estaba hecho. No me importaría si no fuera porque esos hombres son incapaces de generar una buena idea entre

todos. ¿Qué derecho tienen a reclamar el mérito por algo que no han hecho?

—Todos trabajamos para la misma empresa.

—Por supuesto —asintió ella—. Pero ¿por qué confías más en los hombres que en las mujeres? ¿Qué te hace pensar que tienen más capacidad? No entiendo qué te ha sucedido —exclamó.

—No cometas el error de pensar que lo que suceda entre nosotros en nuestro tiempo libre va a darte luz verde en la oficina.

—No he cometido ese error —protestó Magenta—. Yo jamás…

—Y, sin embargo, es exactamente lo que estás haciendo —la interrumpió él—. Desde anoche has tenido expectativas que van más allá del dormitorio. ¿No es así, Magenta?

—Desde luego pensaba que podía confiar en ti.

—Y puedes confiar en mí. Puedes estar segura de que seré coherente. No puedes entrar aquí horas después de tu ascenso y pensar que puedes organizar la oficina a tu gusto. Los cambios deben ser probados antes. Yo no dirijo la empresa por mis impulsos, y menos aún por los tuyos.

Cada palabra fue un martillazo sobre el corazón de Magenta. ¿Cómo podía alguien compartir lo que había compartido con él la noche anterior y no sentir nada? ¿Cómo podía desconectar de ella así sin más? Y, en cuanto a la luz verde, la única luz que veía en esos momentos eran los destellos de su cerebro que le decían que había hecho el ridículo. ¿Tiempo libre? Quinn hacía que lo de la noche anterior sonara a una alternativa a contar borregos.

Había defraudado a su equipo y no ayudaría a las chicas si se resignaba. Además, aunque deseara que se acabara esa pesadilla, ¿qué sucedería si no acababa? ¿Y si esa era su nueva vida?

Debía quedarse y presentar batalla. Poco importaba que fuera un sueño o su nueva realidad.

—Me mostráis mucho más apoyo del que merezco —Magenta se enfrentó a su equipo con profunda desazón—. Os he fallado y jamás podré disculparme lo suficiente por lo sucedido en la reunión. No tenía ni idea de que Quinn fuera a adoptar esa actitud. Pensé que nos iba a involucrar a todas en la dirección de la campaña, pero esto no es el final —les prometió—. No permitiré que vuestras ideas sean desaprovechadas ni estropeadas por nadie —añadió con decisión—. Vamos a ganar esta batalla vendiendo el producto directamente al consumidor.

—Quinn —intervino Nancy.

—Eso es, Nancy —Magenta asintió—. Quinn es la única persona a la que tenemos que convencer.

Una mano la agarró con fuerza para apartarla y ella soltó un grito de sorpresa.

—Intentaba advertírtelo —se excusó Nancy mientras Quinn entraba en su despacho.

¿Serían capaces las chicas de oír el martilleo de su corazón? Magenta esperó que no.

—Voy a intentar convencerle de que se ha equivocado y que nos necesita. Hablé con él tras la reunión, pero estaba tan enfadada que no pensaba claro y Quinn se aprovechó.

—Tampoco es tan malo, ¿no? —Nancy impregnó el ambiente de un humor que todas necesitaban—. Ya nos hemos fijado en cómo te mira.

—Por favor, no sigáis —era lo último que ella quería oír—. Os aseguro que no hay nada entre Quinn y yo —al menos, ya no, y era poco probable que volviera a haberlo—. Somos muy diferentes.

—Todas hemos visto cómo te ha tocado hace un momento —insistió Nancy—. Y nunca se sabe cuándo una mano en tu brazo puede acabar con tu espalda en la cama —añadió entre carcajadas.

—Quinn seguramente nos está observando —protestó Magenta ruborizándose violentamente—. Será mejor que regresemos al trabajo. No debemos darle motivo de queja. Retomadlo donde lo dejasteis, no vamos a rendirnos.

Jugando según las reglas de Quinn, Magenta le llevó el café al despacho y cerró la puerta con calma. Sin embargo, en cuanto él la miró, todos sus instintos protectores afloraron.

—Has cometido un error al eliminar a las chicas de la ecuación.

—Gracias por tu opinión, pero he tomado la decisión correcta, y acabas de demostrármelo.

—¿A qué te refieres?

—En el trabajo no hay lugar para las emociones, y si empiezo a ascender a las mujeres sería como abrir las compuertas de una presa.

—¿Abrirlas a los sentimientos? —lo que dijera a continuación afectaría al futuro de todas las mujeres de la oficina—. ¿No es esa la razón por la que las ideas de mi equipo conectarán más con el público que las del tuyo? ¿O acaso crees que el mercado se merece otra campaña machista?

—No hay nada malo en la pasión.

—¿Pero sí en las emociones? ¿Qué lógica tiene eso, Quinn?

—Magenta —él suspiró—. Tengo trabajo.

—Permite que las chicas trabajen en sus proyectos sin tener que consultar a los hombres a cada momento —le pidió ella—. Podrás juzgar las campañas y elegir la que prefieras. ¿O tienes miedo de poner en peligro tu ego masculino?

Los ojos de Quinn emitieron un destello.

—Aquí se trata de dirigir una empresa de éxito, ¿no? —continuó

ella—. ¿O acaso me he perdido algo? Además, hay otra pregunta que necesito que me contestes.

—¿Cuál? —Quinn la miró con dureza.

—¿Qué importa el sexo de los integrantes a la hora de formar un equipo triunfador?

—Eso tendrás que demostrarlo tú —contestó él con más calma.

—Entonces, ¿seguimos contando con una oportunidad? —insistió ella.

—No me presiones, Magenta.

—¿Eso ha sido un «sí»?

—Un «quizás» —la corrigió Quinn.

Magenta lo tomó como una victoria, aunque pequeña y, consciente de haber llegado al límite de lo tolerable, cambió al tema de la fiesta de Navidad.

—Se celebrará al final de esta semana —Quinn la miró como si no estuviera seguro de que pudiera con ello—. No te queda mucho tiempo, pero es la fecha que mejor encaja con mi agenda. ¿Y bien? ¿No tienes trabajo que hacer?

Magenta estaba mareada de tantas cosas como tenía que hacer. Podía rendirse o…

—Si no puedes con esto —insistió él—, házmelo saber.

—Puedo con ello —le aseguró ella.

—¿Has pensado ya en el tema?

¿Tenía un tema?

—Si es lo bastante bueno, puede que le dé a tu equipo otra oportunidad.

—Tengo un tema —desde luego que tenía un tema. O lo tendría en un minuto.

—Te estoy escuchando.

—El tema es… —tenía que ocurrírsele algo medianamente original. El futuro de las chicas dependía de ello—. Regreso al futuro —anunció. No era muy original, pero Quinn nunca lo sabría—. Dado que ya hemos lanzado al primer hombre al espacio y pronto habrá uno pisando la luna…

—Sería algo distinto a lo habitual —reconoció él.

—Podría ser divertido.

—Siento curiosidad por saber cómo lo enfocas. Y, Magenta…

—¿Sí?

—Voy a poner a prueba algunas de tus ideas.

—¿En serio? —Magenta sintió ganas de abrazarlo. Pero por suerte, tuvo más sentido común.

—Dile a tu equipo que se ponga de nuevo a trabajar en la campaña.

—Nunca han dejado de hacerlo —contestó ella con calma.

Capítulo 14

No te quejes —uno de los hombres se burló de Nancy—. Aún tienes trabajo, ¿no?

Los hombres no habían perdido el tiempo para reanudar sus tácticas de acoso, reflexionó Magenta furiosa. Era esencial que las chicas ganaran la batalla para evitar los conflictos entre sexos. Pero al menos Quinn había accedido a darles una oportunidad. Incluso le había persuadido para que les dejara utilizar la vieja sala de reuniones como cuartel general y lo primero que iba a hacer era convocar una reunión de urgencia allí. Sin embargo, al oír el comentario de ese hombre, comprendió que aún les quedaba mucho camino por recorrer, y que podría despertarse en cualquier momento del sueño, dejando a su equipo en la estacada.

—Es la tradición —continuaba John—. Vosotras os ocupáis de los asuntos domésticos. Necesitamos que hagáis la comida para la fiesta mientras los hombres nos ocupamos del trabajo de verdad.

—Me temo que las chicas no dispondrán de tiempo libre para hacer vuestros recados —intervino Magenta mientras le dirigía una mirada de advertencia a Nancy.

—¿Y eso? —preguntó John mirando a Magenta como un director de colegio obligado a tratar con un niño pequeño, intelectualmente muy inferior.

—Todos estaremos ocupados porque volvemos a la lucha —explicó ella—. Quinn va a valorar ambas campañas y elegirá la que más le guste.

—Pero nosotros nos hemos quedado con todas vuestras ideas —John soltó una carcajada.

—Lo importante no es la idea, sino lo que se hace con ella —protestó Magenta mientras miraba a Quinn de soslayo—. Chicas, seguidme a nuestro nuevo cuartel general.

Trabajaron en la campaña publicitaria hasta terminar la jornada y, después, las chicas insistieron en quedarse para ayudar a Magenta con la fiesta de Navidad.

—Quinn tiene una serie de condiciones. Aparte de eso, somos libres para hacer lo que queramos.

—¿Con un escaso presupuesto? —adivinó Nancy.

—No es como para volverse loco —asintió Magenta.

—¿Tengo razón al pensar que tienes una idea? —preguntó Nancy.

—La tengo —asintió ella, revelando el tema de la fiesta.

—Pero nada de comida espacial —insistió la otra mujer—. Lo único que estoy dispuesta a beber con pajita es un cóctel.

—Ni siquiera hay que incluir el tema del espacio —aclaró Magenta —. Solo digo que cada una debemos interpretar el futuro tal y como nos lo imaginamos.

—Pero que la comida sea como siempre —intervino otra de las chicas—. Mi aperitivo favorito es la brocheta de piña con queso. Incluso me ofrezco a preparar la col.

—Un momento —protestó Magenta—. Lo de la piña y el queso me parece bien, pero ¿desde cuándo comemos col en una fiesta si no es en ensalada?

—No nos la comemos —Nancy miró a su amiga de reojo—. La cubrimos con papel de aluminio y le clavamos las brochetas de piña y queso. Será mejor que tú te ocupes de la bebida.

—Encantada —asintió Magenta aliviada.

—Es una pena que los hombres también asistan —observó Nancy.

—Pues yo me alegro de que estén —protestó Magenta—. Quiero que la fiesta de este año sirva para unirnos a todos. Tenemos que parar estas estúpidas discusiones. Todos debemos trabajar juntos.

—Ese será el día —bufó Nancy.

—Bueno, al menos vamos a intentarlo.

—Supongo que hay cosas peores que pasar una velada con un puñado de publicistas cachondos.

—¿Podemos aparcar el sexo un momento y concentrarnos en la organización? —sugirió Magenta.

—Si lo aparcamos siquiera un momento esto se habrá acabado.

—¡Demos a esos pobres tipos una oportunidad, Nancy!

Al otro lado del cristal, Quinn les dirigió una mirada al pasar. Sus ojos se fundieron solo un instante con los suyos, pero bastó para que Magenta comprendiera que la chispa seguía ahí. Interesante. Según un estudio de marketing en el que había estado trabajando, el cincuenta y nueve por ciento de los hombres prefería a las mujeres que les plantaban cara. *En garde*, Gray Quinn…

—¿Podemos volver al trabajo, por favor? —pidió a sus compañeras —. Tenemos poco tiempo y una campaña a la que dedicarnos durante el día. Vamos a darles a esos hombres un buen repaso.

—Y vamos a celebrar la mejor fiesta de Navidad de la historia — añadió Nancy.

¡Cómo echaba de menos el ordenador!, pensó Magenta mientras

revisaba la prueba de la invitación que había diseñado para la fiesta. Al fin había conseguido llevarla a imprenta. La fiesta de regreso al futuro era un hecho.

—¿Todavía estás aquí? —Quinn se asomó por la puerta.

«Lo mismo digo», pensó ella. Ambos eran unos adictos al trabajo.

Magenta sintió un cosquilleo de anticipación. De nada servía fingir que podía permanecer inmune a ese hombre. Entre ellos había una conexión que aún no estaba dispuesta a deshacer. El aire había cambiado, ella había cambiado. Cada inhalación de aire estaba cargada de la energía de ese hombre. Razón de más para marcharse de allí, le avisó su alarma interna.

—En realidad, estaba a punto de irme.

—¿Te puedo invitar a una copa?

—Ha sido un día muy largo —Magenta le dio la espalda a Quinn para que no viera el intenso rubor de sus mejillas. No compartía su idea del amor libre. Estaba mejor sin él.

—¿Estás segura?

—Muy segura, gracias.

No se había dado cuenta de lo cerca que estaba Quinn de ella, en realidad, pegado a su espalda. Al girarse, tropezó con él. No le quedaba más remedio que pasar por su lado, rozándole.

—Disculpa…

No era lo que quería. No quería sentir el aliento de Quinn sobre su piel, o el poder del atlético cuerpo recordándole lo que habían compartido. Y desde luego no quería verlo, imponente a su lado, despertándole recuerdos que era mejor mantener dormidos.

—Preferiría que mantuviésemos una relación estrictamente profesional —Magenta suspiró aliviada cuando él se apartó al fin.

—Por mí, bien —una tímida sonrisa se dibujó en los labios de Quinn.

—Estamos a punto de presentarte nuestra campaña. Las chicas están listas.

—¿Y tú también, Magenta?

—Yo también —le aseguró ella.

—¿Y hay alguna posibilidad de que te muestres más alegre cuando llegue la fiesta?

—Estaré en el bar sirviendo cócteles —contestó ella—. Te prepararé lo que me pidas.

—Doy por hecho que tienes algo apropiado que ponerte.

—¿Un delantal?

—Pensaba en algo un poco más glamuroso.

—¿Algo que resultaría de tu agrado?

—Complacerme sería un punto a tu favor.

—Pues no voy a intentar complacer a nadie. Llevaré uno de los

productos que tu equipo intenta incluir en la campaña.

—Has logrado preocuparme. ¿No me vas a dar ninguna pista?

—Papel —ella le sostuvo la mirada.

—¿Papel? —Quinn frunció el ceño antes de que sus ojos empezaran a brillar divertidos—. ¿Vas a llevar un vestido de papel?

—Al parecer, van a ser todo un éxito.

—¿En serio? —Quinn le sujetó la puerta y seguía sonriendo cuando ella abandonó la sala.

El día de la presentación amaneció soleado. Quinn no había ido a la oficina el día anterior y Magenta había echado de menos la electricidad que vibraba entre ellos. Pero al fin había regresado.

El corazón de la joven se disparó cuando su jefe apareció, y no fue la única afectada por su presencia. Parecía un artista de cine por su bronceado y escultural cuerpo.

Magenta se alegró de haberse arreglado con especial esmero para la presentación, siguiendo los dictados de la moda impuestos por Jackie Kennedy. Llevaba uno de los hermosos trajes de chaqueta de Oleg Cassini que intentaban incluir en la campaña. Había dado permiso a las chicas para que eligieran lo que más les gustara de las prendas que les había dejado el fotógrafo y se había mostrado encantada con el traje rojo que Nancy había apartado para ella.

—Muy bonito —observó Quinn mirándola de arriba abajo—. Convoca a todo el mundo, ¿quieres?

¿Algún día cambiaría todo eso?

—Nada de presumir —desde luego, había sido una victoria. Quinn había elegido las ideas de las chicas—. Sobre todo, si os gusta alguien de aquí. A los hombres no les gusta sentirse humillados.

—¿Igual que hemos estado nosotras durante años? —contraatacó Nancy.

—Los hombres son más frágiles —observó Magenta pensativamente —. Debemos proteger sus egos si queremos obtener lo mejor de ellos.

—Y ellos deberían tratarnos como iguales si quieren lograr lo mejor de nosotras —insistió Nancy.

—Tienes razón —asintió ella—. El respeto debe ganarse por ambas partes.

—Y tú tienes que alegrar esa cara.

—Eres la segunda persona que me dice eso —Magenta frunció el ceño.

—A ver si lo adivino… —murmuró la otra mujer fingiendo reflexionar.

—Da igual quién fue. Estamos luchando por la igualdad, y ese sí que es un negocio serio.

—También las fiestas —insistió Nancy—. Y por eso vamos a dejar a un lado nuestros prejuicios sobre las habilidades de los hombres para contribuir con algo remotamente útil a una campaña publicitaria y les daremos la oportunidad de charlar con nosotras. Pero, si nosotras vamos a divertirnos, tú también. Y no olvides ser amable con Quinn, Magenta. Nos ha concedido una oportunidad, concédele tú una a él también.

—De acuerdo, me rindo —exclamó Magenta, acorralada por sus compañeras—. Le daré una oportunidad. Una oportunidad pequeña, minúscula, diminuta.

—¡Sí, claro! —Nancy lideró un coro de exclamaciones de incredulidad.

Capítulo 15

La fiesta resultó mejor de lo que Magenta se había atrevido a esperar. Los empleados olvidaron sus diferencias y se forjaron amistades que en algunos casos se volvieron íntimas. Pero, cuando Quinn la llamó a su despacho, comprendió que no todo estaba saliendo según lo planeado.

—Ese vestido no tiene forma —le espetó él.

Además era muy fino y debajo llevaba solo unas braguitas, también de papel. Sin embargo, Quinn iba vestido tal y como se esperaría que un tipo tan sexy se vistiera para una fiesta en el siglo XXI. Llevaba una inmaculada camisa blanca arremangada que dejaba al aire sus bronceados y atléticos brazos, unos vaqueros y los zapatos negros más limpios que ella hubiera visto jamás. El conjunto lo completaban unos calcetines de color rojo con rayas fucsias y negras.

—Te lo explicaré.

—Por favor —insistió él.

—Es un vestido de papel —Magenta deslizó las manos por la prenda —. No puedes pretender que tenga un buen corte. Se supone que debe ser práctico.

—Bueno, pues dudo que tenga éxito, salvo en casos concretos para un solo uso.

—Gracias por el voto de confianza. Por cierto, es uno de los productos que promociona tu equipo.

—No lo he olvidado —la mirada de Quinn se iluminó.

—Personalmente, estoy de acuerdo contigo. No creo que la moda hecha de papel dure mucho.

Lo que no podía saber él era que la ropa de papel sí tendría un lugar en los hospitales, salones de belleza y otros lugares en los que se emplearía para un solo uso. Ella tenía información privilegiada, mientras que Quinn había hablado por intuición, y acertado.

—Al menos encajo en la temática de la fiesta —se defendió ella.

—Yo también. Me imagino vestido exactamente así si viviera en el siglo XXI.

Magenta palideció. ¿Por qué había tenido que elegir ese siglo en particular?

—Lo has hecho muy bien —observó Quinn—. Todo el mundo parece estar divirtiéndose.

—Me alegra que estés contento.

—Pareces acalorada, Magenta.

—¿En serio? —ese hombre la incendiaba por dentro—. Quizás me vendría bien un vaso de agua….

—O la jarra entera.

Magenta soltó un grito cuando Quinn arrojó el contenido de la jarra de agua sobre su vestido.

—¡Cómo has podido hacer eso! —exclamó—. Has…

—¿Arruinado tu vestido? —murmuró él—. ¿Sabes una cosa? Creo que tienes razón, esta moda no va a cuajar —alargó una mano y le empezó a arrancar jirones de papel.

—¡Detente! —Magenta temblaba de indignación, sobresalto y excitación—. No puedes…

—¿Probar el producto?

—Yo no soy ningún producto.

—Si lo fueras, te compraría.

—No podrías permitírtelo —bufó ella—. ¿Y ahora qué hago?

—Por suerte para ti, he comprado un vestido.

—¿Has comprado un vestido? —preguntó Magenta perpleja—. Bien por ti. Estoy segura de que estarás guapísimo con él puesto.

—Es para ti, idiota.

—¿Qué clase de vestido? —la perplejidad de Magenta crecía—. Debes saber que no me va el caftán.

—Ni los muy cortos, al parecer —Quinn posó la mirada en las largas piernas sobre las que, para horror de Magenta, las medias se estaban deslizando y arrugándose en los tobillos.

Magenta alzó desafiante la barbilla y se negó a mirarlo a la cara. Pero su expresión se tiñó de sorpresa cuando Quinn le mostró el vestido, pues se complementaba a la perfección con el atuendo de Quinn. De seda en color azul marino, el favorecedor vestido tubular acababa justo por encima de la rodilla. Pero lo mejor era el toque final.

—¿Dónde has conseguido eso? —ella contuvo el aliento cuando Quinn le entregó un par de zapatos de ante negro con las suelas de color rojo.

—No solo estoy bien preparado —contestó él secamente—. Soy un adelantado a mi tiempo.

Magenta sintió un ligero mareo.

—Pareces confusa, Magenta —murmuró él mientras la agarraba del brazo—. ¿Qué te pasa?

Lo que le pasaba era que deseaba a ese hombre, con su peligrosa sonrisa y mirada sexy, a pesar de que no la hubiera tratado mejor que a un producto nuevo que se probaba y descartaba cuando ya no interesaba. Además, a su lado cualquier pensamiento racional le resultaba imposible.

—¿Quieres que me dé la vuelta mientras te cambias?

—Sí, por favor —asintió ella.

Jamás en su vida se había vestido con tanta rapidez.

—Hay mucho jaleo ahí fuera —observó mientras daba los últimos toques a las medias que Quinn también le había comprado y que demostraba su buen gusto y capacidad para calcular la talla de otra persona—. Voy a ver cómo va la fiesta.

El ambiente estaba en su apogeo. Todas las mesas habían sido empujadas a un lado para dejar un espacio destinado a pista de baile en el centro. Algunas de las coreografías eran bastante subidas de tono. Los chicos y las chicas de la oficina se estaban conociendo.

—Pareces algo perdida, Magenta.

—Si buscara pareja, quizás tendrías razón —ella se tensó ante la presencia de Quinn.

—Tengo razón.

¿Por qué había empezado a sonar una música mucho más lenta? ¿Y por qué la había tomado Quinn en sus brazos?

—¿Te he dicho yo que me apetecía bailar?

—Pues no, no lo has dicho.

El clásico *Con su blanca palidez* tenía un ritmo relajante, pero ella siguió tensa.

—Qué relajada estás —le murmuró él al oído.

—¿Esperas realmente que me relaje después de todo lo que ha pasado? —Magenta sabía que Quinn le estaba tomando el pelo.

—Yo sé cómo conseguirlo.

Ambos sabían cómo, pero el que estuviera o no dispuesta a jugar con fuego, era otra cuestión.

—¿Te vienes a casa conmigo o prefieres vivir peligrosamente en mi despacho?

Quinn siempre iba directo al grano. Podría negarse. Podría hacer muchas cosas. Pero el calor que crecía en su interior le imposibilitaba tomar una decisión basada en la sensatez. ¿Qué podía perder? Aquello no era más que un sueño, ¿no? La autoestima que pudiera perder a corto plazo le sería devuelta en cuanto se despertara.

En ocasiones en los sueños, como en la vida real, había que conformarse con lo que se tenía, concluyó Magenta mientras Quinn la llevaba de la mano entre la gente. La promesa implícita en esa mano la estaba reduciendo rápidamente a fuego líquido y el único alivio fue que nadie se volviera para mirarlos. La fiesta había alcanzado un punto en el que podrían haberse paseado desnudos y nadie se habría dado cuenta.

—Es todo un éxito —observó Quinn mientras cerraba la puerta de su despacho—. Gracias a ti.

—Lo dudo.

—¿Qué te he dicho sobre subestimar tus capacidades, Magenta? Si no crees en ti misma, ¿cómo voy a creer yo en ti? Deshazte de esta negatividad y ofréceme algo positivo.

—¿Servirá esto? —Magenta le rodeó el cuello con los brazos.

—Es un comienzo.

Quinn echó el cerrojo y rápidamente desató un incendio dentro de ella con sus manos. El recuerdo del placer recibido se mezcló con la anticipación y Magenta quiso acelerar el momento.

—¡Eh! —murmuró Quinn sujetándole las manos cuando ella empezó a desabrocharle el cinturón—. No tan rápido. ¿Es que no te he enseñado nada?

¿Quién estaba acorralando a quién contra la mesa?

—¿La ropa interior es como el vestido? —preguntó él mientras le separaba las piernas.

—Si te refieres a si está hecha de ese papel que se deshace en cuanto lo tocas, entonces sí.

—Excelente. Dime si voy demasiado deprisa para ti.

—Lo haré.

—¿Tomas la píldora?

—Por supuesto —Magenta se sonrojó, curioso tras la intimidad compartida con Quinn.

—Te lo pregunto porque he oído que algunos médicos solo recetan la píldora a mujeres casadas.

—Qué ridículo —aunque seguramente cierto.

A fin de cuentas, estaban en los años sesenta y, aunque había transcurrido casi una semana en el sueño, en el mundo real cada mañana se tomaba su pastilla.

Por supuesto no se las había llevado a esa loca aventura, pero tampoco importaba cuando seguramente en tiempo real solo habían transcurrido un par de horas de sueño.

Y ese fue su último pensamiento racional antes de que Quinn se hundiera en su interior. Había olvidado lo bueno que era, y la mesa del despacho tenía la altura perfecta. Él la sujetó con fuerza mientras ella echaba las rodillas hacia atrás para permitirle la entrada. Estaba más que dispuesta y alcanzó el clímax casi de inmediato, aunque no por ello había terminado con él.

—Lléname —le ordenó con voz ronca—. Te quiero entero.

Comprendió, demasiado tarde, que ninguno de los dos había utilizado protección.

Regresaron juntos a la fiesta y Magenta rápidamente olvidó el instante de inquietud. Nada de aquello era real. Era maravilloso, pero no dejaba de ser una fantasía. Algo había cambiado en Quinn,

comprendió cuando él le rodeó la cintura con el brazo. Algo había cambiado entre ellos.

Quinn permaneció todo el tiempo a su lado y todos parecieron aceptarles como pareja, aunque lo cierto era que casi todos se habían pasado con la bebida.

Al menos ya no se sentía sola en lo que respectaba a sus sentimientos hacia Quinn. Él se mostraba mucho más afectuoso en público que ella, y, cuando la fiesta al fin concluyó, ya no había duda de hacia dónde se dirigirían.

Durante todo el trayecto de regreso a casa de Quinn, apenas pararon de reírse. Él conducía con fluidez y aún encontró el momento para regalar a Magenta con anécdotas sobre la fiesta.

—Desde luego, a partir de ahora te encargarás tú de las fiestas de la oficina —le anunció—. Tienes la habilidad de unir a las personas.

Apenas habían cruzado la puerta cuando se lanzaron en brazos el uno del otro, besándose y acariciándose como si el mañana, con todas sus incertidumbres, hubiera caído sobre ellos.

Hicieron el amor sobre la alfombra del pasillo que, afortunadamente, era lo bastante gruesa para no sentir el duro y frío suelo de mármol. No había nada más agradable que acurrucarse junto a ese hombre. Momentáneamente saciados, Quinn sugirió que fueran a la cama.

—Qué idea más original —observó ella entre carcajadas.

Debería haber sabido que la felicidad era tan frágil como el tiempo, y que no había que ser egoísta en cuanto a ambos concernía.

Capítulo 16

El idilio duró aún unas pocas semanas, tiempo durante el cual visitaron una feria, una galería de arte, y asistieron a un concierto y un estupendo club de jazz.

Cambiando de estilo, él la llevó a una discoteca de moda y también tuvieron tiempo de ir al cine para el estreno de *Desayuno con diamantes*, con la deliciosa Audrey Hepburn. Otra noche decidieron quedarse en casa, acurrucados frente al televisor.

Se estaba enamorando, comprendió Magenta mientras paseaban junto al río Támesis.

Llegó la víspera de Navidad, un día para regalar y divertirse.

Desde luego no era un día para vomitar en el aseo de señoras.

«Estoy embarazada», pensó contemplando su reflejo en el espejo.

Jamás había estado más segura de nada en su vida: esperaba un hijo de Quinn.

¿Cómo podía suceder algo así en un sueño?

En un sueño podía suceder cualquier cosa, razonó, aunque los sueños normalmente no parecían tan reales como ese, ni duraban tanto tiempo. Cada vez se sentía más preocupada, ¿o era esperanzada?, por si realmente se encontraba viviendo en los años sesenta. No tuvo ninguna necesidad de comprar una prueba de embarazo. Lo sabía. De inmediato desarrolló un instinto protector hacia la diminuta vida que albergaba en su interior y, a pesar de que no había pensado convertirse en madre, estaba encantada.

El resto del día pasó rápidamente con todo el mundo ocupado con los últimos remates de la campaña. Antes de marcharse, Magenta se aseguró de que el equipo, de hombres y mujeres, tuviera todo lo necesario. A la hora del cierre, Quinn seguía trabajando en su despacho. Ante ella se presentaban unas horas de incertidumbre. Era la única que sabía lo del bebé, el bebé de Quinn, y aunque se sentía capaz de vivir un embarazo, hubiera preferido que se hubiera producido en un mundo que ella comprendiera.

—¿Por qué no puedo despertar? —murmuró sin darse cuenta de la presencia de Nancy.

—¿Una noche dura? —sugirió la otra mujer mientras se retocaba el maquillaje.

—Una gran noche —admitió Magenta. Desde la fiesta había pasado todas las noches con Quinn.

—¿Te pasa algo? —Nancy la contempló con atención.
—No —ella soltó una carcajada—. Solo ha sido una noche larga e intensa.
—¿Estás segura de que no hay nada más? Tengo la sensación de que me ocultas algo.
—No te oculto nada —mintió.
Nancy se había convertido en su mejor amiga y Magenta se moría por compartir la noticia.
—Salvo que tengo algo increíble que contarte.
—¡No estarás embarazada! —Nancy palideció—. ¿Verdad?
—¿Por qué dices eso?
—Es lo primero que se me ha ocurrido.
—¿Y qué si lo estoy? ¿Tan terrible sería? —por la expresión de Nancy, comprendió que sí lo era.
—Si estuvieras casada, no habría problema. Si estuvieras prometida, sería casi aceptable, aunque desataría una oleada de comentarios indeseados en la oficina.
—¿Estás diciendo que solo las casadas pueden tener hijos? —Magenta soltó una carcajada.
—Así suelen funcionar las cosas.
Estupefacta, Magenta miró a la joven a la que consideraba a la vanguardia de todo.
—Estás embarazada de Quinn, ¿verdad? —preguntó Nancy abiertamente.
Magenta asintió.
—¿Y estás considerando seriamente seguir adelante con el embarazo?
—Por supuesto que lo estoy. ¿Qué otra opción me queda?
—¿Cuánto tiempo tienes para que te lo explique?
—¿Lo desapruebas? —Magenta no se lo podía creer.
—Yo no, pero los demás sí lo harán.
—Ya, pero es que no es asunto de los demás. No pido ayuda ni seré una carga para nadie. Y no espero que Quinn participe activamente en la crianza de su bebé.
—¡Madre mía, qué ingenua eres! —Nancy parecía seriamente preocupada—. ¿No ves el daño que esto le hará a tu reputación? Olvídalo —exasperada, sacudió la cabeza—. No podrás seguir trabajando. ¿Qué más da tu reputación?
—Estás siendo un poco exagerada, ¿no? —protestó ella—. No veo por qué tiene que cambiar nada.
—¿Cuántas madres solteras conoces?
—Ninguna en este… —por suerte se interrumpió antes de delatarse.
—¿Tienes familia que se pueda ocupar del bebé mientras trabajas?
—No, pero ¿qué hay de las niñeras?

—¡Niñeras! —exclamó la otra mujer—. ¿En qué planeta vives? Sin dinero para mantenerte, vas a tener serios apuros, Magenta. No tienes ni idea de a lo que te enfrentas, ¿verdad? Si lo hicieras, no desearías tener a este bebé.

—Cállate, Nancy. No me puedo creer que hables en serio.

—Estarás acabada en el mundo de la publicidad —continuó Nancy con mucha calma, consiguiendo asustar a Magenta—. Y los hombres sacarán el máximo provecho.

—Entonces no se lo diremos.

—¿Ni siquiera a Quinn?

—Ya decidiré el momento adecuado para contárselo.

—Sí, hazlo —Nancy soltó una carcajada llena de amargura.

—Y en cuanto a estar acabada…

—No es por ti, Magenta —la interrumpió la otra mujer—. Es por lo que todos pensarán de ti.

—¿Y qué pensarás tú de mí?

—No sé cómo puedes preguntarme eso —Nancy miró a su amiga a la cara—. Mis sentimientos no van a cambiar, y te ayudaré en todo lo que pueda. Pero no puedes esperar que Quinn te eche una mano, ni siquiera que reconozca al bebé. Él solo cuenta con tu palabra. Lo siento, Magenta, pero es así y hubiera preferido que te lo hubiera contado otra persona.

Por supuesto aún no existían las pruebas de paternidad, como tampoco existían las ayudas para madres solteras. A eso se refería su amiga. Magenta sintió una profunda desazón.

—¿Y qué si no me importa lo que piensen los demás? ¿Y qué si decido seguir adelante?

Nancy le dio la callada por respuesta.

—No estoy preparada para mantener esta conversación —Magenta sacudió la cabeza—. Es demasiado pronto. Todavía no me he hecho a la idea de que estoy embarazada y no lo había visto como un problema. Lo siento, Nancy, no debería haberte agobiado con esto.

—¿Y en quién más podrías confiar? —señaló su amiga con su habitual pragmatismo—. No te preocupes por mí. Eres tú quien me preocupa. Deberías tomarte unos días libres para pensar.

—No quiero tomarme días libres. Estoy embarazada, no enferma.

—Pero ¿qué pasará cuando se te empiece a notar?

En los sesenta sería motivo de vergüenza, supuso Magenta. ¿Estaría allí para entonces o ya se habría despertado? La incertidumbre la golpeó brutalmente.

Sintiendo su desesperación, Nancy la abrazó.

—Estoy bien —insistió Magenta.

No le quedaba otro remedio que estarlo. Si Nancy no exageraba, ser madre soltera debía de ser una pesadilla en esa época.

Pero no era motivo para rendirse. Tenía un bebé por el que luchar y, si la gente era tan corta de mente como insinuaba su amiga, tendría que encontrar el modo de montar su propia agencia de publicidad, trabajando desde su casa si hacía falta. Lograría sacar adelante a su hijo.

Pero había otro problema, y más grave. ¿Seguiría estando embarazada en el mundo real? Y, si la respuesta era negativa, ¿deseaba realmente despertarse?

El instinto maternal era una fuerza formidable, comprendió mientras Nancy seguía aconsejándola.

—Algunas mujeres no tienen otra alternativa salvo el aborto o entregar a sus hijos en adopción.

—Pues siento lástima por ellas, pero ese no será mi caso —descubrir de primera mano lo que suponía vivir en una época en la que se estigmatizaba a las madres solteras, hizo que sintiera ganas de luchar por todas y cada una de ellas.

—Y, cuando algunos hombres descubran que estás embarazada —continuaba Nancy—, te tomarán por una chica fácil.

—Pues van a descubrir lo equivocados que están. Lo siento, Nancy, no pretendo tomarla contigo. Todo esto es nuevo para mí, pero no te preocupes, me las arreglaré. Y voy a empezar ahora mismo contándoselo a Quinn.

—Buena idea —asintió su amiga—. Hazlo antes de que te desmayes o vomites encima de alguien.

—Intentaré que no sea encima de ti —Magenta consiguió sonreír.

—No te puedo pedir más —Nancy le devolvió la sonrisa.

Quinn estaba recogiendo sus cosas cuando Magenta llamó a la puerta de su despacho y entró. Habían acordado comer algo en la ciudad, pero todo estaba sucediendo demasiado deprisa y no había tiempo que perder.

—Hola —él levantó la vista—. ¿Ya tienes hambre?

Magenta se detuvo para contemplar a Quinn. Al ser el día antes de Navidad, los trabajadores tenían permiso para vestir de manera informal y nadie lucía tan bien vestido informalmente como ese hombre. Estaba increíble con sus vaqueros desteñidos y la cazadora de cuero, pero lo que la emocionó fue la calidez que emanaba de su mirada. Y quiso grabar esa imagen en su mente, como si el mañana se acercara mucho más deprisa de lo deseado.

—Vamos —continuó él—. Cuéntamelo. Conozco esa mirada —la animó con su sonrisa especial.

—Ya sé que te dije que tomaba la píldora —esas palabras bastaron para que la expresión de Quinn cambiara por completo—. Y sé que

solo fue aquella vez…

—¿Cuando las circunstancias nos desbordaron?

Era una manera de expresarlo. La ansiedad de Magenta crecía por momentos.

—¿Estás embarazada?

—Sí, lo estoy —de repente Quinn era un extraño que la juzgaba—. Pero no quiero nada de ti.

—¿Por qué no?

—Porque —no se había esperado esa pregunta—, porque puedo apañármelas sola.

—¿Me estás excluyendo?

—No quiero depender de nadie.

—Tengo la sensación de que voy a ser padre, pero que tú prefieres que no intervenga.

—Lo siento si te he dado esa impresión, no es lo que he querido decir.

—¿Y cómo sé yo eso?

—Tendrás que aceptar mi palabra.

—¿Igual que acepté tu palabra de que tomabas la píldora?

—¿Acaso no somos los dos igualmente responsables? —Magenta empezaba a enfadarse.

—Por supuesto que lo somos, Magenta, y aceptaré mi responsabilidad encantado. Pero me gustaría que fueras sincera conmigo.

—Estoy siendo sincera contigo.

—¿En serio? Tengo la sensación de que no te conozco, como si me ocultaras algo.

—Puedo explicártelo.

El problema era que no podía. ¿Cómo iba a explicar lo que ni ella misma conseguía entender? ¿Cómo iba a contarle a Quinn que aquello no era más que un sueño y que podría despertarse en cualquier momento y descubrir que nada de eso había sucedido?

—¿Por qué no me cuentas lo que de verdad te preocupa, Magenta? —la exasperación de la voz de Quinn la obligó a centrarse de nuevo.

Quinn esperaba respuestas, pero ella no tenía ninguna. «Esto es solo un sueño», quiso explicarle. «Estoy atrapada en un sueño y no puedo regresar a la realidad».

—El embarazo ha sido un golpe inesperado para mí —fue lo mejor que se le ocurrió.

—¿Un golpe inesperado para ti? —le espetó él—. Hablamos de un bebé. ¿Cómo puedes referirte a la concepción de un hijo como un golpe inesperado y esperar que me sienta más tranquilo?

—Porque puedo ocuparme de ello.

—Puedes ocuparte —repitió él airadamente—. También es hijo mío,

Magenta. ¿En serio esperas que me eche a un lado y deje todas las decisiones en tus manos?

Lo último que ella se había esperado era que Quinn deseara un hijo y ni siquiera había considerado la posibilidad de la responsabilidad compartida.

—¿Qué derecho tienes a hacer esto sola?

Criada únicamente por su padre, siempre había sido así para ella.

—Amo a mi bebé —fue lo único que se le ocurrió—. Y jamás tuve intención de hacerte daño.

Capítulo 17

Era la primera vez que Magenta veía a Quinn tan exaltado. Iba a luchar por su familia y ser un pilar ante cualquier dificultad. En circunstancias normales, sería el padre ideal para su hijo. Pero en ese extraño mundo de imaginación y sueños no podía prometerle nada.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó él secamente—. ¿Ya has conseguido lo que buscabas? —añadió—. ¿Vas a marcharte y a llevarte a nuestro hijo contigo?

—No lo conviertas en algo tan feo, Quinn.

—Pues es lo que es —contestó él—. Una mujer en la que confiaba, por la que sentía algo, no es sincera conmigo. ¡Quién sabe hasta dónde estás dispuesta a llegar!

—¡Eso es mentira! —cierto que había oído hablar de donantes de esperma, pero jamás se le había ocurrido hacer algo así—. Yo nunca sería tan fría y calculadora. ¡Te amo, Quinn! ¿Qué te parece?

—¿Me amas?

—Sí.

—Entonces, nuestra idea del amor está en polos opuestos. Para mí implica confianza, compartir.

—Te amo, y también amo a nuestro bebé.

—Eres muy ágil con las palabras, Magenta.

Magenta dio un respingo, el aire parecía estar abandonando sus pulmones.

—Te lo explicaré tal y como yo lo veo —continuó Quinn con frialdad—. Entras en mi despacho y anuncias que estás embarazada y a continuación que no quieres nada de mí. ¿Qué pensarías de mi integridad si fuera al revés? ¿Qué derecho tienes a imponer las reglas?

Magenta no estaba en situación de hacer promesas cuando habitaba en un mundo paralelo. Incluso suponiendo que pudiera regresar a los sesenta en sueños, no parecía una buena base para formar una familia.

—Me alegra ver que tienes la respuesta en la punta de la lengua —bufó Quinn.

—Por favor, no me dejes, Quinn —Magenta le bloqueó el paso.

—No me mientas.

—Nunca te he mentido.

—¡Pues ábrete a mí! —rugió él mientras la agarraba por los brazos—. ¿Qué me está sucediendo?

«¿Tú también?», si Quinn también era un visitante en esa extraña

dimensión, sería excesivo.

—Perdóname —soltándola, Quinn la contempló con calma.

—No hay nada que perdonar.

—Horror, sorpresa, la fuerza de mis sentimientos. Sea cual sea la excusa, no debería haber perdido los nervios de ese modo.

—Los dos estamos aprendiendo a la fuerza.

—¿Seguro que estarás bien?

—Por supuesto. Voy a ser madre —no pudo disimular la alegría de su voz. Solo con decirlo se sentía feliz, privilegiada. Las dificultades podrían superarse. Iban a superarse.

—Parece que lo tienes todo bajo control —él se encogió de hombros.

—Siempre habrá lugar para un padre en la foto —Magenta sonrió—, suponiendo que quiera ser incluido. Entiendo que esto haya sido una sorpresa para ti.

—Por decirlo suavemente.

—Y siento que pienses que te estoy ocultando cosas.

—¿No se supone que las mujeres sois enigmas?

—¿Como la esfinge?

—Como Magenta Steele —contestó él—. Desde luego eres única, eso no se puede negar.

Ella titubeó antes de sonreír. La alegría de hablar de su bebé se mezcló con el terror ante la inminente separación. Y Quinn no hacía más que empeorarlo todo con su solicitud.

—Sea lo que sea lo que decidas hacer, aquí estaré, Magenta.

«Y yo siempre te amaré», pensó ella mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres tener al bebé?

—Absolutamente —confirmó ella.

—Bien —Quinn la abrazó—. Y ahora solo te queda contarme qué es lo que me estás ocultando.

Si le contaba la verdad, pensaría que estaba loca. Peor aún, que era incapaz de cuidar de su hijo.

—¿No podemos quedarnos en el ahora?

—¿El ahora? —Quinn la miró—. ¿Este momento? ¿Este día? ¿Este sueño al que llamamos vida?

Magenta sentía crecer la distancia entre ellos. Deseó encontrar las palabras que recuperaran el nexo perdido, pero no había palabras. Quinn se apartaba de ella, cerrándose igual que hacía ella.

—Tenemos que lograr que funcione —de repente se volvió hacia ella de nuevo—. Aún no sé cómo lo vamos a hacer, pero encontraré el modo.

A Magenta se le hizo un nudo en la garganta. Debería sentirse feliz, y lo habría sido si no supiera que el suyo era un problema que Quinn no podría solucionar jamás.

—No me mires así —él se dio cuenta de su preocupación—. Esto no saldrá bien si no crees en mí.

Quinn se negaba a aceptar la derrota y, durante un loco instante, a Magenta se le ocurrió que podría estar luchando contra la misma fuerza misteriosa que ella. Desde luego parecía estar pensando en un lugar que no veía y respiró aliviada cuando los ojos aguamarina volvieron a posarse en ella.

—No tienes que formar parte de esto, Quinn.

—Estoy decidido a hacerlo —él sonrió tímidamente—. ¿Quién lo hubiera pensado?

«En efecto, ¿quién lo hubiera pensado?». Sin embargo, ella no podía hacer planes de futuro con Quinn, ni sabía cuánto más duraría ese engaño. ¿Podía mentirle al padre de su hijo?

—Quinn, hay algo que debo contarte.

—Ahora no, Magenta. Sé que te preocupa el futuro y lo entiendo. Sé que quieres que te diga hacia dónde nos dirigimos, pero lo cierto es que no lo sé.

¿Cómo podía saberlo si lo suyo era una farsa, una ilusión, un producto de su imaginación?

—Esto no es lo que crees.

—Estás embarazada de mi hijo, ¿qué puede ser si no?

«Ni te lo imaginas», pensó Magenta.

—A no ser que yo no sea el padre.

—No digas eso —la mirada de Quinn la asustó. No soportaba ver la duda reflejada en sus ojos.

—¿Es mi bebé? La pregunta es sencilla. ¿El hijo que vas a tener es mío, Magenta?

De repente el aire entre ellos se cargó de ira y pasión, pero ella lo miró fijamente a los ojos.

—Sí, es tu bebé. Al comprenderlo sufrí una gran impresión —admitió Magenta—. Pero ahora solo puedo pensar en este embarazo como en una bendición inesperada.

—Eres la madre de mi hijo y siempre te cuidaré.

—Puedo cuidar de mí misma, Quinn.

—No tendrás que hacerlo. No estás sola.

Y se sentía muy agradecida por ello. Convertirse en madre soltera allí…

—Deberías sonreír, Magenta —le aconsejó él—. Hoy es un día feliz, ¿no?

—Claro —de repente, ella se sintió culpable. No se merecía a ese hombre, y desde luego no se merecía el regalo de un hijo—. Quinn… —no sabía por dónde empezar, pero tenía que contárselo.

Jamás se había imaginado que pudiera ser tan complejo, ni tan leal. Le había subestimado y tenía razón al decir que era un día feliz. En

esos momentos tenía todo lo que pudiera desear. Estaba junto al hombre al que amaba e iban a criar juntos a su bebé, construir un hogar rodeado de amor. Pero saber que se trataba de un sueño imposible la mataba.

—¿Por qué estás tan seria? —insistió él.

Lo último que Magenta deseaba era aumentar las sospechas de Quinn con sus silencios. Estaba alcanzando el punto de desear poder cerrar los ojos y volver a despertarse en su mundo.

Malinterpretando sus gestos, Quinn la abrazó y el momento para sincerarse con él pasó con ese abrazo. Lo que más deseaba, y lo que no podía hacer, era permanecer junto a él.

Se abrazó a él desesperadamente y cuando se separaron vio en los ojos aguamarina otra expresión, una expresión que ya conocía y a la que su cuerpo respondió inmediatamente.

—Eres la madre de mi hijo —Quinn sonrió—. Y acabas de recordarme por qué…

—¿No tienes ninguna vergüenza? —preguntó ella mientras le empezaba a desnudar.

—En absoluto.

—Eso pensaba yo —el deseo se extendió en su interior, pero Quinn le sujetó las manos.

—Despacio —le indicó—. Voy a ser muy delicado contigo.

—¿Por mi embarazo? —preguntó Magenta—. A las mujeres embarazadas nos encanta el sexo.

—Lo tendré en cuenta.

Ambos se lanzaron a arrancarse la ropa. Pero incluso en esos momentos había una sombra sobre ellos. *Carpe diem*: aprovechar el momento. ¿Quién sabía cuántos les quedarían?

Quinn la empujó contra la pared y Magenta se rompió las uñas intentando soltarle el cinturón.

Rodeándole la cintura con las piernas, ella inclinó su cuerpo para facilitarle la entrada. No hubo tiempo para juegos preliminares, no podían perder ni un solo instante.

La primera embestida de Quinn bastó para que ella perdiera el control, pero aguantó todo lo que pudo mientras él seguía empujando una y otra vez. No solo temía la fuerza del clímax que se acercaba, también la sensación de premonición: cuando cayera sería la última vez. La idea de regresar a un mundo sin Quinn, sin su bebé, era terrible.

—No, Quinn, para —le suplicó, golpeándole el pecho con los puños.

—¿Te estoy haciendo daño?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa? —Quinn se movía en su interior de una manera casi irresistible.

—Quinn, no puedo. Es demasiado grande, salvaje, peligroso —cada afirmación iba subrayada por un gemido de placer—. Estoy atrapada en un sueño y no quiero perderte —consiguió balbucear.

—Si tú estás atrapada en un sueño —contestó él—, entonces yo también.

—No —suplicó ella—. No podemos hacer esto juntos.

—¿No he prometido cuidarte y protegerte? —Quinn se hundió más profundamente dentro de ella.

Lo último que oyó Magenta antes de gritar su nombre fue la risa gutural de Quinn contra su cuello. Después hubo un estallido de luz y su mundo se plagó de sensaciones.

Se agarró a Quinn como si su vida dependiera de ello, pero cuanto más fuerte se agarraba, más iluso parecía el abrazo. La realidad se estaba esfumando y no había modo alguno de hacerla regresar. El momento que tanto había temido había llegado. Estaba marchándose de allí.

—¡Quinn, sálvame!

Pero incluso mientras gritaba su nombre era consciente de que ya no la oía.

Hizo un último y desesperado intento por alcanzarlo, pero el abismo que se había abierto entre ellos no hacía más que aumentar. Lo último que vio fue a Quinn extendiendo las manos, pero ya era demasiado tarde. Había sido arrastrada al torbellino del que no había vuelta atrás y, mientras desesperada pasaba de un mundo al otro, fue levemente consciente de la voz de Quinn llamándola.

Capítulo 18

Maldita sea esa mujer! —tronó Quinn—. ¡Magenta! ¡Contéstame! ¿Estás ahí dentro? ¿Estás bien?

A punto de tirar la puerta abajo, esta se abrió y un pálido rostro se asomó por ella.

—¿A qué demonios estás jugando? —de un empujón la apartó y entró en el despacho—. ¿Llevas aquí toda la noche? —se volvió hacia ella—. Tienes un aspecto horrible. Estábamos muy preocupados por ti, sobre todo yo.

—¿Por qué sobre todo tú?

—Teníamos una cita a las nueve en punto —le aclaró él perplejo—. ¿Lo recuerdas?

—Lo siento —Magenta se pasó la mano por los cabellos y lo miró aturdida.

—No te presentas a la cita —continuó él—. Y luego me dicen que te has encerrado aquí dentro.

—Tess tiene una llave de repuesto.

—Tess tenía cita con el dentista esta mañana. ¿Por qué te encerraste con llave, Magenta?

—Me sentía más segura.

—¿Más segura?

Ella no contestó. Lo miraba como si se tratara de una aparición, como si no supiera en qué día vivía. Y lo más extraño era su aturdimiento. Quinn había esperado encontrarse a la mujer con la que había coqueteado el día anterior, furiosa al descubrir que el motorista era su nuevo jefe.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó mirando a su alrededor.

—¡De eso nada! —exclamó ella indignada—. He estado trabajando.

—Muy encomiable —replicó Quinn, observando que Magenta parecía estar a punto de desmayarse—. Por suerte para ti, he traído mi moto.

—La moto…

—Te llevaré a casa —le anunció él—. Podrás ducharte, comer algo, vestirte y regresar aquí cuando tu cerebro se haya puesto en marcha. ¿De acuerdo?

—¿Tengo otra opción? —el color regresaba paulatinamente a sus mejillas.

—No. Ponte el abrigo.

—No puedo montar en moto vestida así —ella contempló el vestido arrugado.

—¿Sigues teniendo la ropa de deporte en el gimnasio?

—En el sótano, sí.

—Pues entonces cámbiate. Te esperaré.

Quinn se marchó del despacho antes de que ella pudiera contestar. Sería una publicista de primera, pero, si seguía ofreciendo la imagen que daba en esos momentos, no habría lugar para ella en la empresa. Pero, si lo hacía, reflexionó Quinn secamente, sería la primera ocasión en que despediría a alguien por trabajar demasiado.

Le gustaba la sensación del cuerpo de esa mujer pegado al suyo sobre la moto, aunque también percibía claramente su tensión. Tenía ganas de verla trabajar en plenas facultades. No había comprado una empresa para perder a su mejor activo. No era habitual en él tomarse tanto interés personal por sus empleados, pero no podía quitarse de la cabeza el hecho de que hubiera trabajado hasta la extenuación. Pasaron por delante de un puesto de perritos calientes.

—¿Un perrito caliente con mostaza y kétchup?

—¿Cómo? —ella lo miró con la misma expresión aturdida.

—¿Desde cuándo no comes? Da igual —Quinn se detuvo y se bajó de la moto—. Puedes esperarme aquí o bajarte también. Pero te voy a obligar a llenar ese estómago con algo de comida.

Magenta comió como un niño hambriento, con el ketchup goteándole de los dedos.

—¿Mejor?

—No ha sido uno de los mejores comienzos, ¿verdad? —sugirió ella con amargura.

—Tómate el té.

—Lo siento, no me había dado cuenta del hambre que tenía.

—Es por el trabajo —él sonrió. Cuando se metía en un proyecto, también se olvidaba de comer.

—¿A ti te pasa lo mismo? —preguntó Magenta.

—Soy un poco obsesivo —admitió Quinn—. Vamos, te llevaré a tu casa.

—Bonita casa —a Quinn le impresionó la decoración, propia de los años sesenta.

¿Sería habitual en ella vivir en un mundo de fantasía que imitaba a la campaña de turno? Esperaba que no fuera así. Había leído las notas de Magenta sobre la siguiente campaña y el tema era un safari. En esa casa apenas cabía un gato, mucho menos un tigre.

De repente su humor se volvió más serio. ¿Era el trabajo lo único que había en la vida de Magenta? Un *déjà vu* lo invadió. En su camino hacia la cima, él mismo apenas había contemplado otra cosa que no fuera el trabajo.

—¿Es esta la cocina? —preguntó mientras abría una puerta—. Puedes ducharte mientras yo preparo un café. ¿Te apetece comer algo más?

—¡No! —ella soltó una carcajada—. ¿Quieres comer algo tú?

—A lo mejor… —Quinn sintió una sacudida cuando sus miradas se encontraron.

—Hay huevos en la nevera.

—Eso me valdrá. Tú vete.

Quinn se puso manos a la obra. Mientras batía los huevos, pensó en Magenta. Esa mujer le inquietaba. Su amiga Tess se había esforzado mucho en explicarle cuánto trabajaba. Al parecer, llevaba meses ocupándose ella sola de la empresa, manteniendo apartados a los acreedores de su padre y al mismo tiempo animando a su equipo y generando muchas y brillantes ideas.

—Has vuelto —observó, sintiendo una cálida sacudida en el estómago.

Era delgada, pero femenina. Alta, aunque no en exceso. Hermosa, rara e infravalorada.

—¿Te apetece una tortilla? —le preguntó.

—¿Bromeas? —protestó ella con una carcajada.

—He preparado dos. Deberías comer algo más.

—Ya he comido.

—Come —insistió él, fijándose en las pronunciadas ojeras.

Magenta se sentó cruzando las bonitas y torneadas piernas con sus tobillos tan sexys y las delicadas medias. Bajo la falda de lana se marcaba el cierre del liguero.

—¿No vas a volver conmigo? —preguntó él.

—He pedido un taxi. No es fácil causar buena impresión en una reunión si has llegado en moto.

—Bien pensado —él sonrió—. Deberías cuidarte más, Magenta.

—¿Siempre tratas así a todos tus empleados? —a pesar de sus protestas, ella engulló la tortilla.

—Si te refieres a que si cocino para ellos, no. Pero si te refieres a que si quiero que estén en las mejores condiciones para que puedan trabajar más para mí, entonces sí.

—Ese debe de ser mi taxi —observó ella al oír el timbre de la puerta —. Gracias, Quinn.

—Te veré en la oficina.

—Cuenta con ello.

Magenta Steele era una consumada profesional, además de una mujer atractiva, aunque bastante evasiva, pensó Quinn tras la reunión, casi seguro de que recibirían un premio por la campaña de los años sesenta.

—Cenamos esta noche —anunció él—. Y no es una pregunta, Magenta —añadió ante la cara de sorpresa de la joven—. Si vamos a llevar esta empresa hasta el lugar que se merece, vamos a tener que conocernos bien. Necesitamos ser capaces de saber lo que piensa el otro.

—A propósito —ella sonrió tímidamente—. ¿Te parece bien el tema elegido para la fiesta de Navidad o te resulta demasiado predecible?

—¿Los años sesenta?

—Colgantes de medallón, flecos y pelos largos —Magenta lo miró fijamente a los ojos.

—Ya se me ocurrirá algo.

—De eso estoy segura.

«Pero no voy a esperar hasta la fiesta».

—Eres incorregible —reprendió Tess a Magenta al saber que había reservado una mesa para cenar con Quinn aquella tarde a las seis—. ¿Te parece una hora apropiada para una cita? ¿Y por qué un asador? ¿No has oído hablar de locales románticos y luces suaves?

—No para una reunión de negocios. Esto no es una cita. Tenemos cosas importantes que discutir.

—¿Como qué? ¿En tu casa o en la mía, por ejemplo?

—Como hacia dónde queremos llevar la empresa. Estoy encantada de que me haya involucrado.

—Magenta, ¿estás ciega? En primer lugar, eres el alma de Steele Design, y el principal motivo por el que la gente acude a nosotros en busca de ideas. Quinn jamás se va a deshacer de ti. Y, en segundo lugar, y quizás lo más importante, Quinn es guapísimo.

—También es mi jefe. Yo nunca mezclo los negocios con el placer.

—Nunca digas nunca jamás. Y, por cierto, te vienes conmigo.

Magenta frunció el ceño, pero permitió que su amiga la arrastrara fuera de la oficina.

—¿La peluquería? —preguntó perpleja cuando se pararon ante un local.

—Te traigo a mi amiga —Tess la empujó al interior y le presentó a un joven—. Cuídala bien, Justin. Para cuando termines, debe parecer descansada y varios años más joven.

—Los milagros requieren su tiempo —observó Justin tras contemplar a Magenta con ojo crítico.

—Si crees que soy una causa perdida… —Magenta se encaminó hacia la puerta.

—Perdida, puede —declaró Justin—. Pero ahora que te he encontrado, todo se arreglará.

—Bien, entonces me quedo —contestó ella en tono incierto. Además, Tess le bloqueaba la salida.

—Y no olvides sus uñas —añadió Tess—. Algo al estilo Jackie Kennedy, manicura francesa, quizás. A pesar de parecer que trabaja en una mina de carbón, es una importante creativa.

—Conozco a las de su clase —le aseguró Justin suspirando teatralmente.

—Tú asegúrate de que esté preparada para una importante fiesta basada en los años sesenta que se celebrará mañana. Ah, y esta noche tiene una cita. Debe quedar muy sexy.

—Entendido.

—Esta vez te has pasado —se quejó Magenta a una Tess que le hacía muecas desde la calle.

Magenta contempló su reflejo en uno de los muchos espejos del salón de belleza. Justin, desde luego, le había dado un aire nuevo. Llevaba los cabellos largos, sedosos y brillantes en lugar del habitual estropajo, en palabras de Tess.

También la había maquillado a imagen de un icono de los años sesenta, portada del *Vogue* a los dieciocho años.

—Pero yo tengo veintiocho —había protestado Magenta.

—Y no pareces tener más de cuarenta —la había tranquilizado Justin—. Y así seguirás si no me permites hacer un poco de magia.

Al oír la palabra «magia», Magenta empezó a recordar el sueño, al principio en forma de retazos y luego en un torrente. Aquello no tenía nada que ver con la magia. Los sueños eran el producto de una mente hiperactiva. Lo único que tenía que hacer era frenar un poco el ritmo.

Frenar implicaba caminar por el parque en lugar de correr por las calles. Y recordar… Había pasado por un embarazo, un embarazo en un sueño, pero el bebé le había parecido muy real.

Unas silenciosas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Deseaba tener un bebé.

Nunca antes había pensado en tener uno. No había sido consciente de que le faltara algo en su vida. Se paró junto a un banco del parque y se sentó en la fría madera. Estiró las piernas y contempló la plácida superficie del lago. ¿Había engendrado un bebé con Quinn?

Debería haberle provocado una sonrisa, pero no lo hizo.

Lanzó una piedrecita sobre la superficie del agua. De inmediato se formó una sucesión de ondas, ondas imparables. No había nada que

pudiera cambiar la dirección de esas ondas, como no había nada que pudiera cambiar la dirección de su vida para que se igualara al sueño.

No había ningún bebé.

Abrazándose la vacía barriga, lloró en silencio por el niño de sus sueños hasta que el viento helado le recordó que debía regresar. A saber qué vidas secretas vivía la gente en sus sueños.

En ocasiones los sueños no eran solo deseos, también podían ser premoniciones.

Menuda locura. Debería mostrarse agradecida por lo que tenía. ¿No le bastaba con lo que tenía?

La respuesta fue un rotundo y vacío «no».

Magenta casi pasó de largo frente al escaparate antes de pararse en seco y volver sobre sus pasos. En silencio contempló el vestido. No podía ser. Pero era. El mismo vestido, idéntico. El favorecedor vestido de color azul marino que Quinn le había comprado en el sueño. Lo contempló dubitativa hasta que el corazón alcanzó unas peligrosas pulsaciones. Y entonces entró.

No tenían de su talla.

Magenta se dijo que por algo sería, mientras la dependienta le sugería algunas otras opciones.

—Son todos muy bonitos —asintió ella educadamente—, pero no es lo que busco.

Aquella noche debía hacer un esfuerzo por causarle buena impresión a Quinn, de modo que eligió algo más modesto. Un vestido sencillo de seda en color azul hielo que resaltaba el color de sus ojos. Tras agradecerle a la dependienta su ayuda en la elección, salió de la tienda. Aún le faltaba el vestido para la fiesta del día siguiente y no quería resultar previsible.

Estaba harta de ser previsible. Tess tenía razón, se tomaba a sí misma demasiado en serio, y la fiesta era la oportunidad para que todos se desinhibiesen. Así pues, se dirigió decidida a su tienda vintage preferida.

Aquello desde luego era otra cosa, pensó minutos después, sonriendo triunfalmente mientras sujetaba contra el cuerpo su tesoro. Dudaba que nadie más hubiera tenido la idea de llevar el traje que había elegido para la fiesta.

Capítulo 19

Magenta llegó puntual al asador, igual que Quinn. Entre risas, se encontraron a la entrada. —Creo que podemos saltarnos esta reunión — observó ella.

—¿Por qué? —preguntó Quinn mientras le sujetaba la puerta.

—Si el propósito de esta cena era ayudarnos a conocernos mejor hasta poder llegar a leernos la mente, ya lo hacemos —Magenta sonrió al maître.

—Estás preciosa —murmuró Quinn.

—Y tú… —¿era esa una conversación apropiada para una reunión de negocios?

Quinn estaba impresionante. Llevaba los cabellos engominados y vestía camisa blanca con pantalón negro. Y ella no fue la única mujer del restaurante en darse cuenta.

—Te has relajado, Magenta —él la tomó del brazo para conducirla hacia una mesa apartada.

—¿De verdad? —ella enarcó una ceja.

—Tus ojos ya no disparan dardos contra mí.

—Espero no llevar mucho tiempo haciéndolo.

—Desde que te asusté con la moto.

—Tú no me asustas, es la moto.

—Pues has tenido suerte porque he traído el coche.

—¿El Aston Martin DB5?

—Me has visto llegar —Quinn sonrió abiertamente.

—Eso es —lo del coche debía de ser una coincidencia—. Pero ¿quién ha dicho que me vas a llevar a casa?

—Un caballero jamás permite que una dama tome un taxi por la noche.

—El caso es que es pronto —señaló ella—. Podré regresar a casa en autobús sin problema.

—Podrías —asintió él—. ¿Filete grande, mediano o pequeño? ¿Bien hecho o crudo? ¿Con salsa?

—Mediano, a la parrilla, con ensalada y sin salsa, por favor.

—Que sean dos —le pidió Quinn al camarero—. ¿Vino o cerveza?

—Agua con gas.

—Hecho.

De repente el encuentro pareció de lo más normal. Tenía que dejar de ser tan imaginativa. No estaba trabajando en ninguna campaña.

Debía concentrarse en el presente y olvidar el sueño.

—¿Qué es esto? —preguntó Magenta, mientras degustaba una deliciosa tarta de limón y merengue con helado de vainilla, cuando el camarero apareció con una botella de champán.

—¿Una celebración? —sugirió Quinn secamente—. Has estado trabajando tanto que ni siquiera te has planteado celebrar que Steele Design tiene un gran futuro por delante, en parte gracias a ti.

—Y a tu dinero —señaló ella.

—Espero poder aportar también algunas de mis habilidades.

—Por eso te busqué —Magenta se sonrojó. Él se refería sin duda a habilidades profesionales.

—¿Insinúas que hay alguna posibilidad de que formemos un buen equipo?

—¿Por qué no? —ella le sostuvo la mirada mientras el camarero servía el champán.

—Por el futuro de Steele Design —Quinn alzó su copa.

—Brindo por eso.

—Yo me ocuparé del aspecto comercial del negocio, te quitaré todas las preocupaciones de la cabeza mientras tú te encargas de las ideas.

—Eso sería como un sueño.

Comprendiendo lo que acababa de decir, se quedó helada, como un ordenador bloqueado.

—Por el equipo de ensueño —brindó de nuevo su jefe.

Magenta no discutió cuando él insistió en llevarla a casa. Hacía mucho frío y por el aire revoloteaban unos copos de nieve. Quinn le abrió la puerta del extrañamente familiar coche y la ayudó a ajustarse el cinturón. Un hombre del siglo XXI con modales de otra época.

—¿Quinn, alguna vez sueñas? —Magenta no pudo resistirse a formular la pregunta.

—¿Acaso no sueña todo el mundo?

—Me refiero a los sueños que tenemos dormidos. Todo el mundo sueña despierto, pero eso lo controlamos —gozaba de toda la atención de Quinn—. Basta con pensar en algo que deseas para que, en pocos segundos, tengas toda una fantasía tejida en torno a ese pensamiento.

—¿Es eso cierto? —inquirió él.

—Sabes que lo es —contestó ella mirándolo a los ojos—. Yo hablo de sueños que escapan a nuestro control, como los que tenemos por la noche. Sueños que cambian el curso de nuestras vidas, un curso con el que nunca habríamos soñado —se rio—. ¿Tiene sentido?

—Para mí sí.

—¿Alguna vez tienes sueños como esos? Sueños que tienen un extraño sentido aunque sabes muy bien que nunca podrían ser realidad.

—¿Algo así como una vida paralela que parece real? —sugirió él—.

A veces.

El coche se detuvo frente a la casa de Magenta y ya no había posibilidad de hacer más preguntas, a no ser que lo invitara a pasar.

—¿Te apetece un café? —preguntó, preparándose para ser rechazada.

—Yo solo bebo Blue Mountain —Quinn sacudió la cabeza.

—Pues ese es el único café que tengo —contestó ella tras recuperarse del impacto.

—¿Subimos?

Quinn le soltó el cinturón de seguridad. Sus labios estaban muy cerca del rostro de Magenta. ¡Y cómo lo deseaba ella! Se conformaría con un suave roce de esos labios.

—¿Te resulto graciosa? —preguntó al ver la sonrisa de Quinn.

—Me ha parecido oírte mencionar algo sobre un café.

—Es verdad —asintió ella.

Quinn salió del coche y abrió la puerta del acompañante.

«Podría acostumbrarme a esto», pensó Magenta. «Y a esto también», comprendió cuando Quinn le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí para darle calor.

—Permíteme —se ofreció cuando ella sacó las llaves del bolso.

Quinn abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar antes de seguirla al interior.

Aquello no tenía que suceder, pensó Magenta mientras Quinn le quitaba el abrigo. Tampoco se suponía que fuera ella a arrancarle la cazadora y tironear de la camisa como si estuviera loca. Y no se suponía que Quinn fuera a besarla como si se conocieran de toda la vida. No parecían saciarse nunca y se besaban como si fuera impensable que fueran a separarse alguna vez.

—La cama —consiguió balbucear ella mirando hacia las escaleras.

—No llegaremos.

Peleándose con el cinturón del pantalón, ella estuvo tentada de darle la razón.

Él la besó con ternura, tomándole el rostro con las manos ahuecadas, como había hecho en su sueño, haciendo que se sintiera muy querida.

Pero Quinn nunca la había besado, ni siquiera había estado cerca de hacerlo. Entonces, ¿de dónde provenía ese ardor, esa pasión? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

El deseo les superó y encontraron una nueva utilidad para las escaleras.

Añadido a su casi insoportable excitación, Magenta descubrió que podía verlo todo reflejado en el espejo del vestíbulo. Quinn, masculino y atlético, completamente desnudo sin una sola imperfección, y ella con muchas imperfecciones, aunque él no parecía notarlo. La miraba

fijamente a los ojos, mostrándole cosas que iban mucho más allá del sueño.

Sin embargo, lo que importaba en esos momentos era el presente. Había reconocido la pasión en la mirada de Quinn y sus manos ya estaban sobre ella.

—Dime lo que te gusta, Magenta.

—Todo de ti.

—¿Así?

—Sí —jadeó ella cuando Quinn se hundió en su interior. Era mucho mejor que en el sueño.

Tumbada sobre el escalón enmoquetado, Magenta hundió los dedos en el trasero de Quinn mientras él se hundía dentro de ella a un ritmo nuevo y excitante, y aun así muy familiar.

El orgasmo fue violento y simultáneo. Quinn exclamó algo con voz gutural y ella gritó su nombre. Fuertemente abrazados, se convulsionaron y gimieron en el paroxismo del placer.

—¿Te ha parecido bien así? —murmuró él secamente cuando al fin la soltó.

De algún modo ella encontró la energía para darle una palmada en el torso.

—Lo tomaré como un «sí».

Ella levantó la cabeza y lo miró, apenas capaz de enfocar la vista, aunque sí pronunció una palabra.

—¿Más? —repitió él—. Pero en la cama —la tomó en brazos y subió los escalones de dos en dos.

—La habitación del fondo, la cama grande…

Antes de que la cabeza de Magenta hubiera alcanzado la almohada, Quinn ya estaba dentro de ella. La sensación era buena, perfecta y el deseo no había hecho más que crecer.

—Cuanto más me haces el amor, más te deseo —sujetando los hombros de Quinn, ella le urgió a que continuara hacia la inevitable conclusión—. Me toca —anunció aún jadeando.

—Glotona.

—¿Y quién me ha hecho así? —Magenta deslizó un dedo por los labios de Quinn antes de sentarse a horcajadas sobre él y tomarlo mientras él hacía maravillas con sus manos.

Hicieron el amor durante toda la noche, sin sueños. Quinn poseía la energía de un titán y ella, hambrienta de amor, le siguió el ritmo hasta caer ambos agotados.

El primer pensamiento de Magenta en cuanto amaneció fue para Quinn. Al abrir los ojos lo descubrió mirándola. Aquello, desde luego, era mucho mejor que un sueño.

—No quería despertarte —susurró él mientras le acariciaba el pelo —. ¿Estabas soñando algo?

—No necesitaba soñar —ella desvió la mirada y le besó la mano—. ¿Y tú?

—No recuerdo haber dormido tan bien en muchísimo tiempo.

—Pareces muy animada —observó Tess cuando Magenta llegó a la oficina el día de la fiesta.

«Ahí va mi intento de ocultarle algo a mi mejor amiga», pensó ella con amargura.

—¿Buen sexo? —su amiga entornó los ojos—. No, mejor no me lo digas. Podría odiarte.

—Nosotras nunca podríamos odiarnos, Tess.

—Pues me lo estás poniendo muy difícil —le advirtió la otra mujer —. ¿Puedo asumir que entre Poderoso Quinn y tú las cosas van bastante bien?

—Sabes de sobra que nunca hablo de mi vida privada.

—Porque no tienes vida privada, o no la tenías —se corrigió Tess.

—¿No crees que deberíamos concentrarnos en conseguir que el ponche esté bueno? No queremos que todo el mundo caiga redondo al suelo después del primer trago.

—¿Por qué no? —preguntó Tess—. El último hombre que quede de pie será para mí.

El traje de gimnasia, años sesenta, que Magenta se había comprado para la fiesta era una camisa azul marino y pantalones bombachos todo en uno. De cuello redondo, botones en la parte delantera y un cinturón, desde luego no resultaba demasiado favorecedor.

¿En qué había estado pensando?, se preguntó mientras contemplaba su reflejo en el espejo. El traje le hacía un trasero enorme y no le cabía la menor duda de lo que pensaría Quinn al compararla con las otras chicas.

Acababa de saber que Steele Design había logrado un importante contrato para promocionar la nueva revista a color de un periódico nacional y, cuando por fin había llegado a la fiesta, hacía rato que había empezado. Lo del contrato no podía ser casualidad.

—Ah, hola, Quinn.

—Hola —contestó él con una sonrisa mientras le sujetaba la puerta —. Estás… Me has dejado sin habla —admitió tras escudriñar el traje de Magenta con expresión de desconcierto.

—¿No te gusta?

—¿Es lo que tienes pensado llevar para la fiesta?

—Bueno, no es mi nueva ropa de trabajo, si es eso lo que pensabas —en cambio, ella habría adivinado al detalle el traje que llevaba

Quinn, incluyendo los calcetines de color rojo con rayas fucsias y negras—. No te parece adecuado, ¿verdad?

—Estás mona, aunque quizás la idea de esta noche no era estar mona. Acabas de lograr el mayor contrato de la historia de Steele Design, quizás habría encajado mejor algo elegante y sexy. Aunque seguirías estando mona —se apresuró a añadir.

—Me alegra saberlo —observó Magenta secamente—. Me voy a cambiar.

—Pero primero… —Quinn la tomó en sus brazos y la besó.

—Ya no me siento tan mal —admitió ella cuando Quinn al fin la soltó.

—Y cuando veas lo que tengo para ti vas a sentirte aún mejor.

—¡Quinn! —exclamó Magenta con fingida sorpresa.

—Es un pequeño regalo.

—¿Pequeño? Entonces me quedo más tranquila.

—Haces bien —asintió él mientras la arrastraba hasta su despacho —. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Magenta contempló el vestido que colgaba ante ella. Tenía que decir algo. Se esperaba de ella que dijera algo. Los buenos modales la obligaban a ello.

—Gracias —balbuceó mientras se preguntaba si el mundo entero se había vuelto loco.

—También he elegido un par de zapatos para ti, y unos pantys negros opacos.

¿Era posible que los sueños predijeran el futuro? No, no lo creía. ¿Cómo entonces explicar el favorecedor vestido de seda en color azul marino con los zapatos de suela roja?

—Quinn, son preciosos, y justo lo que yo habría elegido —suponiendo que le hubieran subido el sueldo—. ¿Cómo sabías lo que me iba a gustar?

—Una intuición acertada —contestó él.

—¿Estás seguro de que no sueñas por las noches?

Capítulo 20

De regreso a casa, ambos estaban sumidos en sus pensamientos. La fiesta había resultado todo un éxito, sin que Magenta tuviera la oportunidad de indagar más en busca de explicaciones.

Lo cual tampoco importaba, reflexionó ella. La noche pertenecía a sus compañeros y todavía resonaban en su cabeza los gritos de alegría por el contrato.

—¿Por qué me compraste este vestido? —acabada la fiesta, se abría la veda para las preguntas.

—Algo me dijo que podría sernos de utilidad.

—¿Algo? —insistió ella al ver la sonrisa de Quinn—. ¿Sueles tener presentimientos sobre el futuro?

—Intuiciones —admitió él—. ¿Seré adivino? De serlo, no me habría llevado tanto tiempo triunfar.

—Es verdad, a los treinta y dos años ya eres viejo.

—¿Tu casa o la mía?

—Donde sea que podamos hablar —Magenta sintió una ráfaga de excitación.

—La mía está más cerca.

—Me parece bien.

—Quinn —Magenta se apresuró a preparar un café—, primero hablemos.

—Esto parece serio —Quinn sacó unas tazas del armario y rodeó la cintura a Magenta con un brazo, soltándola al oír el timbre de la cafetera—. Cómo necesito un café.

Magenta salió a la terraza interior y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Dime, Quinn, ¿entonces sueñas?

—A lo mejor —admitió él—. Normalmente me pilla durmiendo, de modo que no estoy seguro.

—¡Quinn! —ella lo miró a la cara—. Te estoy hablando en serio.

—¿De verdad? —él le dedicó una sonrisa burlona—. ¿Cómo puedes hablar en serio cuando lo único que quieres es que reconozca que nos hemos conocido en un sueño? Chiflada —murmuró.

—No te pido que creas en la magia y puedo asegurarte que no estoy chiflada.

—¿Qué quieres que te diga, Magenta?

—Solo quiero que admitas que hay más vida de la que podemos ver

y tocar, oír y sentir.

—¿Quieres que pierda de golpe mi reputación de tipo duro de pelar? —él se rio.

—Creía que no te importaba lo que pensaba la gente.

—Salvo que tenga algún efecto sobre el negocio.

Durante un instante ella tuvo un flashback, uno que incluía a un bebé…

—¿Magenta? —Quinn se sentó en una silla y la sentó a ella sobre sus rodillas—. ¿Qué sucede? Olvida tantas preguntas. ¿No crees que ha llegado el momento de que seas sincera conmigo?

Magenta sabía que tenía que contárselo.

—¿Tan malo es? —insistió él.

No, el sueño no era nada malo.

De modo que se lo contó todo, sin omitir nada, salvo el hecho de que Quinn le había dicho que la amaba. Se concentró más en el comportamiento inicial de Quinn en los años sesenta.

—Pero, al parecer, al final me ganaste —observó él.

—Lo que hice fue doblegarte y entrenarte.

—Lo cual demuestra que no fue más que un sueño.

—Eres imposible.

—Te estás repitiendo.

Magenta sonrió. Quinn siempre lograba ponerle de buen humor. Además, era intuitivo y compasivo, y muy apasionado. Sacudió la cabeza antes de retomar los increíbles sucesos vividos en el sueño. Pero al llegar a la parte del bebé, no pudo continuar.

—No hay necesidad de que pases por esto, Magenta. Deseas tener un bebé, no es tan raro.

—Pero la sensación era tan real… —ella se secó las lágrimas—. Y ahora es como si lo hubiera perdido.

—Es la ansiedad —él la besó—. No has perdido a tu bebé porque no has estado embarazada… aún.

—¿Aún? —Magenta sacudió la cabeza—. Definitivamente, eres imposible.

—¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? —Quinn le ofreció una sensual sonrisa.

Ella intentó soltarse. El dolor de la pérdida y el deseo eran aún demasiado intensos para hacer bromas sobre ello.

—No me apartes de ti —le advirtió él volviendo a sentarla sobre sus rodillas—. No cierres la puerta al mundo de modo que la única manera de vivir lo que deseas sea a través de un sueño. No lo hagas, Magenta, te vas a perder muchas cosas. Demasiadas.

—Habló el experto.

—Mis sueños y esperanzas siempre han estado centrados en el negocio, ¿quién sabe con qué sueño por las noches? Espero que no sea

con un balance de cuentas.

—¿Y cómo explicarías mi sueño?

—Quizás te preocupe la idea de no poder tener hijos, o temas no conocer a nadie con quien te gustaría tener uno —los hermosos ojos aguamarina se entornaron—. Sea lo que sea, es bien sabido que tu imaginación es de las más desbordantes de este negocio, Magenta.

Magenta se rodeó la cintura con los brazos y permaneció en silencio.

—Te diré lo que pienso —él la obligó a mirarlo a los ojos—. Creo que deberíamos conocernos fuera del dormitorio. Y empezaremos mañana por la noche, con una cita como debe ser.

Magenta le prestaba toda su atención y ni siquiera discutió.

—Conozco un club de jazz que está muy bien…

La vida podía ser incluso mejor que un sueño, y Magenta lo había descubierto gracias a Quinn. Durante las semanas y meses que siguieron no tuvo tiempo para soñar despierta. El invierno dio paso a la primavera y de repente había pasado un año. Con los primeros días cálidos del nuevo año los bulbos empezaron a florecer, tapizando los parques de Londres de amarillo y morado. Siempre que el tiempo se lo permitía, aprovechaban la hora de la comida y las pausas del café para pasear juntos, bien abrigados, y charlar, terminando el uno las frases del otro. Cuando hablaban del color de las paredes del nuevo apartamento de ambos, Magenta solía ser la ganadora, pero, cuando la conversación versaba sobre trabajo, tenía que pelear con uñas y dientes contra Quinn, tal y como le gustaba.

—Tengo algo que contarte —Magenta se detuvo delante del banco en el que solían sentarse.

—Mientras no tenga nada que ver con un sueño… —Quinn hizo una mueca.

—No, esto es muy real —ella tomó una piedra y la lanzó al estanque.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —contó Quinn mientras la piedra botaba sobre la superficie del agua—. ¿Quiere eso decir que esperamos cuatrillizos?

—¿Quinn? —Magenta se volvió hacia él.

—¿Quieres saber cómo lo he adivinado? No puedo vivir contigo sin fijarme en esa pequeña sonrisita que sueles tener últimamente en los labios, ni en la emoción que intentas en vano disimular. Además —añadió—, me he dado cuenta de que tienes un retraso.

—Gray Quinn, eres único para estropear una sorpresa —ella amenazó con empujarlo al agua.

—¿No es esto lo que tanto deseabas?

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó ella mientras Quinn le daba vueltas en el aire—. ¿Y tú?

—Pensé que amarte llenaría mi vida, pero me has demostrado que estoy equivocado.

—De modo que ahora soy la segunda a bordo —bromeó Magenta.

—Creo que mi corazón será lo bastante grande como para que quepas tú y todo un equipo de fútbol dentro. Deberías saber que eres la única mujer a la que amaré, Magenta. Y ahora eres la madre de mi hijo —murmuró él mirándola a los ojos.

—Te amo, Gray Quinn.

—Yo también te amo, y acabas de recordarme por qué.

—¿Qué has dicho?

—Lo que llevo meses diciéndote. Te amo.

—No, eso no —ella le agarró de la cazadora—. Me refiero a las palabras exactas que has dicho.

—No empieces otra vez con ese sueño —Quinn sacudió la cabeza.

—Algunas cosas no tienen explicación —insistió Magenta.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Palabras que me dijiste en ese sueño y que acabas de repetir. Explícamelo.

—Vamos a acabar con esto de una vez por todas —Quinn la miró a los ojos—. Es bien sabido que el subconsciente sigue reviviendo mientras dormimos todo aquello en lo que no hemos podido pensar durante el día. Nos dormimos y todo regresa. Y entonces acomodamos esos sueños a nuestros más profundos deseos, como tu deseo por mí, por ejemplo.

—¿Cómo? —apretando los puños con fuerza, Magenta golpeó el pecho de Quinn—. El mundo no gira a tu alrededor, Quinn.

—El tuyo al parecer sí —él tuvo que agacharse para esquivar el golpe.

—Muy bien —Magenta encajó la mandíbula—. ¿Qué me dices de las pequeñas cosas, coincidencias como el vestido y los zapatos que me compraste también en el sueño? ¿Y los perritos calientes?

—Casualidad. El vestido y los zapatos no tienen ningún misterio. Las chicas se dejan las revistas de moda por la oficina y, en contra de la creencia popular, los hombres sí las miramos. Supongo que el traje era el elegido del mes y ocuparía uno de los primeros puestos en tu lista de deseos.

—¿Y el puesto de perritos calientes?

—Pasamos por delante camino de tu antigua casa —Quinn sonrió—. No creo que haya mucho que decir al respecto. Tenías hambre y yo te compré un perrito caliente. ¡Vaya cosa!

Magenta suspiró. A todo el mundo le gustaba un poco de magia en su vida.

—Siento haber pinchado tu burbuja, nena.
—No es eso.
—Sí lo es. Por escéptica que sea la gente, todo el mundo sueña con algo de magia en sus vidas. De lo contrario no habría apuestas ni citas. Y eso no es más que la punta del iceberg.
—Según tú, mi sueño no fue más que la proyección de mis esperanzas y temores.
—Eso me temo.
—Entonces creo que eres poco romántico y un aguafiestas, Gray Quinn.
—¿En serio? —murmuró Quinn sin alterarse—. ¿Y qué lectura haces tú de esto?
—¿Qué es? —Magenta miró fijamente la pequeña caja de terciopelo.
—¿Por qué no la abres y lo descubres?
—Es precioso —exclamó ella repentinamente muy pálida.
—No es más que lo que te mereces —le aseguró Quinn colocándole el anillo de diamantes azul y blanco—. Piensa en él como una bonificación por el contrato de la revista. Lo vi en el escaparate de la joyería y no pude resistirme. Por algún motivo me llamó la atención.
—¿Y ya está? ¿Es una bonificación por mi trabajo?
—¿Tú qué crees? —Quinn la abrazó—. ¿Quieres el numerito de rodillas o puedo pedírtelo de pie?
—De rodillas —ordenó ella.
—Qué mujer más despiadada. Magenta Steele, ¿me harías el hombre más feliz del mundo aceptando convertirte en mi esposa? Pero ¿de qué estoy hablando? —Quinn se interrumpió—. Ya soy el hombre más feliz del mundo.
—Entonces, ¿no necesitamos casarnos?
—¿Para criar a un bebé en una casa llena de amor? No, no lo creo —Quinn tomó las manos de Magenta y se las besó antes de mirarla a los ojos—. Pero si quieres quedarte con el anillo…
—Deja de chincharme, Quinn —le advirtió ella—. Te acepto con o sin el anillo, y lo sabes.
—Y yo te quiero casados o no, y así será para siempre. No solo lo que dure un sueño.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

[image]